

NortEstudios No. 12

Colonia Cuauhtémoc

**Vida cotidiana de
una colonia obrera en
Monterrey (1957-2020)**

Azucena Garza

Colonia Cuauhtémoc

Vida cotidiana de una colonia obrera en Monterrey (1957-2020)¹

¹ Adaptado de la tesis de licenciatura presentada en El Colegio de México, Ciudad de México, 2021. El texto original obtuvo mención honorífica en el Premio Nacional Luis González y González a la mejor tesis de licenciatura en Ciencias Sociales y Humanidades, El Colegio de Michoacán, 2022.

Colonia Cuauhtémoc

Vida cotidiana de una colonia
obrera en Monterrey
(1957-2020)

Azucena Garza
University of Chicago

Serie: NortEstudios

Núm. 12

Santos Guzmán, *Rector*

Juan Paura, *Secretario General*

José Javier Villarreal Tostado, *Secretario de Extensión y Cultura*

Humberto Salazar, *Director de Humanidades e Historia*

César Morado, *Coordinador del Centro de Estudios Humanísticos*

Mario Cerutti, *Asesor Editorial de NortEstudios*

Diana L. Méndez, *Secretaria Ejecutiva de la Asociación de Historia Económica del Norte de México*

972.1371

G245c

Garza, Azucena

Colonia Cuauhtémoc. Vida cotidiana de una colonia obrera en Monterrey (1957-2020) / Azucena Garza. Monterrey, N.L.: Centro de Estudios Humanísticos, UANL, 2023.

186p. (Colección NortEstudios Núm. 12)

1. Historia – Colonia Cuauhtémoc, 1957-2020 2. Movimientos urbanos en Nuevo León, 1957-2020 3. Política territorial – Sociedad Cuauhtémoc y Famosa

©Universidad Autónoma de Nuevo León

ISBN 978-607-27-1991-0

Centro de Estudios Humanísticos. Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, Av. Alfonso Reyes No. 4000 Nte. Col. Regina, C.P. 64290, Monterrey, Nuevo León, México. www.ceh.uanl.mx.

Derechos reservados. Se permite la reproducción parcial para fines académicos citando la fuente.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

AGRADECIMIENTOS

A FERNANDO ESCALANTE, por sus atinadas reflexiones y sus clases maravillosas, por ser mi estímulo intelectual: con admiración y gran afecto, gracias. A Verónica Crossa Niell, por ofrecerse a leer este libro y por su enorme conversación, que hace que le den ganas a una de ponerse más viva. A Luis Aboites Aguilar, por su amistad. A la familia que me dejó El Colegio de México. A mis padres.

ÍNDICE

Introducción	17
1. Escribir una microhistoria del hogar	21
De cronistas y microhistoria	21
Virtudes de la microhistoria	23
Método y veracidad de la investigación	25
<i>El trabajo de archivo</i>	27
<i>La tradición oral</i>	29
<i>La composición</i>	29
Historias de bronce	32
<i>Cervecería Cuauhtémoc</i>	34
<i>Sociedad Cuauhtémoc y Famosa</i>	36
<i>"No es una utopía": Todos con Casa Habitación Propia</i>	38
2. Imagen de la Cuauhtémoc (1957-1970)	45
El espacio	45
<i>Las casas japonesas</i>	48
<i>La iglesia San José Obrero</i>	55
<i>El Bosquecito</i>	58
Los vecinos	59
<i>La primera generación</i>	59
<i>Las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento</i>	65
<i>Los soldados y las policías</i>	73
<i>El Comité de Vecinos</i>	75

El trabajo y el orden	76
<i>“Mucho ruido, mucho polvo y mucho calor”: las fábricas</i>	76
<i>La alimentación</i>	81
<i>La educación católica</i>	83
<i>Los grupos parroquiales</i>	88
<i>Las fiestas y el ocio</i>	91
3. Las puertas cerradas (1970-2010)	95
Movimientos urbanos	95
El patriarca	103
Reestructuración empresarial	107
<i>Nova</i>	108
El comercio	113
La crisis	116
<i>El otro lado</i>	119
El nuevo siglo	122
<i>Los extranjeros</i>	127
<i>Serenatas</i>	133
4. Buenas vecinas (2010-2020)	135
Vecinos en alerta	136
La contaminación	151
Buenas vecinas	154
La soledad	167
Ciudad cuenta cuentos	173

5. Reflexiones finales	175
Fuentes	179
Archivos consultados	179
Bibliografía mencionada	179
Galería de imágenes	183

INTRODUCCIÓN

EN LA PRIMERA CLASE DE HISTORIA que tomé en El Colegio de México, el profesor Luis Aboites prestó atención cuando mencioné que en mi secundaria católica, sobre el pizarrón, entre un cuadro de la Virgen de Guadalupe y un crucifijo, había una imagen de Eugenio Garza Sada. El profesor Aboites hizo preguntas animadas. Fue vergonzoso admitir que ni una vez, durante mi educación básica, me había interesado por la presencia del empresario trajeado junto a los símbolos religiosos. Ese mismo semestre me embargó una segunda y definitiva oleada de claridad: después de una conferencia, una mujer del público alzó la mano y su voz atronadora retumbó en mis oídos. Por primera vez distinguí el famoso “acento regio”.

La distancia de mi lugar de origen y mi paso por El Colegio me obligaron a visitar el espacio en que crecí: la colonia Cuauhtémoc en San Nicolás de los Garza, un municipio del área metropolitana de Monterrey, Nuevo León.

Mis abuelos llegaron de Villa de Juárez a la Cuauhtémoc en 1962. De niño, Lucas Garza Cabello fue peón de rancho y elaboraba carbón cuando consiguió trabajo en Hojalata y Lámina (Hylsa), una empresa derivada y proveedora de Cervecería Cuauhtémoc. Murió en 1979. En 2008, cuando falleció mi abuela, Manuela Quintanilla, mi madre insistió en quedarse con la casa de su infancia. Como ella, los niños que allí crecieron se acostumbraron a los naranjos y los callejones, a las campanas de la iglesia, al silbido del tren que avanza rápidamente sobre las vías. Por supuesto que nadie quiere irse de aquí, escuché de otra

vecina que compró la casa de sus padres. La casa de la infancia, escribió Alfonso Reyes en *Parentalia*, es acaso la única que habitamos en verdad.

Pero la colonia Cuauhtémoc es mi objeto de investigación por motivos concretos, y así comencé a pensarla durante los últimos años. Está enmarcada en una historia y un proyecto, y a sus primeros habitantes los une algo más que la coincidencia del espacio físico y la nostalgia por el pasado. La Cuauhtémoc fue la culminación de las iniciativas dirigidas a proporcionar vivienda a los trabajadores de Cervecería que se remontan a inicios del siglo XX. Esta colonia sería, en teoría, su mejor proyecto urbano.

En 1957, Roberto y Eugenio Garza Sada asistieron a la ceremonia inaugural de la Colonia acompañados por el presidente Adolfo Ruiz Cortines, quien, engalanado y brillante, cortó el listón frente a una placa de bronce entre nutridos aplausos. Los Garza Sada prometieron a sus trabajadores, obreros y empleados por igual, plazos de pago lejanos y costeables. Todo sería fácil. “No es una utopía” fue el eslogan que utilizaron para alentarlos a aceptar las viviendas.

La peculiaridad de la Cuauhtémoc no estaba en los costos, sino en el espacio mismo. Su maqueta contempló —además de la sugerente propuesta de “vivir en familia” con los compañeros de trabajo— una iglesia, centros cívicos, colegios católicos para niñas y lasallistas para niños, un estadio de béisbol, una clínica, un cine, mercados y estanquillos. La idea cobró vida en San Nicolás, en los alrededores del bosque y un ojo de agua, en un territorio rudo y despoblado a sólo quince minutos del campus de la joven Universidad de Nuevo León. A diferencia de las colonias obreras que se erigieron alrededor de las fábricas (o de los improvisados cuartos internos donde los hombres pernoctaban y reanudaban sus labores al amanecer), la Cuauhtémoc trazó una distancia razonable entre el trabajo y el hogar. Era, al fin, un lugar de convivencia y recreación para las familias de los obreros.

A la fundación de la Colonia la suceden más de sesenta años y tres generaciones de habitantes. Un peatón de aquella década, si hoy pasara por sus veredas, reconocería los drásticos cambios

materiales que alteraron la maqueta original. Acaso pasaría por alto otros, menos visibles, que sus habitantes conocen bien y se complacen en contar con voz quejumbrosa.

Al adentrarme en este proyecto mi objetivo no era describir grandes transformaciones. No busqué la causalidad. Fue un franco interés en el pasado y la conciencia que cobré de la Cuauhtémoc como colonia obrera lo que me instó a escribir. Me interesó, sobre todo, responder estas preguntas: ¿Qué piensa la gente de la Cuauhtémoc sobre la Empresa?² ¿Cómo se piensan a sí mismos? ¿Qué relación tienen con procesos históricos más amplios? ¿Y por qué afirman que la Colonia está en decadencia?

Sería injusto omitir que mi primera referencia al pasado de la colonia Cuauhtémoc está en mi infancia. Las anécdotas que escuché de niña encauzaron el río de la investigación, inspiraron el sostén que encontré en la tradición oral y su vena narrativa. Después estudié el proyecto de la Empresa y los primeros planos de las casas; visité archivos y bibliotecas; leí textos de personas bien instruidas. La información que contiene este libro está basada en muchas horas de archivo y de campo, entrevistas, observaciones que hice en los últimos años durante las vacaciones de invierno y de verano, cuando volvía a casa de mis padres. Sin embargo, su origen está en la tradición oral de mi familia materna. La memoria de mis familiares, la de mis entrevistados y la mía atraviesa todo este trabajo.

Por lo tanto, escribir las siguientes páginas también fue un ejercicio de distancia. Viví en la Cuauhtémoc desde que nací: primero de manera parcial, en casa de la abuela; luego, por completo, cuando se convirtió en la de mis padres.

² En adelante escribo “Empresa” para referirme, indistintamente, al Grupo Monterrey y sus derivados, Grupo Visa (después FEMSA) y Grupo Alfa. En la conversación cotidiana, la Empresa puede ser un sujeto abstracto con capacidad de acción o un lugar ambiguo que encarna el concreto. La gente afirma, por ejemplo: “Conocí a mi esposa en la Empresa”, “La Empresa me dio un préstamo”, “Vamos a la posada de la Empresa”. Difícilmente se especifica subsidiaria o fábrica.

1

ESCRIBIR UNA MICROHISTORIA DEL HOGAR

De cronistas y microhistorias

EN UNA AMIGABLE LIBRERÍA de viejo del centro de Ciudad de México, rodeada de librereros altos y polvosos, artefactos de metal, cuadros y esfinges de cerámica, descubro en el suelo un libro maltratado, oculto entre pilas de títulos abandonados. Lo adornan los retratos en blanco y negro de tres hombres y una mujer y se titula *Villaldama durante el gobierno del licenciado Raúl Rangel Frías*.³ La autora, María Luisa Santos Escobedo, es la cronista municipal de Villaldama; es decir, la coterránea encargada de narrar las visitas de funcionarios públicos, los cambios demográficos, las costumbres y penurias de los habitantes de Villaldama. Me entero de que eso es un oficio. En los municipios mexicanos —o, en la Ciudad de México, en sus delegaciones—, hay cronistas dedicados exclusivamente a contar la vida cotidiana con el objetivo de asir lo minúsculo, lo que de otro modo pasaría desapercibido, y preservarlo.

Los cronistas manejan diarios de campo y al escribir se permiten florituras literarias que coquetean con la poesía. Se divierten. El libro de Santos Escobedo está repleto de anécdotas, chismes, rumores y “Es bien sabido que...”. Su introducción consiste en versos cursis que rinden homenaje al exgobernador Rangel Frías. La escritora destaca el progreso, la modernidad, las vidas humildes pero dignas

³ María Luisa Santos Escobedo, *Villaldama durante el gobierno del licenciado Raúl Rangel Frías*, Monterrey, UANL y Presidencia Municipal de Villaldama, 2004.

de la población de Villaldama que, en Nuevo León, se conoce vagamente por su panadería. La investigación se reduce a breves e indispensables apuntes: cuándo hubo luz, cuando llegó la planta eléctrica, el día de la visita del presidente López Mateos, a quien un cortejo de bellas damas villaldamenses recibió calurosamente. La autora empuja hacia una visión romántica de la historia local y reivindica “lo provinciano”.

Es difícil hablar de microhistoria sin referirse a las tradiciones académicas que fundaron Luis González y Carlo Ginzburg. Recurrí a una obra más o menos reciente, de una autora poco conocida y sobre un municipio que no interesa tanto como San José de Gracia para esgrimir una idea sencilla: la microhistoria es imparabile. No está circunscrita a la teoría, no depende de la formación que ofrece el historiador a sus alumnos estudiosos en un aula; tampoco es, precisamente, una corriente literaria. Es apenas una forma accesible de ejercitar la memoria y acrecentar las pilas y pilas de papeles de los escondrijos (archivos) de este país. Como los libros, la microhistoria es casi toda intrascendente.

El énfasis de Santos Escobedo en la tradición y las virtudes no es fortuito. Bien decía Luis González que a la microhistoria la mueven los sentimientos. Que la microhistoria, en oposición a la Historia, la que todo lo abarca y todo lo sabe, tiene pretensiones menores y emocionales; se concentra en el horizonte visible y cercano. La investigación mana del amor a las raíces o, en palabras de González, volcadas hacia “la psicología profunda”⁴, la búsqueda surge de un amor casi edípico por la madre. Escribe el historiador:

El término microhistoria habrá que reservarlo para el estudio histórico que se haga de objetos de poca amplitud espacial. Es un término que debería aplicarse a la manera espontánea como guardan su pretérito los mexicanos menos cultos, mediante la historia que se cuenta o se canta por los viejos en miles de terruños.⁵

⁴ Luis González, *Todo es historia*, México DF, Ediciones Cal y Arena, 1989, pp. 228-229.

⁵ Luis González, *Otra invitación a la microhistoria*, México DF, FCE, 1997, p. 72.

Algo similar ocurre con los cronistas municipales de Nuevo León, asociación a la que pertenece Santos Escobedo. En el ciclo de conferencias “Café e Historia”, que encuentro en una vieja serie de videos de Youtube, los cronistas veteranos cuentan nostálgicas anécdotas de sus respectivos terruños; el público escucha entretenido y ríe cada tanto. Y corroboro: las historias locales brotan de un interés íntimo del historiador, por eso corren el riesgo de caer en detalles nimios que sólo llaman la atención de hombres y mujeres en busca de tardeadas amenas. Al aceptar que esta microhistoria es una actividad pública, fruto de la comunidad y la conversación, su práctica se envalentona. ¿A qué podría aspirar, pues, una microhistoria académica, o “rigurosa”? ¿Qué ofrece en comparación con la historia a secas, la sociología o la ciencia política, las ciencias sociales?

El encargado del Acervo Histórico de la empresa multinacional Fomento Económico Mexicano (FEMSA), al mostrarme las cajas de cartón apiladas y numeradas, los cuadros, las medallas y los trofeos que almacenan en una caja fuerte, lo expuso bien: “Yo tengo la oportunidad de estudiar otros aspectos del pasado, porque [a la Empresa] ya no le interesa mantener una narrativa institucional. Me han dado libertad para reevaluar la historia, reconsiderarla”. Sus palabras me recuerdan una cita de Marc Bloch: “El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar”.⁶

Virtudes de la microhistoria

La más obvia: lucha contra la generalización. En lugar de ofrecer respuestas totalizadoras, la microhistoria reivindica las contradicciones inherentes a la existencia social. Se nutre de un oído generoso, del trabajo de campo y el contacto pedestre con el objeto de estudio, de la tradición oral: cuando las fuentes escasean, hay que abrirse paso con imaginación. Aunque la microhistoria no está exenta de prejuicios ni disparates, y se encuentra bajo

⁶ M. Bloch, *Introducción a la historia*, trads. P. González Casanova y M. Aub, México DF, FCE, 1952.

el yugo constante del sentimentalismo, así merece atención y cuidado. Cuestiona la causalidad, gran tentación de las historias oficiales. Según Juan Pedro Viqueira,

Las historias nacionales sólo pueden establecer relaciones conjeturales (a menudo erróneas) entre distintos fenómenos sociales; las microhistorias, en cambio, nos permiten comprender cómo las personas interpretan su momento histórico y cómo, a través de esa interpretación, responden a los problemas que se les plantean.⁷

La microhistoria es un camino amable para pensar lo cotidiano, las creencias y las emociones. En *Pueblo en vilo*, Luis González repasó hechos regionales y nacionales que repercutieron en la vida de la población de San José de Gracia. Lo local pertenece a un clima político, social y económico que orienta el rumbo de nuestras vidas; pero es posible que hechos relevantes en la historia nacional sean insignificantes para la gente de San José, que pasen desapercibidos o se interpreten de manera distinta. Por ejemplo, en la obra de González “la Revolución no aparece como una gesta heroica por la liberación del pueblo oprimido, sino como una sucesión de incursiones de bandoleros que roban, violan y destruyen los pueblos que encuentran a su paso”.⁸ Es tarea de la microhistoria, entre varias otras historias, contradecir o matizar grandes postulados.

En el caso regiomontano, cierta narrativa fundacional ha promovido la historia industrial con un puñado de nombres: Madero, Zambrano, Sada, Garza, Muguerza. Una parte del Grupo Monterrey sería el pilar de la historia de bronce de Nuevo León. La potencia de la ciudad —y del estado entero, que se ancla a Monterrey como uno mismo— se basa en los discursos, las empresas y los proyectos de quienes encabezaron las casas comerciales, luego la cervecera y la siderurgia. La microhistoria, como la historia cultural, contaría las vidas de los obreros o

⁷ Juan Pedro Viqueira, “Todo es microhistoria”, *Letras Libres*, mayo de 2008, pp. 48-56.

⁸ *Ibid.*, p. 58.

las mujeres, de los sujetos ensombrecidos por los arrolladores hombres de traje.

La historia oficial promueve la sacralización de ciertos hombres y el amor patriótico. La microhistoria de Luis González promovió el amor por “la patria”, que suele ser más tangible, real y cercana que el ideal patriótico.

Método y veracidad de la investigación

Me baso en dos tipos de fuentes: el trabajo de archivo y la tradición oral. A los ojos del lector mi texto es veraz. Es importante evaluar esta presunción. Al aventurarnos a escribir sobre un lugar delimitado e impopular, la escasez de fuentes podría ser el primer obstáculo. Mi investigación no enfrentó esta traba.

La vida en la colonia Cuauhtémoc se remonta a finales de la década de 1950, hay testigos vivos y lugares que una puede recorrer a pie y yo misma tengo referencias de su pasado inmediato. Hay abundantes pruebas escritas que documentan la historia de la Colonia. A primera vista, la disponibilidad de fuentes y mi cercanía con el objeto de estudio facilitaban la escritura del libro. El trabajo de campo fue posible hasta marzo de 2020, cuando comenzó oficialmente la pandemia de coronavirus.

Me di topes con una dificultad epistémica, lo que Bernard Bailyn llamó “el contextualismo en la historia” y que se resume así: “¿Estoy emitiendo juicios retroactivos? ¿Esta afirmación es justa para su tiempo?”.⁹ Sopesé mis notas y consideré si eran correctas. Desde el principio me decepcioné y dudé de los testimonios orales. Mi preocupación volvía a una cuestión elemental: ¿Lo que narro es verdad? ¿Eran así las cosas?

Si aceptamos que el conocimiento del pasado es interpretativo y, por lo tanto, perfectible, asumimos también que el trabajo histórico apuntaría hacia una versión más cercana a la realidad. Hoy, la legitimidad del trabajo histórico científico se sostiene sobre las fuentes y la buena reputación del historiador. En actos precisos, como reconocer un testimonio o documento falso, el

⁹ Bernard Bailyn, “Context in History”, *Sometimes an Art: Nine Essays on History*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2015, pp. 34 – 39.

historiador admite la posibilidad de estudiar el pasado con más precisión.¹⁰

Como mi objetivo era escribir una historia, me abrumó la responsabilidad de levantar falsos, inventar o generalizar. Los historiadores aconsejan recabar toda la información posible, diversificar las fuentes y confrontar los testimonios. A mí lo único que me dio confianza fue cambiar las expectativas. No exigí un perfecto recuento histórico ni el reconocimiento de hechos clave de mis entrevistados; me interesó comprender lo que había detrás de las palabras de la gente que conversó conmigo.

Otro punto me detuvo. A finales de la década de 1970, el corpus de textos de filosofía de la historia cuestionó la diferencia entre historia y literatura. El argumento era que, aunque los historiadores persiguen la reconstrucción del pasado, también expresan sus hallazgos en el lenguaje escrito y sus párrafos tienen la estructura del género narrativo. Imposible hacer historia sin lengua. La diatriba posmoderna involucró la verdad y la periodicidad y suscitó una pregunta urgente sobre el oficio histórico: si el historiador es incapaz de acceder físicamente al pasado, ¿cómo podría asegurar lo que allí aconteció? ¿Cómo podemos distinguir entre historia y relato?¹¹

En una audaz comparación, Ivan Jablonka explicó que, en la tradición francesa, la novela realista y la historia nacional “rivalizan en el objetivo de verdad, la capacidad de desciframiento, la epifanía del pueblo, la regeneración del pasado”.¹² Describir la realidad de los pueblos era menester de ambos, historia y literatura. La literatura no es historia ni viceversa. Pero Jablonka piensa que la

¹⁰ M. Bloch, *op. cit.*, pp. 73-76.

¹¹ W.H. Walsh, “Truth and Fact in History Reconsidered”, *History and Theory*, t. 16 (1977), pp. 53-71.

¹² Jablonka señaló: “El historiador crea al transmitir su energía a los hombres de los siglos pasados. Ese don de la vida es otro nombre de la creación literaria”. La división estricta entre hechos (historia) y ficción (literatura) es engañosa. La reconfiguración histórica mediante el texto literario también ofrece descubrimientos cognitivos. Véase Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea: Manifiesto por las ciencias sociales*, trad. H. Pons, Buenos Aires, FCE, 2016, p. 68. Sobre la génesis y la creación literaria también escribió George Steiner en *Gramáticas de la creación*, trans. A. Alonso y C. Galán Rodríguez, Madrid, Siruela, 2001.

literatura es un medio poderoso para ganarse al lector, conmoverlo y atraparlo, y que las ciencias sociales deben reconciliarse con la escritura, regocijarse por su potencial y aceptar lo que ésta ofrece.

El historiador contemporáneo, revestido con métodos y confianza, jamás llamaría a su investigación una obra literaria. Saltaría si dijéramos que escribe novelas, pues entendería que lo hemos llamado mentiroso o falta de rigor. Yo pienso como Jablonka. En ocasiones la literatura es una vía más efectiva que la escritura académica, pretenciosa y sobria, para echarle una buena mirada al objeto de estudio.

El trabajo de archivo

Entablé contacto con el Archivo General del Estado de Nuevo León, el Archivo Histórico del Municipio de San Nicolás de los Garza, el Acervo FEMSA, el Archivo Sociedad Cuauhtémoc y Famosa (SCYF) y el Centro Eugenio Garza Sada. El personal de los archivos bromeó conmigo sobre “las historias de terror” que había escuchado de historiadores que ordenaron, hace ya décadas, los acervos del estado: ellos habrían sido los afortunados que descubrieron las torres de papeles en cuartos de limpieza, entre trapeadores y detergentes, o en armarios de utilería.

Desde el Archivo Municipal de San Nicolás, un trabajador me informó por teléfono que sería complicado encontrar información pues “las cajas no están clasificadas, la administración anterior dejó un borlote”. Me pidió unos días para averiguar si había documentos sobre la Colonia y no volví a saber de él.

Fui al Archivo General de Nuevo León para consultar *Trabajo y Ahorro*, el boletín semanal de SCYF que comenzó a imprimirse en 1919 y en cuyas páginas hay noticias de la Cuauhtémoc. El archivo se encuentra en el Parque Fundidora, en las antiguas oficinas generales de la compañía. El edificio de ladrillos está empotrado entre árboles y maleza, frente a una fuente circular completamente seca. Lo visité un día de julio. La recepción estaba vacía con la excepción de un solitario ventilador que aventaba aire caliente. A los diez minutos un vigilante salió con pasos pesados. Me pidió que anotara mi nombre con pluma azul en una libreta Scribe. El

interior: un salón con mesas metálicas y escritorios acomodados en herradura. Un par de muchachas reían detrás de una pared de tabla roca; imaginé que hacían su servicio social. Una mujer abandonó su escritorio, donde estaba refugiada detrás de otro ventilador, y me atendió con el ceño fruncido. Hizo dos llamadas por teléfono y me dijo que no tenían los ejemplares físicos. Regresó a su lugar y tecleó en la máquina. Las versiones digitales estaban guardadas en un software caduco, de 2000, y no pudo abrirlas. Me mostró las líneas de código verde en la pantalla a modo de prueba.

Las fuentes escritas que estudié están bajo la custodia de archivos privados: los de FEMSA, SCYF y las Misioneras Clarisas. En el Centro Eugenio Garza Sada me redirigieron al acervo FEMSA con una explicación sencilla: “Allá está todo lo de proyectos sociales”. En el acervo FEMSA encontré los documentos clave sobre la planeación de la Colonia: los anteproyectos, planos y recibos, la correspondencia entre el ingeniero Raúl Rangel Sada y el arquitecto Ricardo Guajardo. Las cajas están ordenadas en un cuarto helado, con la temperatura adecuada para su conservación. El esfuerzo de recopilación y clasificación es reciente. Roberto Lara, el historiador a cargo desde 2011, me dijo que han recurrido a plataformas de venta en línea como Mercado Libre para recuperar artefactos de “valor histórico” para la Empresa, como medallas y trofeos.

En el acervo SCYF encontré la colección completa de *Trabajo y Ahorro*. El archivo estaba cerrado por la cuarentena. Después de intercambiar un par de correos, una trabajadora me digitalizó alrededor de veinte números. Gracias a esa consulta y a su amabilidad logré incluirlos en la investigación.

En 2013, tras reflexionar que cada año perdían más legibilidad, las Misioneras Clarisas teclearon los documentos históricos que conserva su convento. Su objetivo era “saber (sic) las raíces de su obra, agradecer a Dios por las hermanas que las precedieron [...] y seguir con fidelidad el espíritu de la Congregación ante los nuevos retos que los tiempos exigen, así como el trato con la Empresa”. En abril de 2020, una hermana de la congregación me compartió los archivos por correo electrónico, ya con la forma de un extenso

documento de Word. Aquí encontré la correspondencia entre la madre fundadora y Eugenio Garza Sada, itinerarios, reseñas históricas, diarios de eventos cívicos; la historia de la educación femenina en la Cuauhtémoc tiene buen registro. En archivos familiares consulté documentos personales: las escrituras de las casas, credenciales de las sociedades, recetas médicas y fotografías que me permitieron confrontar los documentos oficiales y los de una familia cualquiera.

La tradición oral

Vale la pena adentrarse con cuidado a la tradición oral. En su carácter más lejano, se basa en los rumores, relatos, cantos y proverbios de autores cuyos dichos pasaron de generación en generación.¹³ Aunque es más confiable, el testimonio oral directo puede ser mentiroso o incurrir en el error accidental; todavía con buenas intenciones, los testigos fallan en sus observaciones, se confunden o pierden noción de la realidad; en ocasiones exageran o dramatizan afectados por su sentimentalismo. De aquellos tropiezos hermenéuticos nos rescata, en teoría, la conversación rica y la multiplicidad de testigos, pues la confrontación de testimonios alerta de las afirmaciones raras, las que no encajan con lugares comunes. Descartar testimonios es deber del investigador.¹⁴

Como escribí ya, los testimonios que recojo no sólo son valiosos por recrear décadas anteriores, sino por su carácter innegable de recuerdos o memorias. El beneficio de historiar un periodo reciente es que la tradición oral es directa o de “mecha corta”: la gente me cuenta lo que presenció o repite lo que memorizó de sus padres.

Conocer la identidad de los testigos les otorga credibilidad. Carmen, una mujer que comenzó a trabajar en un restaurante de la Colonia en 2011, se refirió a las historias que escucha de boca de los comensales con ilustrativa precisión y después aclaró: “A

¹³ Jan Vansina, *La tradición oral*, trad. M. María Llongueras, Barcelona, Labor, 4.^a ed., 1968, pp. 14-15.

¹⁴ Sobre la credibilidad y la verificación de testimonios, véase: Luis González, “Proceso a las respuestas de la fuente”, en su libro *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 2.^a ed., 1988, pp. 115-133.

mí no me tocó esa época. Pero me toca disfrutar las vivencias que otros me platican, así que un poco, sí”. Lorena, vecina de la segunda generación, me contó anécdotas de años que no vivió y añadió: “Me fascinaba escuchar a mi mamá. Parecía que estabas viendo películas de Pedro Infante. ¡Mucho sufrimiento! Mucha vida. Muchas costumbres sufridas”.

Las palabras no dicen tanto del pasado como de *la percepción* que de él se tiene. Apuntó Pilar Gonzalbo: “Lo que tenemos como fuentes son representaciones, ya sean del pasado o del presente cercano, con las que tejemos nuestras propias representaciones”.¹⁵ En contraste a las fuentes escritas, que encontré en archivos de la Empresa y que consisten en una alegre y despreocupada autopromoción, las fuentes orales me abrieron la puerta a la Colonia desde otra perspectiva, no hegemónica, de su historia.¹⁶ A la hora de interpretar los testimonios, como recordó Alessandro Portelli, no sólo importa lo que las personas dicen, sino también la forma y el tono que utilizan (la oralidad). Las emociones, los rasgos expresivos del relato y la entonación son indispensables para interpretar la palabra hablada.¹⁷ En *Apegos feroces*, la madre adivina el ánimo de las voces que escucha desde la ventana de su cocina y siembra en la hija una admiración por su agudeza:

Aunque mi madre nunca parecía prestar atención a lo que ocurría en el callejón, no se le escapaba una. Sus incesantes comentarios sobre la vida al otro lado de la ventana me permitieron degustar por primera vez los frutos de la inteligencia: sabía cómo convertir el cotilleo en información. Oía una voz elevarse y decía: “Esta mañana discutió con el marido”. O bajar una nota, y entonces era que “se le ha puesto el niño malo”. O interceptaba un diálogo a toda prisa y a partir de él diagnosticaba el enfriamiento de una amistad.¹⁸

¹⁵ Pilar Gonzalbo Aizpuru, “De fuentes y manantiales”, *Hablando de historia: lo cotidiano, las costumbres, la cultura*, México DF, El Colegio de México, 2019, p. 71.

¹⁶ Graciela de Garay, “El uso de las fuentes orales para el estudio de la vida cotidiana” en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *La historia y lo cotidiano*, México DF, El Colegio de México, 2019, pp. 19-45.

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ Vivian Gornick, *Apegos feroces*, trad. Daniel Ramos Sánchez, México DF,

Lamenté perderme el lenguaje corporal y los gestos de algunos de mis entrevistados. Me tomé la libertad de añadir breves notas en las citas para señalar tono o cadencia cuando era pertinente.

La composición

La historia de la Cuauhtémoc comienza en 1957, con la construcción de la primera docena de casas en San Nicolás, pero es necesario recorrer los inicios de Cervecería Cuauhtémoc para entender el momento histórico en el que se incrustó. Así abro la investigación. En la Cuauhtémoc no significa nada hablar de sexenios, gobernadores ni alcaldes; las personas recurren, en cambio, a la historia familiar para ubicarse en el tiempo. Los siguientes tres capítulos son congruentes con su recuento del pasado: cuando llegamos, cuando todo empezó a cambiar, hoy. Sin duda hubo procesos políticos y macroeconómicos que afectaron el destino de la población. A ellos hago referencia mientras hilo la información que salió a colación en las entrevistas.

En la segunda parte, “Imagen de la Cuauhtémoc”, reconstruyo los primeros años de la Colonia con base en las fuentes primarias y los testimonios orales. Recorro los ejes en los que se ordenó la vida cotidiana: el espacio, la gente, el trabajo y el orden, la educación, los juegos. Aquí se vislumbra el espíritu de la población, su visión del mundo y la noción de lo que fue la Colonia en sus años dorados.

En la tercera, “Las puertas cerradas”, me pregunto cómo se relaciona la idílica Colonia con la historia local, regional y nacional. Esbozo un contraste importante con el origen de la Cuauhtémoc, el movimiento Tierra y Libertad, para argumentar la particularidad local de la primera. Relato el asesinato de Eugenio Garza Sada y la fragmentación del “Grupo Monterrey”. Hacia el final del capítulo describo cómo impactó a la Cuauhtémoc la compra de Hylsa por parte del grupo italo-argentino Techint, en 2005, y la reformulación del trabajo obrero.

En la última parte, “Buenas vecinas”, ensayo dos temas actuales de la Cuauhtémoc. En el primer apartado me concentro

en la percepción de la Colonia como un espacio inseguro y cómo el temor de los vecinos ha reforzado su propia distinción social. En el segundo describo cómo se experimentó la vejez en una cuadra del tercer sector y las implicaciones que esto tiene para el proyecto de la colonia Cuauhtémoc, en particular, y para el proyecto empresarial en general.

Historias de bronce

Basta pasar un día de lectura en la biblioteca, amurallada entre pilas de libros sobre ciertas historias de Nuevo León, para distinguir las ideas y narrativas predilectas en torno a los orígenes de la industria:

1. El clima árido y la rudeza de las planicies engendraron el espíritu trabajador de los regiomontanos. En contraste a los estados sureños, donde la gente puede echarse bajo la sombra de los árboles, extender el brazo y arrancar un fruto maduro, los regios debieron ganarse la vida con inteligencia, apremiados por el hambre y la sed.
2. La economía despegó por la generosa exención de impuestos y las leyes de protección que el general Bernardo Reyes ofreció a varias empresas desde 1889.¹⁹ La mano firme de Reyes y su armónica relación con Porfirio Díaz convirtieron al gobernador en “el árbitro de los destinos de Nuevo León”.²⁰
3. Los cruces fronterizos, la construcción del ferrocarril, la apertura de puertos como el de Matamoros a inicios del siglo XIX y la guerra civil de Estados Unidos dieron importancia comercial a la ciudad de Monterrey.

Esta bibliografía coincide en un punto esencial: el Nuevo León “moderno”, es decir, el industrial, apareció en la última década del siglo XIX. La composición de los textos se asienta sobre una

¹⁹ Óscar Flores Torres, *Monterrey industrial 1890-2000*, Monterrey, UDEM, 2000, pp. 15-17.

²⁰ Isidro Vizcaya Canales, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey: Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, ITESM y Fondo Editorial Nuevo León, 1969, p. 79.

transición de fácil remembranza: origen, despegue, consolidación. En contraste a la opinión de los vecinos de la Cuauhtémoc, aquí no figura ninguna decadencia. Los empresarios inauguraron la senda hacia “el progreso”, perfilaron una variable de la ideología liberal que promulgaba el general Reyes.²¹

El abrupto y decisivo corte temporal en las referencias históricas, sin duda presentista, me hace pensar que la historia de Nuevo León rivaliza abiertamente con la historia nacional. Como escribió Michael Snodgrass, ya empresarios, ya trabajadores, los regiomontanos compartieron un compromiso *patriótico* con el progreso industrial que les había beneficiado en apariencia.²² Desde luego, esta narrativa inspira sentimientos sospechosos de identidad, pertenencia y lealtad. Es muy sugerente que el discurso no haya florecido dentro de un movimiento político, sino de un poderoso sector privado.

Para los regiomontanos la industria fue el organizador social por excelencia desde los albores del siglo xx. Los conglomerados reclutaron miles de trabajadores que vivieron con ciertos horarios, en ciertas viviendas y utilizaron ciertos medios de transporte. La vida de las familias se ordenó alrededor del trabajo paterno. En los casos más emblemáticos, los de Cervecería Cuauhtémoc y la Fundidora de Fierro y Acero, las empresas fundaron sociedades y definieron también la alimentación, la educación, la religión, los juegos y los deportes de la población. Es impensable restar importancia a la industria en la historia del estado. Sin embargo, ante las narrativas predominantes es necesario complejizar los hechos sociales, evitar el argumento causal y la presunción de que en Nuevo León hubo un proyecto lógico o predestinado. Esa lectura se encuentra en las biografías panfletarias de los “grandes hombres” del estado, pero también en obras académicas escritas con probable sesgo a favor de la Empresa.

²¹ En sus memorias Alfonso Reyes describe a fondo las ideas de su padre. Véase: Alfonso Reyes, “Charlas de la siesta”, *Parentalia: Primer libro de recuerdos*, México DF, Tezontle, 1958, pp. 65-70.

²² Michael Snodgrass, *Deference and Defiance in Monterrey: Workers, Paternalism, and Revolution in Mexico, 1890-1950*, Cambridge, University Press, 2003, p. 9.

Cervecería Cuauhtémoc

Veamos un ejemplo de historia de bronce. La colonia Cuauhtémoc se remonta, por supuesto, a Cervecería. Y “conocer la historia de la Cervecería Cuauhtémoc implica recordar al tridente que la visualizó y ejecutó”.²³ En esta literatura bastan tres nombres, José Calderón Penilla, Isaac Garza y José A. Muguerza para resumir los orígenes del Grupo Monterrey; al final se añade el de José María Schneider, estadounidense-alemán, heredero de la Cervecería Schneider. Según el mito de Cervecería, en 1886 José Calderón viajó a San Luis Missouri acompañado de Isaac Garza y allí observó las técnicas de fermentación de Schneider. Los hombres acordaron que Calderón distribuiría la cerveza en el norte del país mediante Casa Calderón, una de las casas comerciales más importantes en Monterrey, y que Schneider colaboraría en la creación de la nueva fábrica cervecera, El León. Aunque hoy se considera como el antecedente directo de Cervecería Cuauhtémoc, El León no logró superar la producción casera y a pequeña escala de la bebida alcohólica. Después de la repentina muerte de Calderón en 1889 por un aneurisma, su viuda, Francisca Muguerza, prosiguió con el último proyecto del difunto: preparar cerveza en grandes cantidades.

El 16 de diciembre de 1890, Isaac Garza y Schneider solicitaron al gobierno del estado la concesión para establecer una tal Fábrica de Cerveza y Hielo Cuauhtémoc. Schneider supervisó la preparación de cerveza hasta 1895, cuando los fundadores compraron su parte accionaria.²⁴ En una exhibición descarada de esencialismo nacionalista, optaron por el nombre Cuauhtémoc y una imagen del indio adornó las botellas de vidrio. “La idea de fundar la Cervecería surgió de la mente de unos cuantos hombres que tenían que enfrentarse a una geografía hostil y cuyas únicas armas para allanar las dificultades eran su firme voluntad, tenacidad y trabajo”.²⁵ Así se relata la historia en los boletines

²³ Eduardo Cázares Puente, “La Cervecería Cuauhtémoc y la industrialización del noreste mexicano”, *Ciencia UANL*, 2014, núm. 69, pp. 18-19.

²⁴ M. Snodgrass, *op. cit.*, p. 15.

²⁵ Cincuenta años de noble y facunda labor”, *El Abanderado*, núm. 229, marzo y abril de 1968.

emitidos por la Empresa, *El Abanderado y Trabajo y Ahorro*. Vale hacer el breve apunte: las familias adineradas de Monterrey estaban ya emparentadas entre sí e Isaac Garza era hijo de una de ellas. Difícilmente se trató, pues, de un conjunto de coincidencias.

Cervecería Cuauhtémoc arrancó la producción con ritmo y éxito impresionantes. El 21 de diciembre de 1898 se organizó un baile en el Casino Monterrey en honor a Porfirio Díaz durante su única visita oficial a la ciudad. Oficiaron la ceremonia Adolfo Zambrano, presidente municipal, y Francisco G. Sada, gerente de Cervecería Cuauhtémoc. Apenas una década después de su fundación, Cervecería Cuauhtémoc se había convertido en la compañía cervecera más importante del país.²⁶ En aquel baile Díaz habría exclamado a Bernardo Reyes: “¡Así se gobierna, general Reyes!”.²⁷ El éxito comercial de la Empresa explica la apertura de las subsidiarias. Miguel Basáñez hace el recuento de su ágil fundación:

En 1909 se creó una fábrica de vidrio (Vidriera Monterrey S. A.) [...] En 1926 se estableció una fábrica de cartón (Empaques de Cartón Titán S. A.) [...] En 1936, el grupo comenzó a producir sus propias materias primas y a procesar los desperdicios en alimento para ganado bovino y avícola (Malta, S. A.) [...] En 1942 el grupo se vio impedido de obtener de los Estados Unidos suficientes láminas de acero, por lo que fundó su propia planta (Hysa, Hojalata y Lámina, S.A.). En 1943 establecieron un instituto tecnológico con el propósito de satisfacer sus necesidades de personal (Instituto Tecnológico de Monterrey).²⁸

La narrativa de Cervecería Cuauhtémoc se desarrolló con rapidez. Isaac Garza y Francisco G. Sada arreglaron matrimonios internos

²⁶ O. Flores Torres, *op. cit.*, p. 18.

²⁷ Edgardo Reyes Salcido, *Don Isaac Garza*, México DF, Fondo Editorial Nuevo León, 2010, pp. 31-32.

²⁸ Miguel Basáñez, *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*, México DF, Siglo XXI, 1990, pp. 102-103.

entre sus familias; así el grupo continuó siendo compacto.²⁹ Cervecería Cuauhtémoc e Hylsa pasaron a manos de Eugenio Garza Sada, hijo de Isaac Garza, y los grupos químicos y vidrieros estuvieron a cargo de Roberto G. Sada, hijo de Francisco G. Sada. Un siglo después, las empresas seguían bajo el mando de los descendientes de los fundadores de Cervecería Cuauhtémoc. Hoy esas empresas son dos conglomerados multinacionales: FEMSA y Vitro

Sociedad Cuauhtémoc y Famosa

En un panfleto que financió Cervecería Cuauhtémoc, Salvador Novo insistió en el carácter apacible, generoso y amable de Luis G. Sada.³⁰ El cronista de la ciudad de México había recibido la tarea de delinear una perfecta publicidad para el proyecto social de la Empresa. Novo narró que Luis G. Sada fue a Chicago en 1906 para aprender los aspectos técnicos de la fabricación de cerveza y allí se convenció de que “todo trabajador es un colaborador esencial [...] de ninguna manera un instrumento infrahumano de las empresas o una mercancía más”.³¹

A la divertida y sospechosa afirmación, que aparece entrecomillada en la crónica de Novo, le sigue un recuento de la fundación de la Sociedad Cooperativa Cuauhtémoc en 1918, después Sociedad Cuauhtémoc y Famosa (SCYF). El objetivo textual de SCYF era otorgar beneficios sociales a la familia del trabajador y promover su desarrollo individual e intelectual. “Al procurar empeñosa, tenazmente, la fundación de la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, don Luis G. Sada pensaba en la seguridad de los trabajadores y sus familias”, escribió Novo en su maquillada historia de bronce.³²

²⁹ *Loc. cit.*

³⁰ Salvador Novo, *Crónica regiomontana: Breve historia de un gran esfuerzo*, Cervecería Cuauhtémoc, pp. 24-25.

³¹ *Loc. cit.*

³² Aunque Luis González se refirió a Novo como “microhistoriador”, aquél dedicó gran parte de su vida productiva a redactar publicidad bajo comisión. “Es innegable que la mayoría de nosotros comenzó en la provincia, en mala hora y en el seno de una familia decente. Es innegable que la capital no prohíbe que nazcan en ella buenos microhistoriadores, y para muestra con el botón de Salvador Novo basta y sobra”: Luis

Encontré uno de los mejores contrastes a la crónica de Novo en el libro de Snodgrass, *Deference and Defiance in Monterrey*.³³ Con un exhaustivo trabajo de archivo y entrevistas riquísimas, Snodgrass subraya otra versión de empresas como Fundidora de Fierro y Acero y Cervecería. El autor asegura que “el paternalismo fue una respuesta a los temores por la organización de los obreros y la regulación gubernamental”.³⁴ Señala que, durante la Revolución mexicana, Luis G. Sada y otros miembros de la élite local estudiaron ingeniería y negocios en la Universidad de Michigan y el Massachusetts Institute of Technology.³⁵ Y recuerda que, a mediados de la década de 1910, los directores de Cervecería prometieron subir los salarios por lo menos 50%, pero no lo concretaron. Los trabajadores protestaron, ellos amenazaron con cerrar la fábrica. El presidente Carranza ordenó tomar la fábrica y dos días después la compañía accedió a regañadientes a la demanda general. En 1917 se organizó la Unión Libre de Trabajadores Cuauhtémoc: la compañía despidió a los líderes en automático. Meses después, Luis G. Sada se reunió con trabajadores veteranos de la Empresa y juntos fundaron Sociedad Cuauhtémoc y Famosa. Estamos, pues, frente a otra historia de génesis.

Snodgrass reconoce que hubo otro intento de sindicato después de la fundación de SCYF. En mayo de 1924, antes siquiera de que la unión exigiera reconocimiento de la compañía, ésta emprendió ataques de hostilidad, espionaje y persecución contra sus miembros. La policía arrestó a los líderes bajo cargos de robo de cerveza y la empresa despidió a más de cuarenta trabajadores durante las

González, op. cit., Todo es historia, p. 239.

³³ Sobre la “deferencia” también escribieron Lylia Palacios y Annie Lamanthe: “La gestión patronal paternalista tiene eco en la existencia de una clase de trabajadores deferentes. La deferencia es considerada aquí como característica de una forma de interacción social propia de situaciones que implican una autoridad tradicional en la que los grupos dominados admiten tanto la dominación ejercida por los dominadores como su propio lugar de subordinados”. Véase Lylia Palacios y Annie Lamanthe, “Paternalismo y control: pasado y presente en la cultura laboral en Monterrey” en Lylia Palacios et al. (coord.), Cuando Monterrey enfrenta la globalización: Permanencias y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey, Monterrey, UANL et al., 2010, p. 324.

³⁴ M. Snodgrass, op. cit., p. 58.

³⁵ Ibid., pp. 56-58.

semanas siguientes. Los despidos provocaron la única huelga registrada en la historia de Cervecería. Después del conflicto la empresa hizo obligatoria la membresía a SCYF; y entre 1936 y 1941, la compañía concentró casi 70% de todas las demandas laborales que había recibido hasta inicios del siglo XXI.³⁶

En 1921 la Sociedad había fundado su propia revista, *Trabajo y Ahorro*, con el vigente lema “Promover el amor por el trabajo y fomentar el ahorro”. Se trata de una de las revistas más antiguas de Iberoamérica. En ella anunciaban eventos sociales como bodas y bautizos, juegos deportivos y fiestas. El boletín incluía también una sección de narrativa y poesía, crucigramas, textos humorísticos, versos dirigidos a las mujeres sobre la limpieza y el orden del hogar. La Sociedad promovió una cultura entre los trabajadores, quienes pronto comenzaron a recibir cerveza, despensa con subsidio, atención médica y, lo más importante, acceso a viviendas.

“No es una utopía”: Todos con Casa Habitación Propia

“La primera necesidad de un joven que rompe con su familia o de un emigrante que llega a la ciudad, ya proceda del medio rural, o ya sea extranjero, es hospedarse en algún lugar; tener, si no una habitación propia, al menos una cama en cualquier parte”.³⁷ A inicios del siglo XX, con el auge del primer brote industrial y el aumento en el flujo migratorio proveniente de otros estados, se transformó el orden espacial de Monterrey. El Decreto de los Bienes Vacantes, promulgado el 1 de septiembre de 1890, permitía la compra de propiedades públicas o privadas que estuvieran abandonadas por medio de un sistema de “denuncias”.

Mediante esta flexible política territorial, los empresarios adquirieron tierras para sus industrias y diseñaron áreas de vivienda para sus trabajadores.³⁸ Entre 1895 y 1908, Bernardo Reyes dirigió la construcción del palacio de Gobierno de Nuevo León. Su

³⁶ *Ibid.*, p. 43.

³⁷ Michelle Perrot, “Habitaciones obreras” en *Historia de las alcobas*, trad. Ernesto Junquera, México DF, FCE, 2011, pp. 209-210.

³⁸ Carlos Estuardo Aparicio Moreno *et al.*, “La segregación socio-espacial en Monterrey a lo largo de su proceso de metropolización”, en *Región y sociedad*, 52, 2011, p.173-207.

administración contrató cinceladores potosinos y los artesanos se asentaron en el margen sur del río Santa Catarina, en las faldas de la Loma Larga. Allí se fundó el barrio San Luisito, hoy conocido como colonia Independencia.³⁹ La Congregación de la Fama y Fundidora de Fierro y Acero atrajeron obreros a sus colonias aledañas. Así se invirtió la proporción rural-urbana del estado, ya con más de la mitad de su población cerca de la capital.⁴⁰

La fábrica de Cervecería se ubicó fuera de la zona urbana, en un espacio prácticamente despoblado.⁴¹ A su alrededor se trazaron barrios obreros, entre las actuales calles Adolfo Ruiz Cortines, Vicente Guerrero, Colón y Bernardo Reyes. Una de las primeras colonias obreras, Bella Vista, se estableció desde 1908. Le siguieron la colonia Acero, cerca de Fundidora, en 1911, la Industrial en 1912 y la Larralde en 1924.

El historiador César Salinas recoge los primeros proyectos de vivienda de la Empresa en uno de sus libros institucionales. Según Salinas, desde su fundación Cervecería hospedó trabajadores al interior de la fábrica. La prioridad era que el personal se trasladara con rapidez y sin gastar en transporte.⁴² La Empresa otorgó préstamos para que los trabajadores rentaran casas de las colonias Bella Vista, Industrial, Larralde e Hidalgo. En 1908, Cervecería comenzó a comprar casas prefabricadas para venderlas en la tienda de scyf a precios subsidiados y a crédito sin intereses: eran unidades de madera portátiles y económicas.⁴³

El establecimiento de las casas aumentó su valor en las colonias cercanas a la fábrica. Esto fue un golpe duro en la década de 1920, cuando la mayoría de los trabajadores vivía en casas rentadas, con pisos de tierra, techos débiles y paredes por donde se colaba el aire.⁴⁴ Por fin, Cervecería creó una comisión de terrenos y casas con el objetivo de “hacer de cada obrero un propietario”.

³⁹ *Loc. cit.*

⁴⁰ Israel Cavazos Garza e Isabel Ortega Ridauro, *op. cit.*, p. 222.

⁴¹ César Salinas, “El anhelo de un hogar: El programa de vivienda”, en *El libro de oro de SCYF*, Monterrey, FEMSA, 2019, pp. 150-151.

⁴² C. Salinas, *op. cit.*, pp. 149-153.

⁴³ *Loc. cit.*

⁴⁴ C. Salinas, *op. cit.*, p. 156

Los empresarios compraron un terreno al noreste de la fábrica, propiedad del gobierno federal, y en 1926 iniciaron los proyectos de urbanización de lo que sería la primera colonia Cuauhtémoc: de poco más de 20 mil metros cuadrados, sus casas se podrían adquirir mediante mensualidades o de contado. En 1925 apareció en *Trabajo y Ahorro* un aviso prometedor para promocionar la primera colonia Cuauhtémoc:

SERVICIO DE TERRENOS Y CASAS. Este servicio, aun cuando no se ha instalado definitivamente, tiene un amplio campo de acción, pues se han conseguido muchas cosas sobre el particular. Una de ellas, la más importante quizá, es la adquisición de un terreno de regulares dimensiones, donde se instalará la Colonia Cuauhtémoc, dotada de toda clase de comodidades para las familias y los niños. En esta Colonia, todos tenemos señalado nuestro lugarcito y seremos dueños del terreno viviendo siempre rodeados de comodidades y al mismo tiempo de manos amigas, las de nuestros compañeros, que siempre estarán listos para aplaudir buenas acciones como para brindarnos una amistad franca. La Colonia Cuauhtémoc no es una utopía, es una realidad, es el esfuerzo de muchos que se cristalizará y brillará en favor de todos en muy breve tiempo.⁴⁵

La primera casa se ocupó en 1927. Los trabajadores conocieron casas propias, higiénicas y con servicios básicos. Para mediados de 1931, la mitad eran dueños de un terreno: 20% lo había pagado con sus ahorros y el resto había recurrido a un préstamo.⁴⁶

En 1936, la primera colonia Cuauhtémoc estaba repleta. Cervecería vendió un terreno al noreste de la fábrica a SCYF y allí se trazó la colonia Las Encinas. Su concepto fue diferente: las casas, llamadas granjas-hogar, tenían espacios amplios para cultivar y criar animales. Salinas afirma que el objetivo era que la tierra garantizara el sustento en caso de un desabasto alimenticio. Y los trabajadores, provenientes del campo, familiarizados con

⁴⁵ *Trabajo y Ahorro*, núm. 119, 1925.

⁴⁶ C. Salinas, *op. cit.*, p. 158.

la agricultura y la ganadería, sabrían sacarle provecho.⁴⁷ En la década de 1930 se duplicó la cantidad de trabajadores que vivían en las casas subsidiadas por Cervecería.⁴⁸

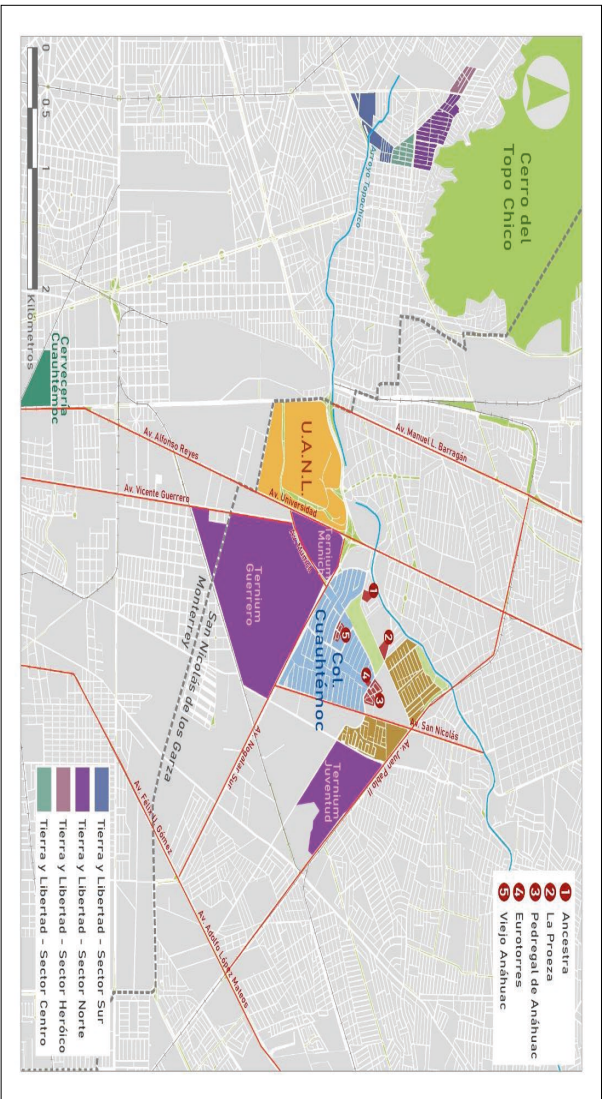
En 1941 inició el primer programa formal de vivienda, Todos con su Casa Habitación Propia. La lógica empresarial todavía era ubicar a los trabajadores en las inmediaciones de la fábrica, así que se fraccionaron más terrenos y se anexaron a las colonias Bella Vista y Larralde. Pero las casas se construyeron con materiales más resistentes, paredes de barro block y techos de concreto. Además, ya contaban con servicios como agua, luz eléctrica, gas y drenaje. En 1946, los vecinos de la primera colonia Cuauhtémoc se trasladaron a las colonias Regina, Chapultepec, Las Mitras y Unidad Modelo, y los terrenos de la Colonia se convirtieron en el Parque Cuauhtémoc y Famosa. Los directivos anunciaron que planeaban la construcción de un fraccionamiento digno de “las necesidades modernas” de los trabajadores y sus familias. El nuevo proyecto se llamaría, también, colonia Cuauhtémoc, y sería la joya de la corona de las iniciativas para proporcionar hogares a los trabajadores.⁴⁹

⁴⁷ C. Salinas, *op. cit.*, p. 159.

⁴⁸ M. Snodgrass, *op. cit.*, p. 255.

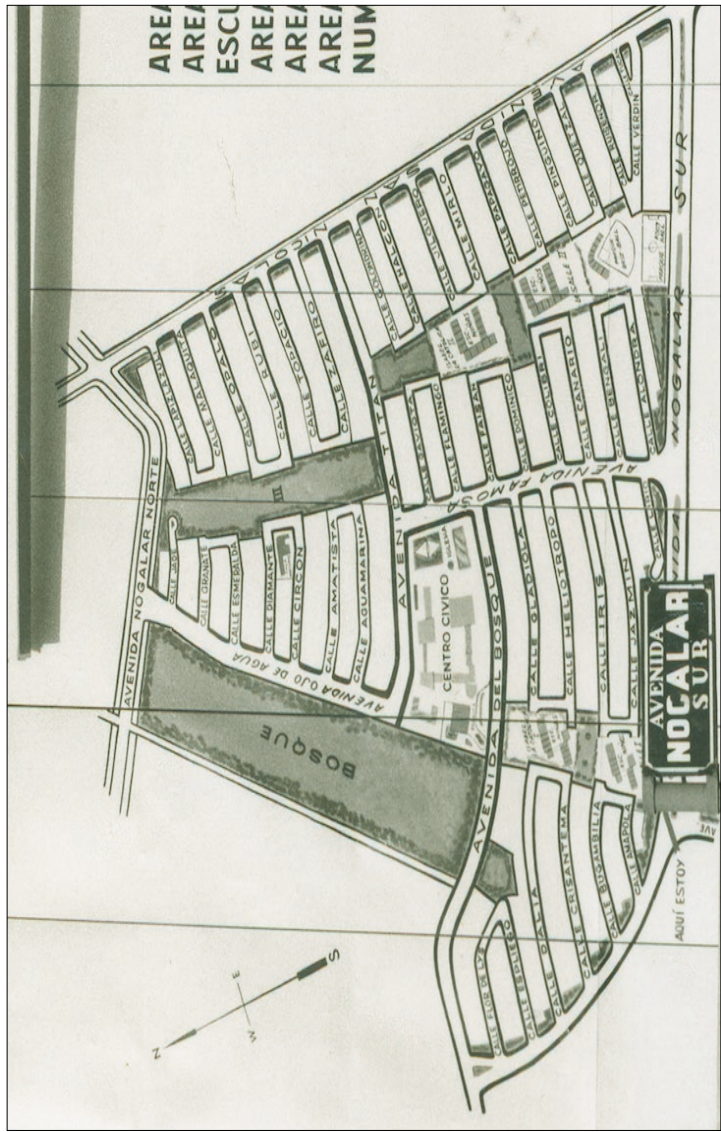
⁴⁹ En 1950, Fundidora de Fierro y Acero comenzó a planear un complejo residencial tan ambicioso como el de Cervecería Cuauhtémoc: Fraccionamiento Buenos Aires, en el margen sur del río Santa Catarina. La colonia estuvo lista dos décadas después. Los paralelismos entre ambos proyectos urbanos son notables. Las familias de Buenos Aires leían *Previ* y *Noticias de Fundidora*. Fundidora abrió escuelas donde se dictaban cátedras sobre los grandes hombres de la empresa y promovió el deporte entre los obreros. El tiempo se ordenó en torno a los silbato de las fábricas; el espacio, en torno a los hornos. El antropólogo Pablo Landa Ruiloba escribió con acierto: “En una época en la que el gobierno federal y sus instituciones envolvían por completo la vida de los mexicanos en muchas partes del país, en Monterrey miles vivían en un mundo cuya principal sede de poder era Fundidora”. Sin embargo, Fundidora no exhibía el mismo desdén por la autoridad del gobierno federal: dependía del Estado, el principal consumidor de acero regiomontano. Tampoco obligó a los trabajadores a abandonar su derecho a organizarse de manera autónoma ni a unirse a su sociedad. La Familia Acero debía suscribirse, voluntariamente, al sistema de beneficios que ofrecía la compañía. Véase: Pablo Landa Ruiloba, “La ciudad que construyó Fundidora”, <https://patrimoniomoderno.mx/historias/la-ciudad-que-construyo-fundidora/>, consultado en noviembre de 2020; y M. Snodgrass, *op. cit.*, 85-90.

Mapa 1
Referencia actual de colonia Cuauhémoc, campus de la UANL, colonia Tierra y Libertad, tres plantas de Ternium y Cervecería Cuauhémoc. En rojo: privadas y torres departamentales. En bronce: Potrero Anáhuac y Villa Las Puentes, colonias residenciales aledañas



Elaboración: Diana Lucía Contreras.

Mapa 2
 Croquis original de la Cuauhtémoc, colgado en el parque de béisbol. Ca. 1959.



2

IMAGEN DE LA CUAUHTÉMOC

El espacio

EL TERRENO ERA DE NOVENTA HECTÁREAS y se encontraba en la villa de San Nicolás de los Garza, a cuatro kilómetros de Cervecería. Estaba aislado del barullo de la ciudad, sumergido en un hondo silencio. Colindaba con un bosque de árboles centenarios de follaje espeso y lo surcaba un ojo de agua.⁵⁰ El cerro del Topo Chico se elevaba al poniente de la villa; sus aguas confluían con el ojo de la Colonia y el cauce corría poblado por truchas, carpas y sardinas. Los viajeros admiraban los resilientes mezquites, huizaches, nopales y granjenos que crecían en la tierra.⁵¹ El área despoblada y la ciudad de Monterrey, lejana y chaparra, permitían que la mirada se llenara de cielo y topara hasta el cerro de la Silla, que circundaba la villa como un domo.

Por primera vez la Empresa había apostado por moradas que no colindaran con sus fábricas. La bruta zona rural desanimó a muchos trabajadores y no fue inusual escuchar historias de

⁵⁰ En el siglo XVII, aquel terreno fue el lugar de descanso de los caminantes que recorrían el Antiguo Camino a Santo Domingo con dirección a una hacienda. La información oficial del municipio admite la presencia de personas indígenas, a quienes llama “salvajes” y “proclives a las más desordenadas conductas”. Véase: Gobierno Municipal de San Nicolás, <https://www.sanicolas.gob.mx/san-nicolas-2/historia>, consultado en septiembre de 2020.

⁵¹ La flora de San Nicolás de los Garza se concentra en las colonias Anáhuac, Chapultepec, Cuauhtémoc y Las Puentes. Véase: Plan Municipal de Desarrollo, San Nicolás de los Garza, N.L., 2015-2018.

hombres que rechazaban la oportunidad de comprar una casa en la Colonia. Contrario a las expectativas de la Empresa, que esperaba una recepción jubilosa, los trabajadores rezongaron y creyeron que vivir en la Cuauhtémoc no sería el cambio espectacular que les prometían sus jefes.⁵² Cuando llegamos no había nada, afirman los vecinos del primer sector, orgullosos, porque ellos sí se atrevieron, se lanzaron a la aventura incierta.

El encargado de trazar la obra fue Antonio Joannidis, profesor de la escuela de Arquitectura del Tecnológico de Monterrey. El anteproyecto estuvo listo en 1950. Contemplaba la construcción de 1300 casas en un plazo de doce años, seis escuelas, una clínica-hospital, una iglesia, un estadio de béisbol, un centro cívico y un cine. El objetivo de la Empresa era construir “una ciudad satélite que pueda vivir independientemente de la ciudad de Monterrey”;⁵³ un espacio que satisficiera las necesidades básicas de los trabajadores y sus familias y que además tuviera una brillante oferta educativa, religiosa y cultural. El sentido de pertenencia a la Empresa debía afianzarse en las calles de la Colonia.

Los documentos de planeación, fechados de 1953 a 1956, describen el diseño de la Cuauhtémoc en tres sectores. Los nombres de las calles evocan flores, pájaros y piedras preciosas. Cuatro avenidas atraviesan la Colonia: Famosa, Titán, Del Bosque y Ojo de Agua; las primeras son subsidiarias de Cervecería; las últimas, francas referencias al paisaje. Se rumoró que Eugenio Garza Sada había dado la instrucción de trazar las calles en forma de laberinto para limitar la velocidad de los automóviles y proteger a los niños de la Colonia. El generoso crédito del diseño urbano al empresario, que nada tuvo que ver, es el primer indicio de las charlas que ocurren en sus calles, la percepción que de él se tiene.

En 1953, el arquitecto Héctor González Treviño inició el estudio de agua, drenaje y alumbrado de la Colonia. En 1954, el ingeniero José Mijares Salinas celebró un contrato para diseñar la calzada de

⁵² C. Salinas, *op. cit.*, p. 165.

⁵³ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1764, 1958. Un proyecto urbano de la década con aspiraciones similares fue Ciudad Satélite, en el Estado de México, uno de los proyectos más importantes y ambiciosos del urbanismo mexicano del siglo XX. Ya en 1954, Mario Pani y José Luis Cuevas la describieron como “una ciudad fuera de la ciudad”.

la Carretera Nacional México-Laredo hasta su actual entronque. Raúl Sada Rangel voló a la capital para “investigar los diferentes tipos de alumbrado, las casas para obreros que construía prohasa, la urbanización de Balbuena; para intercambiar impresiones con la Sociedad de Arquitectos” y regresar a Monterrey con ideas “modernas”.⁵⁴ Los anteproyectos que encontré en el acervo femsa no mencionan a Félix Candela ni a Enrique de la Mora y Palomar, quienes se encargaron de diseñar las casas y la parroquia San José Obrero. El presidente Adolfo Ruiz Cortines inauguró la colonia Cuauhtémoc el 5 de diciembre de 1957. Así

culminó una de las más grandes realizaciones de la obra social que realiza nuestra Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, la que con el decidido apoyo de las Empresas que le han dado vida ha hecho realidad uno de los más acariciados anhelos de sus miembros: Todos con su Casa-Habitación Propia.⁵⁵

La Cuauhtémoc, sin embargo, era todavía una promesa: la ceremonia había celebrado la ocupación de apenas 334 casas, las del primer sector.⁵⁶ A pesar de que la primera etapa del proyecto comprendía la plaza, la iglesia y los locales comerciales, los primeros habitantes llegaron un par de años antes de su apertura.⁵⁷ Esta breve brecha fue suficiente para que germinara una sensación de distancia entre estos vecinos y el resto. Los primeros tienen la certeza de “haber llegado antes” y ostentan sabiduría sobre sucesos que los demás desconocen. Les gusta recordar la imagen de un terreno deshabitado y peligroso. Por ejemplo, Beatriz, una vecina cuyos padres fueron vecinos del primer sector, me cuenta historias que no puedo corroborar con vecinos de los otros sectores:

⁵⁴ “Asuntos Relacionados con la Colonia Cuauhtémoc que serán investigados en la Ciudad de México”, fecha desconocida, AHFEMSA.

⁵⁵ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1751, p. 4.

⁵⁶ Previsión (sic) Social Grupo Industrial, “Correspondencia entre Lic. Mauricio Cuentas Fragozo y Raúl Sada Rangel, 18 de julio de 1954, AHFEMSA.

⁵⁷ Previsión Social Grupo industrial, “Proposición para el centro de la Colonia Cuauhtémoc”, fecha desconocida, AHFEMSA.

Mamá decía que cuando llegaron a la colonia eran contadas las casas, diez casitas apenas. Y eran casitas chiquitas, ¡pero con un terrenón...! No había bardas, era puro monte. Una vez se estrelló un avión y duró un buen tiempo ahí tirado, los niños iban y esculcaban y sacaban periódicos viejos. También hubo un accidente muy fuerte cuando estaban construyendo la iglesia, se cayeron las estructuras y murió mucha gente; tuvieron que empezar a hacerla otra vez. Atrás de la iglesia era puro llano, puro monte... ésa es plática de personas del primer sector.

La vaga referencia del accidente aéreo devino en una leyenda popular que se extendió por la villa de San Nicolás: que a bordo del avión iban un piloto, un niño y una enfermera; que ella salió violentamente decapitada del accidente; que por las noches su espectro, bañado por un halo de luz plata, se le aparece a los vigilantes de la clínica Cuauhtémoc y Famosa. El rumor, ya leyenda, es un ejemplo de la poderosa tradición oral de la Colonia.

Las casas japonesas

Los predios eran de más de 300 metros cuadrados y las casas tenían alrededor de 68 de construcción.⁵⁸ Los bosquejos del arquitecto Ricardo Guajardo evidencian la prioridad afín a las viviendas de interés social: aprovechar el espacio al máximo y “eliminar cualquier pedazo inútil”.⁵⁹ En su propuesta, Guajardo desechó la salita como pieza independiente y la presentó, en cambio, como una estancia-dormitorio; también diseñó el baño de tal modo que pudieran usarlo dos personas al mismo tiempo. Planear que la sala se usara como dormitorio, como narraré abajo, fue especialmente significativo por las viviendas anteriores de los vecinos.

El arquitecto español Félix Candela se encargó del diseño y la construcción de las casas. En ellas se aprecia su marca inconfundible: el techo tiene forma de paraboloides invertidos, es decir, un atrevido

⁵⁸ Bárbara Cardona, “Es una colonia bien fermentada”, *El Norte*, 30 de junio de 2019.

⁵⁹ Previsión Social Grupo industrial, “Proyecto para casas Col. Cuauhtémoc, Memoria descriptiva, AHFEMSA.

paraguas sostiene la construcción entera desde el centro. El curioso centro puntiagudo les mereció el apodo de “casas japonesas”. Descubrí el término en un libro de arquitectura sobre las obras de Candela; hoy los vecinos no lo reconocen y es muy posible que sólo los primeros colonos lo hayan usado durante la década de 1950.⁶⁰ Esto legitima su presunción de antigüedad y de haber sido los únicos testigos de la vida prematura que se desarrolló en la Colonia. Se construyeron tres modelos de viviendas para vecinos con variados ingresos económicos: obreros, mozos, ingenieros, oficinistas y directivos colindaron en la Cuauhtémoc. Traspasemos el umbral de las casas para observar su interior:

Las casas constan de sala-comedor; dos, tres o cuatro recámaras orientadas al Este, provistas de roperías y amplias ventanas; higiénicos baños con lambrín de mosaico, con regadera, aparatos sanitarios y lavabos con botiquín, así como instalaciones de agua fría y caliente tanto en el baño como en la cocina y en la lavandería; en la cocina se instalaron lavaderos de trastes con escurridor y gabinete para loza, dotados de campana para humos; las instalaciones eléctricas son ocultas y las pinturas exteriores son al temple y de colores variados.

Las casas están ubicadas a una distancia mínima de 4 metros del frente de la propiedad y a un metro mínimo del lado poniente, con el objeto de lograr un patio amplio hacia el oriente y hacia el frente de cada casa; al fondo queda un patio de más de cien metros cuadrados, y cada propiedad está dotada de una barda pre-fabricada.⁶¹

La distribución espacial era similar al modelo de los suburbios estadounidenses, con un amplio jardín al frente y otro privado en

⁶⁰ Rafael Páez, “Análisis geométrico, arquitectónico y estructural de viviendas construidas con paraboloides hiperbólicos por Eduardo Catalano en Estados Unidos, Félix Candela en México y Julio Coll Rojas en Venezuela”, Caracas, Instituto de Ingeniería Agrícola (ponencia), julio de 2015.

⁶¹ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1764, p. 23.

la parte trasera.⁶² Dos largos pasillos flanqueaban las casas. Los niños jugaban en las áreas verdes, las banquetas y las calles, donde rara vez transitaban autos. La gente colocó mecedoras y sillas playeras frente a las viviendas y se acostumbró a pasar tiempo en el porche por las tardes y por las mañanas, cuando el sol bajaba y corría aire fresco.

La delimitación de las propiedades fue simbólica. Algunas casas tenían una hilera de truenos al frente para remarcar el inicio del jardín; la mayoría no tenía nada. A los costados, en el patio, se alzaban las chiquirriticas bardas de cemento que menciona el anuncio de *Trabajo y Ahorro*. Eran tan bajas que los vecinos conversaban perfectamente con éstas de por medio: sólo ocultaban sus piernas. Los predios eran lugares de convivencia matutina y vespertina; la privacidad, si había, se limitaba al interior de las habitaciones.

El arreglo recuerda a la antigua colonia de Cervecería, Las Encinas, donde se ubicaron las granjas-hogar. En la Cuauhtémoc las vecinas criaron animales y sembraron parcelas de maíz, higueras, aguacates, papayas, naranjos, duraznos, limoneros, manzanos y nogales. Los niños volvían de la escuela y observaban largos manojos de chile piquín colgando de los techos de las casas; cuando se secaban, era hora de la pizza. Proliferó la cría de conejos, pichones, gallinas y cerdos para el consumo familiar o la venta. Las mujeres rompían el cuello de las gallinas, las sumergían en agua hirviendo y las desplumaban. La cría de cerdos era mal vista. El puerco estaba “más allá que para acá”, era el recordatorio de la vida ranchera a la que las mujeres no querían volver. Susy, una vecina del tercer sector, me contó: “Para unas personas los cerdos eran una exageración, muy vulgares. Luego escuchábamos el gritadero que venía del patio del vecino, cuando los mataban... muy desagradable”.⁶³

⁶² Pablo Landa Ruiloba, *Monterrey en el espejo: Crónica de sus habitantes, monumentos y espacios*, Monterrey, CONARTE, 2012, pp. 37-40.

⁶³ En un cuento de Agustín Yáñez, “Gota serena o las glorias del campo”, los cerdos encarnan la brutalidad del rancho. El campo es motivo de exaltaciones, ya por su cercanía con la naturaleza, ya por la lejanía de las luces y la vida acelerada de la ciudad. Yáñez juega con esa visión dulcificada de los goces del campo a través de

Las semejanzas entre las casas de la Colonia y las casas rurales saltan a la vista. La manera más útil de plantearlo es como sigue. Las viviendas rurales no abarcan sólo el espacio construido: igualmente importante es el espacio circundante, al aire libre, para llevar a cabo las actividades del día a día. Cosechar, criar, plantar o trasplantar reclaman la presencia del cielo y de la luz, insinúan la exposición y lo público. El jardín, el porche y el patio fueron tan viviendas como las casitas japonesas (ver Imagen 3)

Los vecinos usaron palabras distintivas en la vida cotidiana. Al amplio pasillo que franjeaba las casas le llamaron “zaguán”. Como me dijo la hermana Catalina, quien llegó a la Cuauhtémoc cuando tenía doce años, aquello no era literalmente un zaguán, sino la cochera. A los gorriones les llamaron “gorupos” o “gorupientos”, como se nombra en el noreste de México a los piojos que enferman a los animales. A las ventanas, “postigos”, como el material de madera que impide el paso de las corrientes frías en invierno. El habla pasó desapercibida. Hoy podemos distinguirla porque nombra objetos, sentimientos o actos que son parte de la vida en los pueblos. En la Colonia, el uso de las palabras provenientes de registros como la agricultura, la ganadería o las labores domésticas disminuyó después de la muerte de la primera generación.

El segundo sector estuvo listo en marzo de 1959: ese año se entregaron otras 300 casas.⁶⁴ El siguiente inició la pavimentación e instalación de los servicios del tercer sector. Las escuelas se erigieron conforme avanzó la construcción para adecuarse a las necesidades de la población infantil. En cada sector se construyó un colegio para niños, La Salle, y uno para niñas, Isabel la Católica, uno frente al otro. Los arquitectos separaron los colegios con plazas arboladas con el objetivo de asegurar la libertad de movimiento de los alumnos; las equiparon con columpios, resbaladeros y subibajas. En el segundo sector las clases comenzaron a impartirse en 1959.

la visión de un niño, que ha crecido escuchando a su madre hablar sobre su infancia rural. Sin embargo, la emoción disminuye en cuanto más real, nítida y filosa se torna su propia experiencia. “He conocido el rostro de la crueldad”, afirma el narrador después de presenciar cómo sus primos rancheros destripan un puerco.

⁶⁴ C. Salinas, *op. cit.*, p. 165.

Para la adquisición de las casas se había fijado un plan financiero de abonos mensuales sin exceder 25% del salario del trabajador a un plazo máximo de veinte años. La meta estimada de 1318 viviendas se alcanzó en 1968. La expresión “¡Me dieron casa!” se popularizó entre los trabajadores de Cervecería, incluso entre los que habían vacilado en aceptar la oferta. El siguiente fragmento de mi entrevista con Beatriz ilustra por qué muchos trabajadores se negaban a vivir en la Colonia:

P. ¿Cómo llegó a la Cuauhtémoc?

B. Mi papá trabajaba en Cervecería. Le ofrecieron casa dos veces, pero las rechazó. Nosotros vivíamos en la colonia Independencia. Cuando mi hermana entró a trabajar de obrera a la Empresa, se enteró de que papá andaba rechazando casas. ¡Imagínate! Ella fue la que aceptó. Así nos vinimos para acá.

P. ¿Por qué cree que su papá no quería mudarse?

B. Yo creo que era un cambio muy fuerte. En la Independencia teníamos la cama en la cocina, no teníamos sala. Tuvimos que educarnos, saber que en la sala va un sillón y si acaso una televisión, que hay que lavarse los dientes todos los días, comerse el caldo de cierta manera... y no era que papá no quisiera hacerlo, nomás no sabía. Era el temor a verse incompetente. Ya ves que antes el papá era el que tenía la razón. Venirse para acá implicaba que iba a perder el control. Pero gracias a Dios sí se vino, y él lo reconoce, sabe que fue lo mejor.

“No es una utopía”, aseguró el eslogan de Cervecería sobre la posibilidad de tener una propiedad (ver Galería de Imágenes, 1 y 2). También se trató de la utopía de la vida pública: la fructífera amistad con el vecino, el personaje principal de la vida provinciana. Y acaso se referían a otra utopía, una más silenciosa, que ocurriría al interior de las viviendas. ¿Cómo designar cada

nueva y reluciente habitación? ¿Quién tiene derecho al secreto, es decir, a la habitación propia? ¿Qué será de la estancia?

Si Beatriz afirma que su familia *aprendió* que “en la sala va un sillón” es porque estaba acostumbrada a dormir allí en compañía de sus hermanos. Era la regla en la colonia Independencia. En la Cuauhtémoc, la familia de Beatriz descubrió el valor de la alcoba conyugal (la privacidad a la que tienen derecho los matrimonios) y el placer de la sala, lugar de ocio y charlas nocturnas, hospitalaria recepción de invitados. El arquitecto Guajardo, consciente de que eran familias numerosas las que ocuparían el reducido espacio, había propuesto que la sala funcionara como dormitorio. ¿De qué otro modo podrían vivir ahí?

No fue así. Confrontados con el diseño moderno y aspiracional del nuevo hogar, inspirados por el cambio de aires, los vecinos prefirieron que sus hijos se apiñaran en una o dos de las habitaciones que comprendía la casa y procuraron que la estancia se mantuviera desocupada. La historiadora Michelle Perrot, al describir las habitaciones obreras de principios del siglo XIX en Europa, señaló:

La moralización y la normalización de los trabajadores pasaban indudablemente por la mejora de los alojamientos. Ésa era la convicción de los filántropos de todas las sensibilidades, de la patronal y de los socialistas [...] La distinción entre cocina y dormitorio, así como la separación entre padres e hijos contribuyeron de manera importante a una definición más estricta de lo que era un dormitorio. Lugar esencial: era allí donde se regeneraba y reproducía la fuerza de trabajo. Era el lugar de los sueños obreros.⁶⁵

Las esposas de los trabajadores los alentaban a aceptar las viviendas. La señora Lulú Eufrazio cuenta que su familia vivía en Industrias del Vidrio, por avenida Churubusco. Su padre trabajó en Cervecería Cuauhtémoc, después en Hylsa. “A él le ofrecieron casa en el primer sector y en el segundo, y las rechazó. Mi mamá le dijo que aceptara, que aprovechara la oportunidad. Él estaba conforme porque ya tenía una casa propia y no veía la necesidad, pero ella

⁶⁵ M. Perrot, *op. cit.*, p. 209.

le dijo que [esto] era diferente”. Otra vecina, la señora Claudia, me dijo: “Aquí vivimos una vida que nunca imaginamos. Y te lo digo porque veo a mis primas, ellas se quedaron allá [en la colonia Independencia]. La verdad no sé por qué mi papá no quería la casa. Si no hubiera aceptado, hubiéramos pasado toda la vida allá”.

Los testimonios aclaran la desigualdad en la urbanización de Monterrey. Había diferencias profundas entre las colonias obreras que crecieron al margen de las industrias y las casonas residenciales que se cimentaron alejadas del centro. En su informe de 1963, el exgobernador Eduardo Livas se limitó a mencionar el rezago de las zonas rurales del estado en relación con “la ciudad” como monolito:

El desarrollo de Nuevo León ha sido extremadamente desigual y las zonas rurales permanecen atrasadas en relación con el impetuoso crecimiento de Monterrey. De ahí que estemos empeñados en transformar, mejorándolas, las condiciones que prevalecen en el campo, para disminuir el desequilibrio entre la producción rural y la industrial, entre el atraso social y cultural que impera en vastas regiones del estado y el adelanto logrado en Monterrey.⁶⁶

El 21 de julio de 1961 abrió la Clínica Auxiliar para atender a las 800 familias que poblaban la Colonia. La torre de Rectoría de Ciudad Universitaria abrió sus puertas dos meses después. Ese año, el gobernador Raúl Rangel Frías inauguró avenida Universidad sobre la anterior Carretera Nacional a Laredo. El camino se urbanizó hasta topar con el cauce del ojo de agua.⁶⁷ El ruido y la afluencia de vehículos creció en la colonia Cuauhtémoc. El área metropolitana de Monterrey llegó al millón de habitantes en 1966. En 1960, la población de San Nicolás de los Garza era de poco más de 40 mil personas; una década después, la cifra

⁶⁶ “Segundo informe que rinde el licenciado Eduardo Livas Villarreal, Gobernador Constitucional ante el H. Congreso del estado de Nuevo León”, citado en Israel Cavazos e Isabel Ortega Ridaura, *Nuevo León: historia breve*, México DF, El Colegio de México y FCE, 2010, p. 225.

⁶⁷ José Luis Esquivel Hernández, “Hylsa y la Colonia Cuauhtémoc, hijas de los mismos padres”, <https://www.horaceronl.com/regional/hylsa-la-colonia-cuauhtemoc-hijas-los-mismos-padres>, 26 de enero de 2017, consultado en septiembre de 2020.

había llegado a 113 mil, lo que calificó a la villa, finalmente, como ciudad.⁶⁸ La población se disparó también en Guadalupe, Apodaca, Escobedo y San Pedro Garza García.

La iglesia San José Obrero

En 1937, en su Carta Encíclica sobre el comunismo ateo, el papa Pío XI esclareció su postura anticomunista y ofreció, sagaz, un santo patrono para los obreros católicos:

Para acelerar la paz de Cristo en el reino de Cristo, por todos tan deseada, ponemos la actividad de la Iglesia católica contra el comunismo ateo bajo la égida del poderoso Patrono de la Iglesia, San José. San José perteneció a la clase obrera y experimentó personalmente el peso de la pobreza en sí mismo y en la Sagrada Familia, de la que era padre solícito y abnegado [...] Cumpliendo con toda fidelidad los deberes diarios de su profesión, ha dejado un ejemplo de vida a todos los que tienen que ganarse el pan con el trabajo de sus manos, y, después de merecer el calificativo de justo, ha quedado como ejemplo viviente de la justicia cristiana, que debe regular la vida social de los hombres.⁶⁹

En 1955 su sucesor, Pío XII, movió la festividad de San José al 1 de mayo, fecha feriado por el Día del Trabajo. En medio del clima comunista y revolucionario, la estrategia calculada de la iglesia fue “cristianizar” una figura trabajadora para entablar una relación significativa con los obreros: San José, el carpintero de Nazaret, sería su patrono ideal. El nombre del templo que se construyó en la Cuauhtémoc no es, pues, una coincidencia ni una elección inocente.⁷⁰ La parroquia es la expresión más

⁶⁸ INEGI, *Estadísticas históricas de México*, México DF, 1994.

⁶⁹ “Carta Encíclica *divini redemptoris* del Sumo Pontífice Pío XI sobre el comunismo ateo”, 19 de marzo 1937.

⁷⁰ Un vecino me envió la foto de una enciclopedia que encontró en Estados Unidos. Lamentablemente, no logramos encontrar más referencias. La imagen abarca dos páginas y consiste en una foto panorámica de la Colonia, con la iglesia en el extremo derecho, todavía sin terminar, y las casitas japonesas del primer sector. Al fondo se aprecian los hornos de Hylsa. El pie de página lee: “...as it helps to encourage the development of an industrialized economy and a prosperous middle class that will provide a major bulwark against future unrest.”

flagrante y a la vez simbólica del capitalismo humanista que promovió la Empresa.

La Iglesia San José Obrero se construyó entre 1957 y 1962. En abril de 1960 se vació la estructura del edificio y se emprendieron los detalles interiores y de ornamentación.⁷¹ El diseño es de Enrique de la Mora y Fernando López Carmona; De la Mora había diseñado La Purísima de Monterrey dos décadas antes y el gobierno mexicano patrocinaba sus proyectos con regularidad. El cálculo estructural estuvo a cargo de Félix Candela y la construcción fue ejecutada por su asociación, Cubiertas Alas del Norte, en la que trabajaban los hermanos Fernando y Javier García S. Narro.⁷²

De la Mora y Candela fueron representantes célebres del movimiento expresionista estructural en México.⁷³ El templo San José Obrero está cubierto por un cascarón arenoso de apenas siete milímetros de grosor que ostenta una falsa fragilidad; en él está presente el paraboloides hiperbólico que describí antes, la estructura práctica también llamada “silla de montar”.⁷⁴ La obra se balancea sobre sus propios ejes, sin el sostén de las típicas columnas rígidas, y replica el diseño de las casas de la Colonia. Un duro vitral contiene el espacio interior.⁷⁵

La iglesia es un edificio clave en la historia de la arquitectura moderna mexicana de mediados del siglo XX. En la literatura se reconoce la autoría de ambos arquitectos, aunque Enrique de

⁷¹ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1865, p. 18.

⁷² “Félix Candela en Monterrey”, PECDA CONARTE 2017-2018, consultado en Youtube.

⁷³ Las obras de Candela se encuentran fácilmente a lo largo y ancho del territorio nacional. A corta distancia de mi casa en la Ciudad de México, por ejemplo, está la bonita parroquia de la Medalla Milagrosa, construida entre 1953 y 1955. “[...] en México hay todavía más de un millón de metros cuadrados cubiertos por sus caprichosas formas. [...] El arquitecto aseguraba que le contrataban no por la belleza de sus edificios, que sin duda la tenían, sino porque eran baratos”. Federico Simón, “Belleza y liviandad del paraboloides hiperbólico de Félix Candela”, *El País*, 22 de octubre de 2010.

⁷⁴ Mariana Gaxiola, “Félix Candela y sus icónicos paraboloides en los techos de México”, <https://mxcity.mx/2016/06/felix-candela-paraboloides/>, consultado en diciembre de 2020.

⁷⁵ Pablo Landa Ruiloba, “La iglesia San José Obrero”, <https://patrimoniomoderno.mx/historias/la-iglesia-de-san-jose-obrero-en-la-trayectoria-compartida-de-enrique-de-la-mora-y-felix-candela/>, consultado el 18 de septiembre de 2020.

la Mora tuvo un desencuentro con Garza Sada y no concluyó el proyecto.⁷⁶ Como notó Pablo Landa, no hay duda del cambio drástico de diseño que sufrió el templo hacia el final de la construcción: entre los planos originales y la obra concluida se modificaron la ubicación del altar y la orientación de las bancas.⁷⁷ Eduardo Torroja terminó el proyecto (Imagen 4).

Antes de que abriera el templo, las Misioneras Clarisas y las niñas de la Colonia asistían a la iglesia del Espíritu Santo para escuchar la misa dominical. Allí, las primeras alumnas del colegio Isabel la Católica atendieron las misas del primer viernes de cada mes, ofrecieron flores en mayo y recibieron su primera comunión de manos del arzobispo de Monterrey, don Alfonso Espino y Silva. Después, con el aumento de la matrícula en los colegios y el peligroso tránsito de avenida Universidad, el sacerdote Enrique Tunesi celebró las misas en la pequeña capilla del convento de las religiosas, entre las calles Crisantema y Dalia. En cuanto estuvo listo el armazón de la parroquia San José Obrero, el sacerdote trasladó objetos para presidir la misa en su capilla.

El domingo 3 de diciembre de 1963 se designó al párroco Armando de Jesús Galván, “el padre Galván”, como encargado de San José Obrero. El 13 de marzo de ese año, el padre González Montemayor, en representación del señor Espino y Silva, inauguró la parroquia. Los alumnos de La Salle esperaron al párroco y al Vicario General en el entronque de avenida Múnich con avenida Universidad. Recorrieron las calles de la Cuauhtémoc acompañados por una multitud de feligreses. En la entrada del templo, otro grupo de vecinos los saludó con emoción. La muchedumbre se apresuró a encontrar lugar para escuchar la primera misa oficiada por Galván. El coro de Isabel la Católica entonó los cantos y las otras estudiantes, uniformadas, con el pelo recogido cuidadosamente en un apretado rebozo, ocuparon los asientos de las primeras filas. Las Misioneras Clarisas vigilaron de cerca su buen comportamiento.⁷⁸

⁷⁶ Bárbara Cardona, “Bendita Arquitectura”, *El Norte*, 14 de octubre de 2018.

⁷⁷ P. Landa Ruiloba, *Monterrey en el espejo, op. cit.*, pp. 38-39.

⁷⁸ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2005, pp. 16-17, 1963.

Los vecinos organizaron un fondo para construir el campanario en 1970. Los sábados, personas designadas por el padre Galván andaban por las cuadras, visitaban a “la gente de la Iglesia” y recolectaban entre 20 y 30 pesos por casa. En el amplio espacio frente a la parroquia se instaló una escultura del padre putativo de Jesucristo. De pie, ligeramente encorvado sobre una mesa, San José martilla con expresión concentrada (Imagen 5).

El Bosquecito

Al este de la Colonia, el Bosquecito: ahuehuetes con semillas tostadas, sauces, chaparros prietos, senderos; depresión de tierra suave que lleva al ojo de agua. Pronto los vecinos atajaron el temor por la rudeza del paisaje. Las mujeres emprendían caminatas colectivas y volvían cargadas con tinas de tierra para trasplantar matas de sus jardines. Los agricultores desaparecían entre los árboles, se agachaban y esculcaban en busca de hongos, semillas y hojas. Los niños de la Cuauhtémoc aliviaban las tardes ociosas: allí descubrieron bruscos entretenimientos varoniles como la pesca de sardinas, el tiro con carabina o la caza de sabandijas, ranas y pájaros. Grupos de amigos se tendían a orillas del arroyo y dormían la siesta. Niñas y mujeres esquivaban el bosque con cautela por las sombras largas que proyectaban sus abetos. Habían escuchado historias sobre “los nómadas”, hombres de abrigo que tras un intercambio rápido de miradas exhibían sus miembros con una ancha sonrisa.

La apertura del Comedor Campestre en 1963 formalizó la convivencia cotidiana en el bosque. El “Comedor” consistía apenas en mesas y bancas de piedra, amplias parrillas y asadores bajo la sombra de la arboleda, pero fue suficiente para alentar reuniones entre adultos y jóvenes. “Vamos a las pachangas”, decía uno, y en pocos minutos se formaba la corridilla de gente que lo seguía aprisa hacia el bosque, donde asaban carne, charlaban y pasaban serenos fines de semana.

La Administración de la Colonia Cuauhtémoc acaba de poner en servicio un nuevo Comedor Campestre en el

Bosquecito de la misma Colonia, el que pone a disposición de los socios y sus familias para sus reuniones de cumpleaños, despedidas, etc. Este Comedor es el número 3 que se ha dispuesto en el Bosque de la Colonia, y se conocerá con el nombre de Comedor “Esmeralda”, pues está a la altura de esta avenida Ojo de Agua, en el 2o. Sector de la Colonia. Este nuevo Comedor cuenta con lo necesario para ofrecer agasajos campestres durante el día, constando sus instalaciones de: asador, depósito para hielo y refrescos, mesa y bancas.

Aprovechamos la ocasión para renovar nuestra invitación a los socios para que dispongan de los tres Comedores del Bosque, para sus fiesta y reuniones. Los Comedores No. 1 (“Jade”) y No. 2 (“Granate”) cuentan además con instalación eléctrica, por lo que son apropiados también para reuniones nocturnas, desde luego que no pasen de la media noche.

El trámite para solicitar cualesquiera de los Comedores del Bosque de la Colonia es bien sencillo: basta que el socio interesado acuda con el Vocal de su departamento, quien separará la fecha y horas solicitadas en la Oficina de la propia Colonia; ésta proporcionará una nota de aprobación con la que el socio solicitante puede disponer del local campestre que desee para sus fiestas familiares, reuniones de cumpleaños, reuniones con compañeros de labores o bien con sus amistades.

Los Comedores Campestres de la Colonia “Cuauhtémoc” están a su servicio. ¡Aprovéchelos!⁷⁹

Los vecinos

La primera generación

Éramos como una gran familia, dice Esther, una vecina de 77 años. Estamos en la salita de su casa, en el tercer sector. Su mano tiembla

⁷⁹ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2146, 11 de diciembre de 1965, p. 13.

cuando la extiende para apretar el brazo de Hernán, un ex empleado de Grafo Regia. Él la mira, confundido. Ella repite las palabras en voz muy alta para que él la escuche y me lo confirme. Esther y Hernán son el matrimonio más joven de la primera generación. “Los otros vecinos nos tenían envidia porque no teníamos hijos, íbamos de la mano a todos lados, como novios”, dice ella entre risas. Según datos del INEGI, en 2015 la población de la colonia Cuauhtémoc era de 4345 personas, la mayoría de mediana y tercera edad. 504 personas tenían menos de catorce años.

Es común que los vecinos se conozcan por el nombre de pila. Durante las entrevistas las personas me reciben con familiaridad. Las más jóvenes me llaman “la hija de Azucena”; las mayores, “la nieta de doña Mela”. Quienes no conocen a mi familia me preguntan en qué calle viven mis padres, y si menciono el número de casa es igual que mostrar mi pasaporte: se aviva la confianza, aflora la plática, me cuentan lo que “seguramente ya sé” por mi familia, porque algo deben tener en común. Además de tener padres o abuelos en la Cuauhtémoc, la cercanía se fortalece si estudiaste en los colegios o trabajaste en la Empresa. La comunión, el reconocimiento mutuo, la amistad y la mirada atenta que se posa en cada familia asientan el ambiente pueblerino de la Colonia.⁸⁰

Los hombres de la primera generación trabajaron en Cervecería Cuauhtémoc y en las subsidiarias Hylsa, Empaques de Cartón Titán, Grafo Regia y Famosa. Llegaron casados a la Colonia, con hijos o esposas embarazadas. Las calles, como habían estimado en los estudios demográficos preliminares, se llenaron de niños. Si bien Cervecería había comenzado a contratar personal femenino

⁸⁰ En un pasaje de *Por el camino de Swann*, Proust describe lo difícil que es toparse con un completo extraño en la vida provinciana. Seguido hay alguna referencia que detona el reconocimiento, directo o indirecto, de los individuos. “En Combray una persona que uno *no conociera en lo absoluto* era tan increíble como cualquier deidad mitológica [...] investigaciones cuidadosas y exhaustivas reducen invariablemente el fabuloso monstruo a las proporciones de una persona que uno sí conocía, después de todo, ya personalmente, ya en abstracto, por su estado civil o relación más o menos íntima con una familia de Combray. Resultaría ser el hijo de la señora Sauton, recién despachado del Ejército, o la sobrina de Abbé Pedrau que había salido del convento para visitar su casa, o el hermano de los Curé, un recolector de impuestos que acababa de recibir su pensión y había llegado a Combray para pasar las vacaciones”.

desde 1920 —era una práctica común, incluso, contratar familias enteras— en la Colonia esto era una rareza. A partir de la segunda generación, las vecinas se formaron como secretarias o enfermeras; algunas se unieron a las filas obreras de la Empresa. El matrimonio y el embarazo cortaban de tajo la carrera profesional. En adelante se esperaba que se quedaran en casa, cuidaran a los niños y atendieran el trabajo del hogar. Sobra decir que algunas vecinas demostraron especial ingenio en la cocina, la limpieza o la costura. Hoy, la indignación por el arduo trabajo doméstico va de la mano con la profunda admiración que despertaban las vecinas más hábiles. La señora Bertha, en un confuso despliegue de contradicciones, observó:

Mamá era muy de casa. No tenía tiempo mi viejita para los cursos [de SCYF]. La mujer de antes era muy trabajada, muy *guapa*,⁸¹ de lavar a mano y cosas así. Era una friega física tener lista la ropa para el esposo, papá era muy machista y era de pantalones de mezclilla pesados, de obrero...

Las historias de llegada son un eco de la narrativa de progreso y modernidad que promulgaba la Empresa. Las familias venían de vecindades, colonias obreras o villas como Santiago, Juárez o Cadereyta Jiménez, donde habían dormido en jacales de leña o viviendas de adobe. Era un cambio drástico descubrirse de pronto en una construcción higiénica con ventilación, patios arbolados y servicios de agua y drenaje.

El costo mensual de las casas representaba un buen porcentaje del salario de los trabajadores, incluso con las consideraciones que había fijado la Empresa. El diseño urbano fomentó la igualdad de condiciones entre los vecinos, pero persistía una sutil distancia entre las familias de los obreros y las de los empleados. “Había personas que no tenían nada [material], pero se sentían más altivas. Los del [sector] primero parece que son *más estiraditos* y los del tercero *más bajitos*”, me dijo Rubén, un vecino del tercer sector.

⁸¹ Guapa: “adj. Trabajadora, laboriosa, hacendosa, que hace bien lo que emprende”. Véase: Ricardo Elizondo Elizondo, *Lexicón del Noreste de México*, México DF, ITESM y FCE, 1996, p. 151.

Hernán, el único oficinista en una cuadra de obreros, dio cuenta de esto en el siguiente intercambio, al que añadió su esposa:

H. En esa época vivíamos forzados porque el sueldo, pues, era bajo. Y era mucho de la luz, el agua, questo (sic) que otro.

E. Le decían la Colonia de las papas o de las migas porque aquí nada más comíamos eso.

H. Sacabas el café porque la galletera empezaba a trabajar y olía a galleta, pero no comías galleta. Era puro café [risas].

P. ¿Tenían televisión?

H. Yo tenía zacatito y tenía televisión, y pues casi nadie tenía televisión, entonces todos los chamacos se venían aquí a verla, se tiraban en el porche. La gente me decía que les cobrara, ¡pero cómo!

La capacidad económica se definía por el origen familiar, el puesto de los hombres y la cantidad de hijos que tenían los matrimonios. Había parejas que tenían tres hijos, otras llegaban a las diecisiete cabezas. El sueldo obrero era a todas luces insuficiente para las familias numerosas; así, ciertas vecinas cocinaron o lavaron ropa ajena para “completar”. La distinción social se adivinaba también por el modo de andar. Doña Lucha y don Guillermo, supervisor de Cervecería, iban a la iglesia tomados de la mano. Otros matrimonios, apurados, andaban de otro modo: ellos adelante y ellas atrás, cargando la redcilla para volver con frutas y granos del mercado.

A pesar de estas diferencias, entre los vecinos no había una percepción clara de la desigualdad. Todos oían misa en San José Obrero, consultaban en la clínica Cuauhtémoc y Famosa y mandaban a sus hijos uniformados a los colegios. Para las religiosas y los lasallistas, la situación económica particular de

los niños era irrelevante: todos eran “de la Cuauhtémoc”.⁸² Las casas, ya de dos, ya de cuatro recámaras, eran muy similares entre sí; sólo adentro podía saberse a ciencia cierta su tamaño. Como señaló Natalia Mendoza, “las jerarquías sociales nunca tienen un valor absoluto, sino que están [asentadas] en una distribución espacial”.⁸³ En 1964 las Misioneras Clarisas casaron a las parejas que vivían en unión libre. La boda masiva reafirmó el carácter igualitario de la comunidad.

Pocas familias notaban las penurias que acarrearba la vida en la colonia obrera. Para la mayoría, y sobre todo para quienes habían vivido en extrema pobreza, la Cuauhtémoc significó “haber dado el salto”. Es iluminador que Hernán, un trabajador que percibía más ingresos que la mayoría, señalara las penurias de la vida en la Colonia. Alfonso, vigilante en la Empresa y vecino del tercer sector desde 1960, opinó lo siguiente cuando le pregunté si había batallado económicamente:

Don Eugenio siempre hizo por sus trabajadores.⁸⁴ Yo nunca oí que mi tío se quejara de que no tuviera dinero, con un peso completaba. Porque antes yo pagaba 25 centavos en el camión, las tostadas salían en 10 centavos. Yo completaba muy bien. Sí lo siento por los que tenían familias numerosas, me imagino que ellos sí batallaban. Pero incluso así casi nadie se quejaba porque la Empresa daba crédito. Tú decías “Vengo a pedir crédito”, enseñabas la credencial y ellos la pasaban, y así más o menos calculaba uno.

⁸² La hermana Lilia observó: “Los niños aquí son mucho menos clasistas que en otros colegios. No lo digo porque sean creyentes, más bien porque todos son hijos de obreros o mandos medios. No son ricos. Hay gente que viene desde San Pedro y luego luego se nota la diferencia. Vienen de otros colegios y llegan diciendo que sus nuevos compañeros son *nacos*. Pero, pues, sus padres quisieron meterlos aquí. La gente confía en nosotras y nos busca porque les gusta la imagen de las monjas educadoras [risas]”. Aunque aquellos niños ya no son “de la Cuauhtémoc”, sí son hijos de empleados y obreros de la Empresa, quienes todavía disfrutaban del subsidio a la educación básica.

⁸³ Natalia Mendoza, *Conversaciones en el desierto: Cultura y narcotráfico*, México DF, CIDE, 2012, p. 169.

⁸⁴ “Hacer por [alguien]” es una expresión coloquial, similar a “ver por”, que significa ayudar, tender la mano, cuidar.

El contraste con la vida anterior era tal que algunos vecinos bromearon con que la Cuauhtémoc era una “colonia de ricos”, y otros, burlones, afirmaron que los primeros “ya se creían de un nivel que no tenían”.

La suciedad, la ignorancia y el contacto con desconocidos se desplazaron con lentitud en favor de la higiene, el porte, la honrosa religión y el novedoso sentido de pertenecer a una comunidad compacta. Mencioné ya que se juzgaba con severidad a las personas que criaban cerdos. Otro ejemplo es el juicio contra el mercado que se instaló en el segundo sector, sobre avenida Titán, a finales de 1970. Los vecinos se movilizaron y pasaron una lista para recaudar firmas y lograr que se prohibieran los puestos. Al recordar aquel evento, una vecina me dijo: “¡Ridículos! Se creían ricos”.

En efecto, la batalla se perdió y el municipio permitió la permanencia de los ambulantes. La sensación de opulencia de los vecinos no provenía de su capacidad adquisitiva, sino de los servicios que tenían a su disposición, la estrecha convivencia que disfrutaban en los clubes de la Empresa y la ilusión de tener una moralidad superior. Matías, un vecino de 52 años del segundo sector, me dijo que vivir en la Cuauhtémoc era “como vivir en la Del Valle, pero en una Del Valle comunicativa, porque estábamos todos muy bien integrados”.⁸⁵ La comparación entre la colonia obrera y una de estrato social alto, ilógica a primera vista, se entiende por esta lectura apreciativa de la Cuauhtémoc. En la década de 1970, el inicio de la vida laboral de los hijos de la primera generación alteró el estatus de las familias. Las hijas se recibieron como secretarías, maestras o enfermeras y una minoría estudió medicina o licenciaturas en la Universidad de Nuevo León. El nuevo ingreso permitió que los vecinos compraran televisores y teléfonos, que antes se habían considerado bienes de lujo. Los vecinos recuerdan con cariño la primera compra

⁸⁵ La colonia Del Valle es una zona residencial de lujo en San Pedro Garza García, Nuevo León. A inicios del siglo XX, mientras se construían las primeras colonias obreras en Monterrey, se diseñaron zonas residenciales alejadas de las áreas densamente pobladas de la metrópoli. Así se concretó la segregación socio-espacial en la ciudad. Véase: C. E. Aparicio Moreno, *op. cit.*

de sus hijos y su ingreso al mercado laboral. Los varones se incorporaron a la Empresa y abandonaron la casa de los padres en cuanto contrajeron nupcias. Pero las hijas, solteras o casadas, se apegaron a la casa de la infancia.

Las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento

El proyecto educativo y social de la Cuauhtémoc se inspiró en valores católicos. Garza Sada buscó al obispo y la madre Loyola, directora del Colegio Labastida, para que le recomendaran educadoras. Ambos sugirieron que contactara a María Inés Teresa Arias, una joven religiosa de Cuernavaca. Después de un intercambio breve de cartas, Teresa Arias aceptó encargarse de la educación de las hijas de los trabajadores de SCYF.

Una década antes, en agosto de 1945, Teresa Arias había fundado la Congregación de las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento. Hoy la orden tiene presencia en Japón, Indonesia, Sierra Leona, Estados Unidos y Rusia; sin embargo, en 1954 las Misioneras llegaron a Monterrey inseguras de su futuro. Las educadoras se formaron en el Colegio Labastida y entablaron amistad con las Madres Guadalupanas, otra congregación católica. Iban en busca de benefactores para cubrir lo indispensable: una dirección fija, alimento y una capilla. En cuanto vio la oportunidad, la madre Loyola lanzó el nombre de la orden a Garza Sada. Y las Misioneras Clarisas lo encontraron todo en la Empresa.

Así, con mucha pobreza, pero con gran alegría y entusiasmo por amor a Dios y a nuestro querido Instituto, empezamos a trabajar en septiembre en el colegio Francisco G. Sada, perteneciente a la Empresa de Cervecería, que, como de costumbre, empezaba a proyectar la gran ayuda apostólica que con el tiempo nos brindaría de forma total.⁸⁶

Las Misioneras Clarisas estaban comprometidas con vivir vidas humildes y aceptaron gustosas una residencia en la Cuauhtémoc. Además, la población de niños y adultos provenientes de zonas rurales y colonias obreras ofrecía un campo fértil para emprender

⁸⁶ “Historia de la Casa de Monterrey (1951-1973)”, fecha desconocida, AMCSS.

el objetivo evangelizador de Teresa Arias. Desde esta perspectiva, los directivos de la Empresa fueron los grandes benefactores que “las ayudaron de manera noble y desinteresada”. Las Misioneras Clarisas, como cualquier trabajador de Cervecería, recibían un salario y tenían derecho a una casa propia.

En noviembre de 1957 la orden llegó a la Cuauhtémoc con la misión de administrar el colegio Isabel la Católica. En el contrato se añadió una cláusula importante: “La orden de la Misioneras Clarisas promete, libre y espontáneamente, prestar sus servicios de trabajo social-católico *en toda la Colonia Cuauhtémoc*, en cuanto les sea posible”. Después de las negociaciones, la Empresa aprobó la construcción de una casa especial para las religiosas. Contendría dieciséis celdas, dos secciones de baños, un comedor y una capilla privada. La casa se ubicó en Circón, frente a las oficinas del Centro Escolar Cuauhtémoc y Famosa (CECAC) y los colegios del tercer sector.

La Cervecería Cuauhtémoc S.A. facilitará a la Orden de Misioneras Clarisas, mientras se encuentre a cargo de las Escuelas ya mencionadas, una casa adecuada, construida al efecto, especialmente destinada para su uso; entre tanto se efectúa dicha construcción (que suplicamos sea en un plazo mayor de dos años), ocuparán las Religiosas tres casas de la propia Colonia Cuauhtémoc, para habitación, las cuales serán adaptadas a las necesidades propias de la Orden [...]⁸⁷

La casa tiene un jardín descubierto al centro y los cuartos están distribuidos a su alrededor. Entre las habitaciones y el jardín hay corredores anchos con maceteros y mecedoras despintadas; allí se elevan varias columnas de piedra arqueadas que sostienen un techo delgado. Se trata del diseño típico de un claustro, donde el jardín simboliza la vida monástica o religiosa, sellada al mundo en sus cuatro extremos para rechazar las distracciones indeseables, y abierta, hacia arriba, a los cielos y la santidad.⁸⁸ En la casa

⁸⁷ “Convenio relacionado con el Colegio Isabel la Católica de la Colonia Cuauhtémoc, en la propia ciudad de Monterrey”, 1 de septiembre de 1957, AMCSS.

⁸⁸ En ciertos claustros el jardín está enrejado y fuera del alcance de los monjes

amurallada reina el silencio. Desde su fundación, el Convento ha sido el único lugar de la Colonia que requiere de una invitación formal para ingresar y caminarlo. Esto explica la emoción del vecino Matías, quien vivió durante 20 años en el tercer sector, cuando interrumpió su respuesta a otra pregunta y me dijo, como si acabara de recordarlo:

M. [emocionado] ¿Quieres que te cuente cómo es el Convento?

P. Sí, dígame.

M. Entré con el padre Reyes y el padre Galván por los eventos de acción católica. Yo nomás una vez entré y créemelo que se me borró de la mente. [Pausa, habla consigo mismo] Recuerdo jardines, árboles, adentro [de la capilla] unos banquitos para escuchar la misa. Quisiera volver...

Las Misioneras Clarisas son la autoridad ineludible. Los vecinos las llaman “hermanas” y en su ausencia mantienen el apelativo que denota respeto y cariño. Decirles “monjas” se percibe como un atrevimiento. Los hijos mayores de la primera generación, los que llegaron con más de diez años a la Colonia, las evitan y las describen imponentes, severas y regañonas. En cambio, quienes crecieron observándolas se acostumbraron a su presencia en los colegios, las banquetas y los parques; ellos las llaman “maestras” y “amigas”. El siguiente fragmento corresponde a la entrevista con una exalumna del Colegio Isabel la Católica y vecina del primer sector, Ludivina. Ella llegó a la Colonia cuando tenía dos años.

L. Las monjas son muy educadas, tienen valores, quieren que sepas conducirte según la norma, conducta, disciplina. Que si vas a hacer algo, lo hagas. Le dan valor a la palabra, pues. Esas bases nos formaron y los principios todavía nos acompañan.

o las religiosas. Según Edmund Walstein, monje cisterciense, aquello se inspira en una cita del Viejo Testamento que remite al celibato y la virginidad. Véase: Edmund Walstein, “A Deeper Longing” en *The Point Magazine*, núm. 23, 2020.

P. ¿De qué más se encargaban las hermanas?

L. Pues si había personas que tenían, digamos, algún problema o detalle, se reunían con ellas. Si tenías problemas familiares, [las Misioneras] acogían a toda tu familia.

En una carta fechada en diciembre de 1962, el abogado de Cervecería Cuauhtémoc, el licenciado Sergio Valdés Flaquer, le pidió a la madre fundadora que las Misioneras expandieran su trabajo en los colegios a uno “social” que contemplara a toda la Colonia:

Hemos tenido la satisfacción de observar los grandes adelantos que en la materia [educativa] se han logrado. Sin embargo, pensamos que otra serie de problemas afectan a los adultos especialmente en lo que toca a su vida familiar, moralidad, formación religiosa, cristalización de las costumbres, etc., etc., se encuentran prácticamente abandonadas, o bien, se hace muy poco en este particular, básicamente porque no hay quien tenga el tiempo suficiente para dedicar su actividad completa a estas labores. [...] No se formula ningún programa de acción práctica para remediar estos males que ciertamente pueden agravarse. Como sabemos que ustedes cuentan con personal capacitado precisamente en esta clase de tareas, es decir, en el campo de lo que pudiéramos llamar trabajo social, me ha parecido prudente dirigirme a usted [...] y ver la necesidad de que se destine uno o dos elementos que, exclusivamente, en forma permanente y a tiempo completo, pudiera dedicarse a este importantísimo aspecto.⁸⁹

En su réplica, Teresa Arias sostuvo que las religiosas se habían encargado de ese tipo de trabajo desde noviembre de 1962, cuando organizaron el Movimiento Familiar Cristiano “con los mejores matrimonios de la Colonia”. Las hermanas se encargaron también de censar a la Cuauhtémoc y dieron conferencias de

⁸⁹ “Correspondencia entre el lic. Valdés Fláquer y María Inés Teresa Arias”, AMCSS.

cuatro horas diarias a “señoritas, señoras y señores”, donde, agrega misteriosamente, “se dieron cuenta de casos y cosas que la misma Empresa desconocía”. Aunque los documentos son ambiguos con respecto a “los males” que acechaban a la Colonia, los vecinos recuerdan ejemplos del tipo de casos que atendían las religiosas. “Una vez fue una mujer a quejarse del esposo, que se gastaba todo el sueldo en bebida. Y de ahí en adelante, le entregaban el dinero directamente a ella”, me contó Lourdes, antigua vecina de Amatista.

La madre fundadora prometió dejar a las Misioneras Clarisas en el puesto de “trabajo social”, que ella describe como “plan de apostolado”, de manera permanente. El trabajo de las Misioneras Clarisas se expandió y se convirtieron en sujetas indispensables del orden social. La hermana Socorro Vargas visitaba hogares con el objetivo de conocer “la situación real de las familias” y atendía “aquellos que lo necesitaban, sobre todo en el aspecto moral”. Las Misioneras Clarisas mediaban entre las familias y los especialistas, quienes atendían problemas “jurídicos, sociales o psíquicos [...] así como servicio de orientación y de formación matrimonial”. Los vecinos recurrían a ellas para resolver disputas o aliviar crisis maritales. En el tercer sector, la gente recurre a una de las anécdotas más memorables para ilustrar su relevancia: un día escapó un cerdo de una casa y se metió al patio del vecino, quien se negó a entregar el animal a sus dueños. Fueron las Misioneras quienes hicieron el trabajo diplomático para recuperar el cerdo.

Es febrero de 2020. Toco el timbre de la casona. La hermana Catalina me recibe como a una vieja amiga: ha reconocido mi rostro. Me pasea con soltura por el Convento. Adentro el aire es frío. La losa blanca es granulosa y dura al contacto de las suelas de mis tenis. Escucho el murmullo lejano de una conversación y el rumor de las faldas largas; por lo demás, parece que estamos solas. La hermana me pregunta si quiero ver la capilla. Lo dice, lo sé por el tono dulce y considerado, pensándome devota. La capilla debería inspirarme recuerdos de las oraciones que pronuncié durante mi educación básica.

Acepto por cortesía. Es una capilla pequeña e impecable. La mesa está cubierta por un mantel pálido y encima tiene dos floreros

con margaritas húmedas. Las banquitas de madera están intactas. Recuerdo cómo se dibujaban círculos rosados en mis rodillas después de pasar diez o veinte minutos hincada, con la mirada clavada en el altar. La hermana Catalina corre una pesada cortina para mostrarme un cuadro de la Virgen. Es nuevo, dice. Muy bonito, respondo, sin saber qué más decir. La hermana Catalina me cuenta que la vida religiosa ha cambiado mucho, que ahora es más llevadera. Cuando recién ingresé iba por mi coca y mi dona al Seven y volvía muy campante; las hermanas me regañaron, me tuvieron que explicar que eso no se hacía, que estaba mal. Ahora ya puede llegar una con su coca y nadie le dice nada. ¡Pero bueno, será también que estoy vieja y ya me dejan hacer lo que quiera! Risas.

Al describir su llamado a la vida religiosa, la hermana Catalina dice: “La verdad yo no quería casarme”. La hermana Lilia: “El muchacho con el que estaba no me gustaba”. Las respuestas corroboran mi prejuicio: hay un poderoso vínculo entre soltería y religiosidad. El deseo por estar en presencia del Señor, cualquier señor, orilla a unas a escoger la vida santa. A la hermana Catalina la vistieron de novia el día que dijo sus votos. Me lo cuenta con una sonrisa de enamorada y añade que eso ya no pasa. Las Misioneras afirman, de cualquier modo: “Estamos casadas con el Señor”. Ya hace siglos sor Juana escribió sobre la elección entre dos cárceles: la del matrimonio, a la que estaba negada, y la conventual, que prometía la calma indispensable para volcarse al estudio y la escritura que ella anhelaba. En las oficinas del Colegio Isabel la Católica, la hermana Lilia me contó:

H.L. Tengo diez años aquí, llegué en junio de 2009. Con las Misioneras ingresé en el 2002, tenía 19 años. Quería servir a los demás, quería consagrarme a Dios y al servicio de la Iglesia. Me interpelaban las injusticias, la pobreza, llegó un momento en que el matrimonio no me hacía ilusión y había muchas causas sociales que me llamaban. Yo iba mucho a misiones con los indígenas de la sierra en Puebla, yo soy de allá, y también me iba a las comunidades de Chihuahua. [Pausa] Ver la baja calidad de la educación y la pobreza extrema en que vivían me hacía sentir que Dios

me invitaba a algo más [sonríe]. Y bueno, el chavo con el que estaba saliendo me decía “Si tanto coraje te dan esas injusticias, ¿por qué no dedicas tu vida a esas causas?”. Entonces empecé a buscar una congregación religiosa porque ya trabajaba con sacerdotes, pero sus hermanas me parecían muy aburridas. Conocí a las Misioneras Clarisas a través de ellos y desde el primer momento me identifiqué con su carisma, su sentir, las horas apostólicas. Tenía 19 años, iba en el cuarto semestre de la carrera. Estaba estudiando Ciencias Humanas en la Ibero porque me encanta la historia, la literatura y la filosofía.⁹⁰

P. ¿Qué hace en un día normal?

H.L. Me levanto a las 5:15, más o menos, excepto el miércoles que me levanto a las 4:30 para hacer ejercicio.
De lunes a viernes tenemos misa a las 6 de la mañana y los

⁹⁰ La hermana Lilia escribió un testimonio similar al que compartí conmigo en la entrevista: “Recuerdo que se llegó el retiro de misiones de ese año y le dije al padre Juan que estaba en crisis. Me preguntó: ‘¿Existencial?’ ‘Vocacional’, dije yo; ‘Pues entonces es existencial’, me contestó. [...] Vi con claridad que Dios me llamaba para sí, ya no sentía ilusión en las bodas, ya no me visualizaba de novia, ni de esposa, amarrada a un hombre. Mi corazón sentía deseos de algo más. No me podía concentrar en nada, solamente aparecía en mi mente y corazón el ser religiosa”. Puede leerse aquí: “Dios escribe conmigo”, <https://blogcilac.wixsite.com/blog/post/dios-escribe-conmigo>, 7 de febrero de 2020. En el blog del Colegio están disponibles más testimonios de las Misioneras. En otro leí: “En esos momentos tenía una relación de noviazgo, pero sentía un amor mucho más grande por Jesús”. Véase Dariana Vázquez, “Los caminos de Dios no son nuestros caminos”, <https://blogcilac.wixsite.com/blog/post/los-caminos-de-dios-no-son-nuestros-caminos-vocación-h-dariana>, 19 de febrero de 2020. Otro, más específico, describe la pasión de una mujer por la ciencia y la astronomía, su conflictiva relación romántica y lo que definió su decisión de ingresar al claustro: “Al terminar la carrera busqué becas para estudiar la maestría en Bioética en la Universidad de Navarra, y ya me veía terminando el doctorado y casada, con cuatro hijos. Mi proyecto de vida como yo lo había planeado se empezó a desmoronar cuando supe que no me darían beca por ningún lado y el chico con el que pensaba formar una familia se fue a estudiar la maestría y me dijo que no pensaba tener nada formal conmigo [...] Un día antes de ingresar, llamé al chico que había sido mi novio y le dije: ‘Me voy de misionera’ y él me respondió: ‘¿Y si mañana llego a tu casa para pedir tu mano?’ Le contesté: ‘Demasiado tarde, muchas gracias por tu amistad’”. Véase Teresa Zapata, “Vocación a la consagración y a la ciencia”, <https://blogcilac.wixsite.com/blog/post/vocación-a-la-consagración-y-a-la-ciencia>, 24 de febrero de 2020. Por las historias que escuché, entendí que la pregunta coqueta, la maliciosa insinuación de los novios de *pedir la mano* es la última tentación que enfrentan las muchachas antes de ingresar al Convento.

sábados a las 8. Salimos a desayunar a las 7, a la media hora termino y aseo mi cuarto. Hago media hora de meditación u oración y luego vengo al Colegio. Dependiendo del día tengo algunas reuniones con personal de CECAC, el consejo directivo, con coordinadoras de inglés o pastoral, entrevistas con papás o algún proyecto del colegio o la congregación. También me gusta escribir, entonces a veces escribo.

De vuelta en el Convento, disparo dos veces la cámara desechable que encontré en mi cuarto; la primera en la entrada, justo afuera de la recepción. La hermana Catalina posa junto a una estatua de Teresa Arias. Una gerbera cubre la mitad de su cuerpo. Entrecierra los ojos por los rayitos de luz que la alcanzan (“¡Hasta traes tu cámara!”), exclama con simpatía). Se despide.

Recojo mi mochila del piso. Pienso cómo puede ser que el matrimonio, una institución tan común, esté encarado con la eternidad, la libertad intelectual y espiritual. Cinco siglos después de sor Juana, ¿esta comparación sigue vigente? Estoy cruzando el umbral cuando recuerdo una cosa que me dijo y no anoté, y que sí dice algo de su fe, del misticismo o del hambre por algo trascendental. Lo repito porque me gustó, para escribirlo al llegar a casa: “Yo sabía que un hombre no me haría feliz, porque los humanos estamos hechos para el infinito”.

Quizá es deleznable igualar soltería y religiosidad. Los testimonios de las religiosas describen el hallazgo de su vocación con una imagen más o menos similar. Hubo una epifanía (“llamado”) que ocurrió durante un momento espiritual: al orar en los retiros, conversar con un sacerdote o presenciar una situación de injusticia; quizá en un instante de reflexión solitaria. Las crisis románticas que rememoran las Misioneras con nostalgia, como un contratiempo más de la juventud, están teñidas de un elemento existencial.

Ingresar al claustro puede ser una búsqueda incesante de perfección. Como Lilia, más religiosas estudiaban en la universidad cuando concluyeron que la razón debía fundamentarse en la fe o carecería de sentido. Como sor Juana, en el Convento siguieron formándose bajo esta estricta noción de intelectualidad santa.

Los soldados y las policías

Desde 1962, cuando en la Colonia vivían apenas alrededor de 800 familias, la Junta Directiva de SCYF estableció un servicio de vigilancia. Siete jóvenes uniformados hacían rondines a bordo de dos jeeps. Su labor consistía en “asegurar el orden” de las calles, pero es complicado aseverar el verdadero objetivo de su presencia. ¿De qué protegían a los vecinos? ¿Los protegían siquiera? Los servicios de vigilancia de la Empresa despertaban suspicacia por las tareas de espionaje que ésta había emprendido décadas antes; los seguía el antecedente de intimidar y desarmar organizaciones obreras. No escuché ningún testimonio que insinuara que algo similar ocurrió en la Cuauhtémoc.

Fuera del horario de clase, en las tardes y en las noches, los vigilantes se estacionaban junto a los colegios, abrían las rejas y recorrían las instalaciones para cerciorarse de que no hubiera polizontes nocturnos. En tránsito, los jeeps elegían las avenidas principales de la Colonia. Los vigilantes andaban al pendiente de lo que ocurría en las banquetas, daban *rides* a niños y jóvenes, y en su cinto se asomaban tímidas las pistolas.

De noche y con la excusa de salvaguardar “las buenas costumbres”, los vigilantes acechaban a las parejas que encontraban en calles solitarias. Si pasaban las diez, humillaban a los hombres y llevaban a las mujeres hasta la puerta de sus casas, donde las muchachas recibían reprimendas avergonzadas de sus padres. La atención especial que dirigían a las niñas y adolescentes incomodaba a los vecinos. Claudia, una vecina del tercer sector, me dijo:

Conocíamos [a los vigilantes] de vista; un día uno nos ofreció *ride* a una compañera del colegio y a mí. Llegamos rapidísimo a la escuela, que estaba en otro sector... cuando le dijimos a la religiosa que habíamos llegado con el vigilante, nos regañó, nos dijo que eso no se hacía.

Además del grupo de vigilantes, hacia el final de la avenida Ojo de Agua, junto al Bosque, había una casona con arcos que la gente llamaba “la Casa del Coronel”. Durante la Revolución mexi-

cana, ese terreno fue sede de un par de campamentos militares.⁹¹ El edificio se construyó en 1930 y albergó más destacamentos del ejército; entre los vecinos no hay memoria de un tiempo en el que los soldados no estuvieran ahí. Las vecinas caminaban hacia el Bosque para acarrear tinajas de tierra y veían soldados armados, de pie o sentados en el porche de la construcción. Los hombres charlaban entre sí, pero no saludaban ni interactuaban con los vecinos de la Cuauhtémoc. Tampoco hacían rondines ni interferían con las labores de vigilancia del grupo de SCYF. Pasaban el día dentro de la propiedad y la abandonaban sólo para ir por algo de comer.

En la Colonia prevalecía una sensación de tranquilidad. Las puertas estaban abiertas todo el tiempo, incluso cuando los vecinos dormían, y la gente entraba y salía de casas ajenas sin previo aviso. Era común que los vecinos se metieran hasta la cocina en busca de sus amigos; sólo era detrimento si en la casa había mujeres o niñas, entonces era respetuoso detenerse en el umbral de las puertas y anunciar la presencia con los nudillos. Durante las noches más calientes de la canícula, los vecinos se echaban en los peldaños frescos del porche o en el techo de las casas y dormían a pierna suelta. Era borrosa la frontera entre el espacio público y el privado: en un lugar abierto, como el jardín, dos vecinas podían sostener una conversación profundamente íntima. Aquí entiendo lo público como “lo visible, lo manifiesto y sabido por la mayoría, en contraposición a lo privado, lo oculto y secreto; es decir, a las formas de actuar de la gente, a los lugares de fácil acceso”.⁹²

⁹¹ “Museo San Nicolás”, http://sic.gob.mx/ficha.php?table=museo&table_id=1252, consultado el 6 de octubre de 2020.

⁹² Es la misma aproximación que presentó Arendt en *La condición humana*: “La palabra «público» significa [...] que lo que aparece puede ser visto y oído por todo mundo y tiene la más amplia publicidad posible. La apariencia —algo que ven y oyen otros al igual que nosotros— constituye la realidad. Comparada con la realidad que proviene de lo visto y oído, incluso las mayores fuerzas de la vida íntima —las pasiones del corazón, los pensamientos de la mente, las delicias de los sentidos— llevan una incierta y oscura existencia hasta que se transforman, desindividualizadas, en una forma adecuada para la aparición pública. La más corriente de dichas transformaciones sucede en la narración de historias y por lo general en la transposición artística de las experiencias individuales”. Hannah Arendt, *La condición humana*, trad. Ramón Gil Novales, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 59-60.

¿Cómo adivinar la privacidad en la Cuauhtémoc? ¿Qué hechos, pensamientos y deseos merecían secrecía o discreción? El sexo, ya por pudor, ya por enseñanza católica, estaba sellado en la alcoba conyugal. Las disputas familiares no atañían más que a sus miembros y a las Misioneras Clarisas. Y por supuesto, estaba aquel lugar sagrado donde se abría la franja para soltar los pecados y aceptar las penitencias: las confesiones. Con el padre Galván los vecinos dejaban la pesada valija de sus pensamientos.

Había también espacios exclusivos, sociedades dentro de la gran sociedad que los vecinos aceptaban con naturalidad. El Convento de las Misioneras Clarisas estaba cerrado al exterior. La Pequeña Liga de béisbol, que se nutrió de niños y se convirtió en el deporte por excelencia entre los vecinos, rechazó desde el principio a las mujeres y niñas de la Cuauhtémoc.

El Comité de Vecinos

El Comité de Vecinos comenzó a operar en 1964 y tuvo cinco miembros. Su objetivo era auxiliar a la Comisión de Casas y la Administración de la Colonia, grupos de SCYF, “en todos aquellos asuntos de mantenimiento, embellecimiento y servicios urbanos de la propia Colonia que, por qué no decirlo, puede ser una de las más bellas de la ciudad si los propios residentes nos abocamos a esa tarea”. El programa de labores del Comité se dividió en cinco temas, con un representante para cada uno: Urbanización (servicios de agua, drenaje, gas, alumbrado público, pavimentos y banquetas); Servicios Públicos (recolección de basura, transportes urbanos, teléfono y correo); Vigilancia (vigilantes de ronda, comercios fijos y ambulantes, animales domésticos, ruidos, nomenclatura de calles); Parques Deportivos (comedor campestre del Bosque, parques de escuelas y parques infantiles, liga Pequeña y cine-terrazza); y Reforestación y Jardines.

El Comité se reunía cada semana con miembros de la Comisión de Casas y de la Administración de la Colonia. El anuncio del primer Comité de Vecinos apareció en la revista *Trabajo y Ahorro*

con el nombre de los encargados, el nombre de la calle y el número de la casa que ocupaban en la Cuauhtémoc.⁹³ Cinco años después se anunció una recién formada “Unión de Vecinos de la Colonia Cuauhtémoc” en *Trabajo y Ahorro*:

Una Colonia moderna, bien organizada y urbanizada, con servicios públicos eficientes, se traduce en bienestar y buen vivir para todos sus moradores. Los residentes de la Colonia Cuauhtémoc tienen ante sí la tarea de conservar este índice de vida en su comunidad y de mantener su Colonia a la envidiable altura que ha alcanzado frente a otras zonas residenciales de la gran ciudad regiomontana.

Esto supone el seguir manteniendo el alegre clima de unidad que ha caracterizado a los residentes, quienes han formado la Unión de Vecinos para canalizar a través de la misma todos los asuntos que atañen a los servicios de su comunidad, al interés colectivo de sus habitantes.⁹⁴

El trabajo y el orden

“Mucho ruido, mucho polvo y mucho calor”: las fábricas

A las tres de la tarde, un silbido cortaba el aire y marcaba el fin del turno matutino en la fábrica de Hylsa. La maquinaria lejana irrumpía en el silencio calmoso de las calles. El estruendo de los hornos de fundición y la explosión ocasional de las pedreras en el cerro del Topo Chico acompañaban a las personas en sus actividades. Pero persistía el silencio. Después de las gestiones conjuntas de SCYF, el presidente municipal de Monterrey y la Comisión Mixta de Transporte Urbano, la ruta de camiones Alameda-Cervecería empezó a correr en 1962 por la Colonia. Su trayecto se prolongó hasta Ciudad Universitaria. “Hay verdadero beneplácito entre los residentes de la Colonia Cuauhtémoc por este importantísimo servicio que ha venido a cumplir una necesidad

⁹³ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2052, 25 de enero de 1964.

⁹⁴ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2315, 17 de mayo de 1969.

imperiosa en ese sector de nuestra ciudad”, lee la nota de *Trabajo y Ahorro*.⁹⁵

El proyecto de Cervecería tomó por sentadas circunstancias que no deben pasar desapercibidas, pues no son estáticas. El trabajador era un hombre. Como padre de familia, él debía proveer lo indispensable para asegurar la supervivencia de sus hijos. Las mujeres estaban a cargo del cuidado. La Empresa asumía el liderazgo del desarrollo educativo, religioso y espiritual; pero la familia, el elemento básico, era lo que unía al individuo con la sociedad. Sólo en esta sociedad católica y matrimoniada tendría sentido su ambicioso proyecto.

Entre la gente de la Cuauhtémoc coexiste la admiración por los obreros y por la Empresa. A los trabajadores se les respeta por el trabajo pesado, el cansancio físico y las enfermedades que enfrentaban tras sus jornadas. Trabajaban ocho horas de madrugada, de día o de noche, a veces en turnos dobles. Los testimonios insisten en la disciplina y el carácter fuerte de los hombres, que “se metían friegas” para “mantener” a sus familias. A cambio del trabajo duro, el trabajador percibía un modesto salario, servicios de salud y vivienda fija. La Empresa era un ente amorfo que invocaba tanto a los patrones, cuanto al orden social que ellos habían instaurado. Los vecinos no conocían el rostro de Garza Sada, mas sabían que la Empresa era “la proveedora” de bienes y servicios; por eso ésta inspira agradecimiento, efusividad y alegría en los vecinos de la segunda generación, quienes enumeran sus gentilezas y, a la par, dejan entrever la compleja relación que sus padres tenían con ella. Como señaló Beatriz:

Papá siempre fue muy agradecido con Cervecería. Decía “El indio me ha ayudado mucho” o “El indio me va a sacar del apuro” por la imagen del apache que traían las botellas, ya sabes. Siempre decía que gracias al indio tenía esta casa. Es que él creció en vecindarios, era muy pobre... en la Empresa se fregó mucho.

⁹⁵ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1990, 1962, p. 11.

Bertha cuenta que su padre, electricista de Hylsa, perdió tres dedos en un día laboral:

P. ¿Cómo perdió los dedos su papá?

B. En la parte de corcholata-lámina era bien cotidiano que los trabajadores se cortaran. Tenían que aceitar las láminas, luego cortarlas en forma de cuadro y a veces se les resbalaban entre los dedos. Me acuerdo porque un día nos dieron el recorrido de la empresa; nos regalaron fichas con adornos navideños para armar un pinito, muy padres [...] ¡Pero bueno! En lugar de *deshacerse* de ti, la Empresa te acomodaba en otro lugar donde pudieras *seguir sirviendo* si te accidentabas. La opción nunca fue correrlos.⁹⁶

P. ¿Y qué pensaba su papá de Cervecería?

B. Él siempre hablaba muy bien de Cervecería. Tiene una anécdota: un chofer estaba en los jardines de Cervecería lavando un carro. Papá llegó con él a pedirle trabajo y el chofer le dio la tarjeta del jefe de personal. Papá fue con el jefe y le dieron trabajo de inmediato. Años después, en la rifa de regalos de una posada, papá reconoció al hombre que creía que era un chofer, ¡y resultó que era Eugenio Garza Sada! Y se quedó papá con esa anécdota, que don Eugenio era muy sencillo, muy humilde. Estuvo bien agradecido toda la vida.⁹⁷

⁹⁶ Los recorridos por las fábricas fueron un éxito entre los niños. Los vecinos de la segunda generación recuerdan bien el día que visitaron la Empresa y conocieron el imponente ambiente de trabajo de sus padres. Minerva, por ejemplo, recordó: “En aquella época, a las familias nos llevaban a la Empresa y a la planta para ver cómo era el procedimiento para hacer el fierro. Fundían los lingotes y hacían las placas. Nosotras las veíamos arder. Me acuerdo que esa vez que fuimos tenían un área verde preciosa, en una jaula tenían unos venaditos. Ya después los pasaron para las canchas, pero me acuerdo muy bien que hacíamos ese recorrido y nos daban merienda y todo ese rollo”.

⁹⁷ En todas las historias que escuché, Garza Sada es un hombre amable, generoso, lo que un trabajador llamó “un gran tipo”. En una de las más emotivas, una vecina de 50 años me contó: “Por lo general nunca digo esto... aquí en mi casa tengo varios muebles que eran de don Eugenio. Mi bisabuela era empleada doméstica en su casa, ella planchaba la ropa. Por lo regular la familia Garza Sada vendía sus muebles a los empleados a bajo costo cuando ellos iban a comprar otros. [...] Mi bisebuela decía que

El pensamiento “Perder dedos era algo cotidiano” concluye con un favorecedor “[Papá] estuvo bien agradecido toda la vida”. Cuando había accidentes, se entendía que eran inevitables por el entorno en el que trabajaban los obreros. El fragmento que sigue corresponde a la conversación que tuve con Jacinto, un vecino del tercer sector que ha trabajado como técnico de Hylsa durante más de 30 años:

P. ¿Cómo es el ambiente en la planta?

J. [Pausa. Suspira y prosigue]: Es un ambiente hostil y pesado. Hay mucho ruido, mucho polvo y mucho calor. Y hay veces que hay que entrarle aunque esté uno... pues hay que entrarle, ¿verda'? No tienes más que jalar. De repente se siente uno bien, porque saca el trabajo adelante. Siente satisfacción. Pero sí es pesado.

P. ¿Por qué es pesado?

J. Hay gente que tiene más pesado el trabajo, ¿no? Mira, las ollas tienen boquillas, taponos porosos. Esos taponos se desgastan y hay que cambiarlos. Entonces estás cerca de la olla, a 300 grados centígrados. O los [hombres] que están en refractarios y se meten con el horno, todavía bien caliente, a demolerlo para meter ladrillo nuevo. Te metes al calor, con traje protector, sí, pero sales desvanecido.

Los boletines *Trabajo y Ahorro* y *El Abanderado* difundieron las historias de éxito más llamativas: hombres y mujeres sin educación habían sorteado obstáculos hasta instalarse, con decoro y elegancia, en un puesto digno. La moraleja era que los sueños de cualquier persona eran posibles si ella se comprometía al trabajo constante y al ahorro.

quería besarle los pies al señor, que él era [sic] con sus empleados... [pausa emotiva] Ella llegaba a su casa cargada de fruta, pavo, carne, él les regalaba bastantes cosas. Era tan humano. Ese señor se fue al cielo, no me cabe duda. Sabrá Dios cómo hubiera sido nuestra vida sin él”.

Semana a semana y mes a mes, nuestra compañera fue viendo cómo aumentaba el volumen de sus ahorros. Jamás distrajo un peso para gastos innecesarios, nunca le tentaron los ya varios miles de pesos que tiene reunidos [...] Hace unas semanas, nuestra consocia pudo adquirir en propiedad una alegre casita, donde seguramente su vida discurrirá con más alientos y más esperanzas. Una humilde trabajadora ha ejemplificado cabalmente la excelencia del ahorro tenaz, y ha probado de lo que es capaz una voluntad pujante que se pone al servicio de un ideal entrañable.⁹⁸

Al recordar su pasado, los vecinos se suman con entusiasmo a la fe en la movilidad social y la buena voluntad de la Empresa. Un día de octubre visité un local de tacos de avenida Famosa. Adentro cuatro mujeres calentaban tortillas en un comal, picaban cebolla y cilantro, guisaban carne. Una tele destartada reproducía la programación de noticias matutinas de Multimedios, el canal local de Monterrey. Una mujer mayor estaba sentada en un banquito de plástico rojo. Conversaba con las cocineras aferrándose al cubrebocas, obsesiva, con manos temblorosas. Vestía pijama, tenía el pelo alborotado y sus lentes de vidrio estaban empañados por su respiración. Me observó fijamente cuando dije a mi acompañante, sorprendida, que no había notado que había cajeros entre los locales comerciales.

K. ¿Tú eres de aquí? Ya tiene rato ese cajero.

P. Sí. Usted atendía la papelería, ¿no? Creo que la recuerdo...

Enseguida, sin que yo le preguntase, la señora comenzó a hablar sobre la Cuauhtémoc. Me dijo que vivía en la calle Canario, cerca del local. La papelería era de mi hermana, corrigió. Luego me contó de su padre.

K. Mi papá estudió hasta segundo de primaria. Empezó como obrero en Hylsa, después se hizo contratista porque era bien listo. Don Eugenio le ofreció una casa que estaba

⁹⁸ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2695, 15 de enero de 1977.

por el Davila's⁹⁹ que tenía como 600 metros cuadrados, grandísima la casa, pero papá le dijo que no porque ya tenía una en la Regina.¹⁰⁰

P. ¿Cómo conoció a don Eugenio su papá?

K. Ah, pues lo conoció porque él entraba caminando a la Cervecería por Anaya,¹⁰¹ y siempre se lo topaba. Y don Eugenio le decía [imita tono suave y gentil]: “Luisito, te voy a dar una casa bien bonita, te va a gustar mucho, vas a ver...”. Y cuando construyeron el segundo sector sí le consiguió una muy buena propiedad, porque era esquina con Famosa, muy amplia. Era la mejor.

La familia de Luisito ilustra las anécdotas que presumía Cervecería. Que un niño hubiera estudiado hasta segundo de primaria, y después hubiera conseguido un puesto importante en la Empresa, resonaba en el corazón de la gente. Era verdad, era posible. La mujer procedió a contarme, resuelta, que su padre había comprado casas sobre Famosa para transformarlas en locales en la década de 1980. Ella era la dueña del puesto de tacos. Durante su adolescencia, las hijas mayores de la familia estudiaron en Italia con las Misioneras Clarisas sin unirse a la orden religiosa. Costaba un buen billete irse con ellas, concedió. La ferviente gratitud hacia la Empresa se entiende por estas seductoras historias de movilidad vertical.

La alimentación

Cada mes una camioneta rondaba la Cuauhtémoc con lentitud. El vehículo se estacionaba y de él bajaban hombres ataviados con mezclilla, cargando cajas de cartón repletas de maíz, frijol, harina, leche en polvo, huevos, carne, galletas, frutas, verduras.

⁹⁹ Restaurante de comida corrida ubicado en av. Nogalar Sur 199, en el primer sector de la Cuauhtémoc. Abrió en 1987.

¹⁰⁰ La diminuta Regina fue una de las primeras colonias obreras en Monterrey. “Pasando las vías del ferrocarril, por la misma carretera nacional, se hallaba el Regina Courts, un hotel utilizado por los turistas y que dio nombre a la colonia aledaña”. Véase: J. L. Esquivel Hernández, *loc. cit.*

¹⁰¹ La calle Pedro María Anaya, en el centro de Monterrey.

Las vecinas firmaban un recibo por el monto de los víveres y esa cantidad se descontaba del salario del trabajador. Cuando platico con habitantes de la primera generación, ellos mencionan la entrega de despensa como un beneficio más de vivir la Cuauhtémoc. Nunca nos faltó nada, aseguran. La despensa se calculaba por cabeza. El trabajador, su cónyuge y sus hijos menores de dieciséis años tenían derecho al subsidio.

Había tres molinos en la Colonia, propiedad de vecinas, en las calles Amatista, Zafiro y Heliotropo. Estaban dentro de los patios, en cuartos improvisados con tablas de madera. Las dueñas se beneficiaban con la demanda de los vecinos. Así surgieron las primeras tortillerías, los estanquillos, las pollerías y carnicerías. Las vecinas remendaban, inyectaban analgésicos, horneaban, peinaban y maquillaban a sus amigas para las reuniones sociales de importancia, asistidas apenas por un peinador o un espejo.

Vicente Sandoval, “el sobador”, aliviaba atletas y trabajadores afectados por dolores musculares, inflamaciones o huesos dislocados. En la Colonia se decía que “había andado con los gitanos” y por eso tenía “manos curativas”. El señor Sandoval no cobraba por sus servicios. Era la alternativa obvia para los vecinos que no querían ir al médico ni empastillarse. Las madres, recordando la sabiduría popular de sus ranchos, colocaban hilos rojos en la frente de los niños para asustar el hipo, machacaban hierbas o preparaban té para calmar la fiebre.

Se comía en cantidades muy pequeñas. Doña Toña, una vecina del tercer sector, vaciaba un solo envase de coca cola en cuatro vasos y los tendía a sus hijas. En 1970 los niños merendaban pan casero, tostadas con salsa y los frutos que crecían en los jardines. Por las mañanas pasaba una camioneta y la bocina decía, en una distorsionada voz masculina, *Ya llegaron las tortillas de maíz, calientitas*. Las vecinas daban monedas a los niños para que salieran al encuentro del vendedor. A mediodía, cuando sonaba el timbre de los colegios y los alumnos caminaban de vuelta a casa, el olor a sopa y carne inundaba las calles. Las vecinas intercambiaban agasajos envueltos en servilletas: nueces gordas del nogal de una con las cáscaras ennegrecidas y húmedas, listas para romperse;

naranjas, duraznos o mandarinas del jardín de otra; empanadas de las afanosas que se encerraban con el horno de la cocina a pesar del calor regiomontano. Días antes de las posadas, las mujeres se reunían y amasaban toneladas de maíz para preparar tamales. La comida era una muestra de afecto, y la cocina, un espacio social. Fue allí donde se gestaron alianzas entre las vecinas.

La agresiva publicidad de las bebidas alcohólicas tuvo su auge durante estas décadas, cuando Cervecería intentó diversificar sus consumidores. La Empresa publicitó Carta Blanca, una de sus cervezas de sabor más intenso y rudo, a las clases medias y altas. El objetivo era contrarrestar la idea imperante de que la bebida era “de clase obrera”. Dentro de los jardines de SCYF, la cerveza era el fiel acompañante en todo tipo de celebraciones, desde los aniversarios laborales y las bodas hasta las despedidas de soltero. Junto a los víveres, la Empresa regalaba cartones de cerveza a sus trabajadores. Sin embargo, entre la intensiva educación católica que había echado a andar en la Colonia y el ojo riguroso de las Misioneras Clarisas, pronto se tachó la bebida de inmoral y pecaminosa. No ha habido jamás un bar en la Cuauhtémoc.

La cerveza está ausente física y mentalmente en la Colonia. La silente relación con el producto final de la Empresa es en apariencia contradictoria, sin duda intrigante. Dos puntos se me ocurren al respecto. Primero, no todos los trabajadores de Cervecería estaban obligados a pensar cotidianamente en la cerveza. La rápida diversificación de la industria, la intensiva producción de corchos, envases, empaques, refrescos y acero, facilitó la disociación de los obreros con las bebidas alcohólicas: no fue un punto común entre subordinados. Segundo: los espacios públicos de la Colonia eran de las vecinas y sus hijos pequeños. Hablamos de una colonia en esencia femenina. El alcohol sólo aparecía ocasionalmente, personificado en algún pobre borracho que prendía el chismorreo y a quien de inmediato reprendían las Misioneras Clarisas.

La educación católica

“La educación intelectual, moral y física de la niñez es una labor que la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa se fijó como tarea principal,

una vez lograda la edificación y urbanización de la Colonia Cuauhtémoc”.¹⁰² Si le pregunto a los vecinos qué tienen en común las personas de la Cuauhtémoc, responden que “los valores”, “la moralidad” o “la religión”. La distinción que se atribuyen a sí mismos está basada en un supuesto buen comportamiento y es un juicio retroactivo; al hablar del pasado recurren a una visión generosa y dulce de la vida. No había conflictos, todos se llevaban bien, se tendían la mano. Recuerdo algo que leí: para Aristóteles la virtud cívica no es una cualidad innata del ser humano, sino que tiene que desarrollarse en la comunidad política, en lo público.

La segunda generación creció bajo la estricta supervisión de las Misioneras Clarisas. Las niñas estudiaron en los colegios y tomaron cursos de cocina, costura y música. La estrecha vida comunitaria invitó a los vecinos a establecer lazos de confianza y afecto. Aquellas niñas recurren a las Misioneras Clarisas para legitimar la presunción de su moral prístina. Las antiguas estudiantes del colegio Isabel la Católica suponen que la educación religiosa fue un pilar básico de la vida en la Colonia. Matilde, una vecina del segundo sector, me dijo:

Eran muy estrictas, al final de cuenta eran religiosas. En ese momento no lo valoras, pero cuando ya creces, por ejemplo ahorita con mis 57 años, sabes que por esos valores que te inculcaron a la fuerza eres una mejor persona a diferencia del resto [...] Sabías que el que vive en la colonia Cuauhtémoc era persona buena. Si te has enterado, en la Colonia hay muchas personas que son el hijo o el nieto, que como quiera buscamos vivir aquí por la tranquilidad que nos da. Somos buenas personas. Tú sabes que el vecino te va a estar cuidando la casa si te vas. Nos ayudamos.

Los colegios aceptaban exclusivamente a hijos de trabajadores. El 17 de noviembre de 1957 iniciaron las actividades de Isabel la Católica. Las reseñas históricas de la escuela recurren a la historia de bronce para destacar su importante misión educadora.

¹⁰² *Trabajo y Ahorro*, núm. 1853, 1960.

El 5 de diciembre, el presidente Ruiz Cortines visitó los colegios. Aceptó un ramo de flores de dos alumnas, quienes lo recibieron acompañadas de su maestra de segundo de primaria, la hermana Amalia Gómez. En 1958 se incorporó el grado de preparatoria al colegio Francisco G. Sada. En 1959, Isabel la Católica contaba con casi 40 alumnas y cada lunes las niñas salían al patio para rendir honores a la bandera. En 1960, Rubén Darío Dávila, jefe del Departamento de Actividades Culturales y Recreativas de SCYF, solicitó la incorporación de los colegios a la Dirección General de Educación Pública. La petición se concedió en marzo de 1960.

Entre 1964 y 1965 se construyó la secundaria. Contaba con laboratorios de física, química y biología, biblioteca, cocina y salón de labores. Arrancaron las campañas de aseo, puntualidad y disciplina con una población de 20 alumnas; como me explicó Bertha, las niñas aprendieron a lavarse los dientes, el pelo y el cuerpo. La dirección general quedó a cargo de las Misioneras Clarisas, siempre bajo la supervisión de la Empresa.

En 1968 los colegios organizaron una serie de actividades y juegos deportivos para unirse “al espíritu” de las Olimpiadas en México. Ese año se inauguró la banda de guerra formada por alumnas. El maestro Timoteo L. Hernández, historiador y director de Educación del estado, visitó las escuelas y habló sobre la historia de Nuevo León. En la década de 1970, las Misioneras Clarisas empezaron a impartir cursos de mecanografía, juguetería y confección. Ocho edificios se destinaron al Centro Escolar Cuauhtémoc: seis a primaria, uno a secundaria, otro a preescolar. Las Misioneras Clarisas manejaron cuatro asistidas por maestros seculares; los Hermanos Lasallistas atendieron el resto. En 1973, Isabel la Católica acogía 1260 alumnas con una planta docente de 26 religiosas. Cito:

Este Colegio fue iniciado en el ideal no de un puro afán de conocimiento que mueve al hombre a conocerse a sí mismo, sino de un hondo interés de organizar su vida y formarla conforme a la ley que descubre su alma, y con esto ha

llevado a cabo la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa durante trece años la formación de los hijos de sus socios.

Al ingresar al colegio las niñas pasaban por una prueba de canto; si daban los tonos, eran admitidas al coro. El diez de mayo una camioneta daba la vuelta a la Colonia con un grupo de alumnas cantando las mañanitas en la caja. Las vecinas observaban el desfile desde las banquetas. En diciembre, por el día de la coronación de la Virgen, las niñas tocaban en las casas y pedían flores con premura para presentarlas en la asamblea; las vecinas arrancaban rosas de sus jardines, les cortaban las espinas y las regalaban.

La educación femenina estaba ligada a los votos sagrados de las religiosas. Esta influencia era obvia, por ejemplo, en la correspondencia que las niñas sostenían con la madre fundadora. En sus cartas dirigidas a Teresa Arias, las alumnas describían las tareas que habían hecho la semana anterior, sus aprendizajes y las virtudes que practicaban. La madre respondía desde el extranjero y señalaba las faltas de ortografía y gramática que cometían las alumnas en su redacción. La religiosa destacaba la difícil situación de los lugares que visitaba, “países remotos y abandonados”, e insistía, condescendiente, que las niñas debían agradecer a Dios por lo que tenían. La orden “acogió” a La Florecilla, una comunidad de San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Las alumnas comenzaron a cartearse con las niñas de La Florecilla que recién habían aprendido a escribir. Así se pensaron a sí mismas ventajosas, más libres y afortunadas que las otras pequeñas.

Hay también quien recuerda un lado intolerante y amargo de las Misioneras Clarisas. La instrucción rígida y formal empeoraba para las niñas que sufrían, más que otras, las penurias económicas del hogar. El intercambio que tuve con Beatriz lo ejemplifica:

P. ¿Qué piensa de las Misioneras Clarisas?

B. Yo nunca tuve contacto con ellas. Nada. Hubo una mala experiencia con mis hermanas mayores. Mis papás eran

muy pobres, pues papá era obrero de Cervecería, ¿no? [risas] Y las monjas eran muy estrictas y muy exigentes. Mi hermana, la mayor, estaba en quinto año. Cuenta mamá que ella batallaba mucho para comprarle sus libretas. Un día mi hermana no hizo la tarea y una de las monjas le rompió la libreta. Mamá fue y le reclamó. Se pelearon. En aquel entonces las monjas no eran humanitarias, veían la pobreza y les valía. Mamá sufrió mucho por ellas. No se tentaban el corazón. Mamá trabajaba lavando, planchando y todo. Como éramos muchos, no bastaba el sueldo de papá. Entonces a mí me mandaron a la pública.

P. Y si usted hubiera tenido hijas, ¿las hubiera mandado al colegio?

B. ¡Sí, claro! Me gustaba mucho la Isabel la Católica, a pesar de todas las historias. Era otra época, de mucha necesidad. Si yo hubiera tenido niñas, a mí me hubiera tocado [lidiar con] maestras seculares.

En cambio, los niños de la segunda generación dan otras razones para sustentar la misma idea de superioridad moral: el sentido de comunidad, la convivencia, el que nunca les faltara nada. Marcelo, un vecino del primer sector, me contestó:

P. ¿Hay algo que una a la gente de la Cuauhtémoc?

M. Pues la disposición de las casas y que estuvieran organizadas en semi-privadas, los juegos en cada sector, el que hubiera lugares para congregarnos, como los colegios y la parroquia. Teníamos toda el área social cubierta y todo eso va formando antecedentes y valores en las personas que vivían ahí.

Además de la educación básica dirigida a los hijos de los trabajadores, la Empresa ofrecía cursos gratuitos para adultos. En SCYF se impartían lecciones de inglés, matemáticas, corte y confección de ropa, juguetería, bordado, tejido, cocina, conservación de alimentos, decorado y pastillaje, arreglos de

naturaleza muerta, pintura textil y al óleo, música.¹⁰³ Armando Villarreal, un músico que alcanzó la fama moderada por una sola composición, “Morenita mía”, enseñaba piano y canto. En la planta docente había más artistas que pertenecían a círculos artísticos de la región noreste. En verano se impartían clases de voleibol, natación y tenis; en invierno, de patinaje. La Sociedad enseñaba “educación financiera” y en los salones no se perdía la oportunidad de dar cátedra sobre el gasto moderado, el pensamiento encaminado hacia el futuro y el ahorro. Después de estudiar en las academias de la Sociedad, algunos vecinos emprendieron sus propios negocios.¹⁰⁴ La señora Victoria Elizondo, quien empezó a trabajar en Cervecería en 1947, cuando tenía 19 años, expuso:

¿Cómo no voy a querer a SCYF? Si las empresas siempre se preocuparon porque no viniéramos nada más a trabajar, sino que ampliáramos nuestros conocimientos y que a la salida del trabajo la pasáramos felices, antes de volver al día siguiente a trabajar. Nos demostraron el amor al trabajador y a sus familias, haciendo todo para que alcanzáramos la felicidad.¹⁰⁵

Con la ingeniosa combinación de ocio, preparación intelectual y oficiosa, la Sociedad reclamó la atención de los trabajadores y sus familias. Las horas de no-trabajo se atiborraron de actividad, aprendizaje y socialización amena; tras los muros de SCYF surgieron entrañables amistades, noviazgos y matrimonios. Los vecinos sentían una emotiva expectativa por la primavera y el invierno por las actividades de temporada. El calendario social curaba el hartazgo que podían sentir ante la inevitable llegada “del día siguiente”, como insinuó Elizondo.

Los grupos parroquiales

En Jóvenes en Camino Hacia la Verdad (JESVA), hombres y mujeres se reunían una vez a la semana, visitaban otras colonias, convivían

¹⁰³ *El Abanderado*, núm. 229, 1968.

¹⁰⁴ *Trabajo y Ahorro*, núm. 3461, 2018.

¹⁰⁵ *Loc. cit.*

con adultos mayores, leían la biblia y fomentaban el matrimonio entre las parejas que vivían en unión libre. Los grupos surgieron con el propósito explícito de evangelizar colonias de bajos recursos como la Azteca (hoy, Carmen Romano). La diferencia entre esas colonias y la Cuauhtémoc era clara para los vecinos. Desde la correspondencia entre las niñas de Isabel la Católica y las niñas de La Florecilla, hasta la evangelización de la Azteca, la población de la Cuauhtémoc asimiló su propia distinción social entre el rango de los obreros.

De San José Obrero salieron los primeros matrimonios. Los hombres de la Colonia bromeaban entre ellos y llamaban a los grupos parroquiales “Valle de pasiones”, como el popular programa de televisión estadounidense, porque ingresaban con la velada intención de conocer a las muchachas guapas. Las parejas con las que conversé, al explicarme cómo se conocieron, recurrieron sin falta a los grupos eclesiósticos, las misas o las fiestas patronales. Y como niños y niñas habían estado separados durante la educación básica, el templo era el único espacio social donde podían relacionarse en la Colonia.¹⁰⁶

En los grupos parroquiales también se formaron las religiosas y los sacerdotes de la Colonia. Nueve niños de la Cuauhtémoc se convirtieron en sacerdotes, una cifra considerable para un espacio tan reducido. Cuando los jóvenes anunciaban su decisión, se desencadenaba el drama. Los vecinos los acompañaban al seminario de la arquidiócesis y se despedían de ellos “como si fueran a dejar el país”, me contó uno entre risas. La reacción de sus familias era impredecible; unas, orgullosas, alentaban la vocación de los hijos desde el primer momento; otras insistían en la vida *no vivida*, el futuro hipotético al que estaban renunciando, y les rogaban que desistieran porque de lo contrario

¹⁰⁶ Un orgullo para la Empresa había sido el que los trabajadores de Cervecería Cuauhtémoc se ennoviaran y casaran con colegas de la fábrica. Las mujeres renunciaban después de su boda. En la sección “Mujeres” de *Trabajo y Ahorro* se dedicaba un extenso espacio a su nueva vida hogareña y el cuidado de sus hijos. En la Cuauhtémoc estos matrimonios son raros o no existen: las parejas surgieron, en cambio, de la inevitable vecindad y los grupos religiosos. Véase: M. Snodgrass, *op. cit.*, pp. 78-79.

se arrepentirían.¹⁰⁷ Los grupos catalizaban la estrecha disyuntiva entre la vida religiosa y el matrimonio, las únicas opciones de futuro. La estricta formación del colegio y la influencia de los grupos, donde los vecinos jóvenes la pasaban muy bien, también promovió la presencia de una generación de hijas en el noviciado de las Misioneras Clarisas. Es el caso de la hermana Catalina. Ella me dijo:

A mí me atraía mucho el matrimonio por la cuestión de los hijos, como a cualquier chica. La chica que no sueña con ser madre, pues, está rara, ¿no? Es muy normal aspirar a la maternidad, a ser esposa. Pero yo fui consciente de ello y renuncié a todo a pesar de mi juventud. Y renuncié a poseer cosas, porque uno también quiere tener dinero, tener una casa. Acepté la obediencia, la castidad, la pobreza [...] Pero yo he concluido que lo más importante en esta vida es encontrar tu lugar. No es casarte ni ser religiosa. Tú, Azucena, ¿para qué fuiste hecha? ¿Qué le vas a dar a la humanidad?

Según los vecinos, la personalidad de los sacerdotes definía la actividad parroquial. La voluntad del sacerdote, su personalidad y energía podían ocasionar la creación de múltiples grupos eclesiales o años de aburrimiento y poca acción. En 2020 los vecinos culparon con disimulo al sacerdote, un hombre de la tercera edad que ha estado al frente de San José Obrero desde 2001, del lento movimiento dentro de la iglesia. Y recurrieron al recuerdo de los primeros, carismáticos y míticos padres para argumentar que ellos, los grandes evangelizadores, sí unieron a la comunidad y que su ausencia ha afectado el espíritu de la Cuauhtémoc. Antes la parroquia tenía una vida “muy fuerte”, dicen. Una cosa más que ha cambiado y a la que hay que buscarle culpables.

¹⁰⁷ El caso controvertido del sacerdote Ramírez servía de ilustración para las advertencias de los padres. El sacerdote trabajó en la Iglesia San José Obrero durante un lustro, después desapareció sin dar explicaciones. Los vecinos se sorprendieron cuando volvió casado a la Colonia casi una década después.

Las fiestas y el ocio

La fiesta patronal empezaba el primer día de mayo. La misa era el prelude solemne; después había que prepararse para las celebraciones. Los miembros de JESVA cocinaban la cena y vendían los boletos con anticipación. La feria duraba tres días. En el patio, el atrio y en todo lo ancho del Centro Cívico se instalaban los juegos mecánicos y los puestos típicos, donde la gente se concentraba para jugar a la lotería, los pececitos, los aros y las canicas. Los grupos atendían los juegos, tiraban las cartas y servían platos de comida. La iglesia administraba las rifas. Los premios consistían en utensilios de madera, juguetes, armatostes para la cocina, lavabos y ventiladores. Al atardecer aparecían los matachines. Bailaban una hora con música de fondo y la atención total de los asistentes. Al tercer día la fiesta cerraba con la quema del castillo, una atronadora sucesión de coloridos fuegos artificiales. Las fiestas patronales eran las únicas que atraían a toda la población de la Cuauhtémoc.

Las posadas de la Iglesia San José Obrero comenzaban el 16 de diciembre, nueve días antes de Navidad. Una vecina me corrigió cuando las llamé “fiestas” y me dijo, muy seria, que no era lo mismo una posada que una fiesta. En las posadas hay lecturas, reflexiones y oración; es responsabilidad del templo alentar a los vecinos a participar. Con el tiempo, agregó, esa costumbre se fue perdiendo y se hicieron más bien las fiestas o una combinación de ambas. Además de las posadas del templo, en cada cuadra se organizaban para celebrar “la llegada de Jesucristo”. Trazaban figuras, recortaban banderines y conectaban las casas con papeles de colores. Cerraban las calles. Los niños rompían piñatas, recibían dulces y cajones repletos de fruta.

Cada invierno había festivales artísticos en SCYF. En el esperado día de la Molienda, docenas de mujeres llegaban de Santiago, Nuevo León para preparar piloncillo, conservas y otros dulces regionales. En la posada de la Empresa los niños recibían caña, pelotas y muñecos. Los regalos etiquetados con el número de socio y la clave familiar eran bienes indispensables, pues eran los mismos que los padres entregaban a sus hijos la mañana de

Navidad. Jeremías, un hombre de la primera generación, me contó sonriente que Eugenio Garza Sada fue a una de las posadas para entregar los regalos en persona “como Santa”.

El cierre de calles, la música y la comida eran los elementos fundamentales para reconocer una fiesta en la Cuauhtémoc. Las bodas y los quinceaños podían extenderse hasta bien entrada la noche. Aunque la Empresa ofrecía de manera gratuita un gran salón en SCYF, la gente prefería quedarse en la Colonia y celebrar en las banquetas. Era cortés invitar a todos los vecinos inmediatos a las fiestas familiares. Los animales que unos criaban eran el banquete de otros. En el tercer sector, al escuchar que habría boda la gente sabía que servirían chicharrón y carne de puerco: era lo que cocinaba una de sus vecinas. Los vecinos Santiago Montalvo y José Garza Tamez tomaban fotografías de las bodas, los quinceaños, los bautizos y las primeras comuniones.

La primera década de la Colonia afianzó los lazos entre sus habitantes. Los niños crecieron mientras se ensanchaban los troncos de los naranjos que impregnaban las calles con el olor de los azahares. Las palomas anidaron en los jardines. La gente vivió en un limbo curioso, ya no en tejabanes, pero todavía con ganas de rehuir la vida citadina. En 1960 iniciaron las funciones gratuitas de cine. La pantalla se instaló en el parque de béisbol y se proyectó una película por semana. Por las calles pasaba un cochecito anunciando la cartelera; los vecinos interrumpían conversaciones y aguzaban el oído al paso del altavoz. Las proyecciones, como los juegos de la Liga Pequeña, eran una excusa para salir con amigos de otros sectores, disfrutar el aire nocturno y socializar. La cartelera consistía en películas recientes de Rocío Dúrcal, Luis Aguilar o Enrique Guzmán. Para ver los estrenos de cine mexicano y extranjero, la gente tenía que ir a Cinema Río 70, el icónico edificio de piedra en el centro de la ciudad, o a otras salas de cine de Monterrey.

En enero de 1967 los vecinos habían pasado días muy fríos. Amanecieron el 9 de enero con una capa de nieve de veinte centímetros. La nevada se convirtió en un hecho histórico para toda la ciudad; se cancelaron las clases de todas las escuelas del

área metropolitana, pues el manto se extendía hasta Guadalupe, San Pedro y Escobedo. Los trabajadores no lograron llegar a las fábricas. La nieve de ese año es motivo de emoción y nostalgia. Cuando empezó a derretirse y la gente salió de sus viviendas, los vecinos se congregaron en la Alameda y en la Calzada Madero, donde admiraron la visión de los coches cubiertos de blanco. Los más aventureros subieron el cerro de Chipinque para prolongar la sensación helada.

El 4 de junio de 1969 un avión comercial se estrelló contra la punta del cerro del Fraile, en Villa de García, a 35 kilómetros de Monterrey. El Boeing 727 de Mexicana se desintegró y los pasajeros y la tripulación murieron en el acto. A bordo iban Carlos A. Madrazo y el tenista mexicano Rafael Osuna. Los habitantes de Hidalgo y Abasolo escucharon el impacto y observaron, asombrados, cómo caía una lluvia dorada y tintineante. Los hidalgos de diez y veinte pesos aterrizaron en callejuelas y en los techos de las casas. El rumor del tesoro se esparció con rapidez y llegó a oídos de la gente de la colonia Cuauhtémoc. Al día siguiente, al amanecer, un grupo de muchachos del tercer sector emprendió la marcha. Atravesaron el monte, la colonia Valle Verde y la unidad Modelo; cruzaron los matorrales esquivando las espigas con la intención alegre de esculcar el cofre. El ejército mexicano, que se había estacionado en el lugar de la tragedia, los capturó y los rapó antes que pudieran acercarse al armatoste. Regresaron a la Cuauhtémoc cabizbajos y pelones. De los cincuenta kilos de oro que cargaba el avión, sólo diecisiete llegaron al Banco de México.

3

LAS PUERTAS CERRADAS (1970-2010)

Movimientos urbanos

ME GUSTARÍA EMPEZAR ESTE CAPÍTULO con varias preguntas concisas. ¿Cómo se relaciona la historia local con la historia regional y nacional? ¿Cómo ejerce su autoridad el gobierno federal en Nuevo León, donde convive con un poderosísimo sector privado? ¿Importaron, en Monterrey, la matanza de Tlatelolco, el movimiento estudiantil y la guerrilla urbana? ¿Cómo se recuerdan y narran estos sucesos? Cada pregunta amerita su propia tesis, pero todas servirán para exponer por dónde va mi interés. Enseguida escribiré para avanzar entre la maleza. Lo hago porque quiero saber algo fundamental: ¿a cuáles hechos, de entre tantos, le concedían importancia los vecinos de la colonia Cuauhtémoc?

Casi desde el principio noté el desinterés de los vecinos por los levantamientos armados y las manifestaciones que ocurrieron durante estos años. La segunda generación describe su infancia en la Colonia como si se tratase de una burbuja, apartada de cuanto sucedía a pocos kilómetros de distancia. Podría achacar esta indiferencia a su juventud: de la segunda generación, los mayores tendrían máximo quince o dieciséis años cuando estallaron las protestas en la entonces Universidad de Nuevo León. El argumento no me convence. Los disturbios tampoco fueron, ni son, tema de interés entre sus padres; las huelgas no entraron dentro de su ramillete de preocupaciones. Antes de considerar por qué es así,

por qué el aparente desapego del momento histórico, especificaré a cuáles procesos me refiero.

El sexenio de Echeverría inició en diciembre de 1970. El nuevo presidente asumía el cargo bajo la presión de reparar daños y mantener las apariencias democráticas. Los años siguientes, ante la creciente tendencia del gobierno por ejercer más control sobre la economía, la relación con los empresarios sufrió tensiones y altibajos.¹⁰⁸ En Monterrey surgieron dos movimientos relevantes: el universitario y el de los sin tierra.

Entre 1969 y 1972, los estudiantes de la Universidad de Nuevo León se organizaron para conseguir la autonomía universitaria, garantizar la participación estudiantil en la designación de autoridades e impedir la influencia del gobierno en el proceso.¹⁰⁹ El camión que salía de la Cuauhtémoc con dirección al centro pasaba por Ciudad Universitaria. Los usuarios de transporte observaban a los estudiantes encapuchados que, en pleno mitin y a bordo de vehículos abarrotados, sacaban la cabeza y el torso por las ventanillas y gritaban consignas; con suerte eran borrones en el rabillo del ojo y luego desaparecían. Pero algo cambió en 1972: ahora los estudiantes corrían hacia los autobuses, los paraban, exigían a los pasajeros que se bajaran *pero ya* e incendiaban los vehículos ante miradas asombradas.

Los vecinos temían profundamente a los universitarios, quienes gozaban de mala fama por las violentas novatadas a las que sometían a los estudiantes de nuevo ingreso: los rapaban, los desnudaban y los hacían desfilar por el centro de la ciudad. En la memoria de los vecinos, los universitarios eran viciosos, agresivos y temperamentales. Ser estudiante estaba “bien satanizado”, opinó Susy, porque era lo mismo que ser guerrillero. A esta imagen desfavorable del estudiantado contribuyó la prensa, como indicaré más abajo. El punto es que, entre el miedo a alumnos y

¹⁰⁸ Según los representantes del Consejo Coordinador Empresarial, éste “fue fundado en 1976, como una respuesta del sector productivo nacional a la creciente intervención del gobierno en la economía y la aplicación de medidas claramente populistas”. Véase CCE, “historia”, <https://cce.org.mx/2014/07/09/historia>, consultado en enero de 2021.

¹⁰⁹ Israel Cavazos e Isabel Ortega Ridaura, *op. cit.*, p. 228-229.

los constantes rondines del Ejército, los prejuicios de los vecinos se intensificaron. La Cuauhtémoc estaba a escasos kilómetros del campus y los vecinos pensaron que, si un enfrentamiento escalaba, los jóvenes huirían hacia la colonia para refugiarse de los soldados. Había una idea clara del peligro, las armas y la disputa por la universidad. De la presencia del Ejército.

Abro un brevísimo paréntesis para insistir en que las apasionadas discusiones que ocurrían dentro de las aulas, la visible radicalización de los alumnos y la fundación de la colonia Tierra y Libertad, en 1976, contradicen otros prejuicios: que en Monterrey no hubo huelgas; que sus habitantes carecen de conciencia o voluntad política y que todos estaban amparados por las empresas.¹¹⁰ En realidad, las ideas marxistas fluyeron con facilidad entre estudiantes de la Universidad de Nuevo León. Y grupos que hoy siguen activos, si transformados, exigieron audiencias con Echeverría, enfrentaron al Ejército a balazos y se apropiaron de tierras. La guerra sucia se jugó en Monterrey. La conclusión no debe ser que *no hubo*, sino que en esta ciudad, como en cualquiera, había múltiples realidades y formas de vivir.

Entre 1971 y 1973, ocho invasiones masivas ocasionaron la fundación de nuevas colonias en el área metropolitana. El INFONAVIT, fundado en 1972, no satisfizo la demanda por viviendas. El movimiento de los sin tierra se remontaba a la década de 1920, pero cobró fuerza a finales de la década de 1960, cuando aumentó el flujo migratorio y miles de personas llegaron a Monterrey en busca de trabajo. Los nombres de las colonias disiparon cualquier duda de la orientación política de sus habitantes: Mártires de San Cosme, Mártires de Tlatelolco, Genaro Vázquez. En marzo de 1973, mil 500 familias invadieron los terrenos aledaños al cerro del Topo Chico y fundaron la colonia Tierra y Libertad, a sólo cinco kilómetros

¹¹⁰ Escribí ya en las primeras páginas que hubo diversas huelgas y levantamientos obreros durante el carrancismo. Sobre el estereotipo del regiomontano pasivo, véase un breve artículo de Ximena Peredo que se publicó en *Horizontal*, “Mundos del trabajo: Monterrey y el mito del obrero pasivo”, [https:// horizontal.mx/mundos-del-trabajo-monterrey-y-el-mito-del-obrero-pasivo/](https://horizontal.mx/mundos-del-trabajo-monterrey-y-el-mito-del-obrero-pasivo/), 4 de mayo de 2016.

de la Cuauhtémoc; esta colonia se convertiría en el centro de operaciones del movimiento. Tres años después se constituyó el Frente Popular Tierra y Libertad.

Los posesionarios venían de San Luis Potosí, Coahuila, Zacatecas, Tamaulipas y del interior de Nuevo León; eran vendedores ambulantes, recolectores, ejidatarios, taxistas, artesanos y albañiles. Muchos eran analfabetas.¹¹¹ La toma de tierras, ilegal, masiva y desordenada, ofrece un contraste evidente con los proyectos de vivienda auspiciados por el sector privado. Aunque al principio el gobierno de Echeverría “toleró” la invasión con el fin de disminuir el desempleo y porque el gobierno federal era incapaz de resolver el problema urbano, durante los años siguientes los posesionarios enfrentarían al Ejército y la policía municipal para defenderse del despojo.¹¹² En 1974, el Ejército intervino por primera vez para “poner fin a las continuas invasiones llevadas a cabo por Tierra y Libertad”; en febrero de 1976, la policía “mató a seis posesionarios quienes fueron sorprendidos expropiando electricidad. Este acto de represión condujo a enormes movilizaciones, con la participación de hasta 50 mil personas”.¹¹³ El presidente Echeverría recibió a los líderes, prometió atender sus exigencias (despidos, restituciones, compensaciones) y nunca las cumplió.

Las invasiones habían sido abruptas y desorganizadas. En la veloz transformación a “movimiento” influyeron los universitarios, quienes se involucraron en el liderazgo, el proceso de institucionalización y la elaboración de los fundamentos ideológicos de las demandas. Por la mediación de los estudiantes, los migrantes comenzaron a utilizar conceptos como “autonomía”, “autogobierno”, “democracia directa” y “participación”.¹¹⁴ Al

¹¹¹ Menno Vellinga, “Tierra y libertad: los pequeños márgenes del desarrollo autónomo”, *Relaciones* 33, vol.IX, 1988, p. 113.

¹¹² La invasión de tierras en Monterrey se remontaba a 1928, cuando un grupo de personas llegó a la colonia El Pozo. Alejandra Rangel Hinojosa, “Participación política de las mujeres en un movimiento urbano de Nuevo León”, tesis, Monterrey, UANL, 2003, pp. 19-20.

¹¹³ M. Vellinga, *op. cit.*, p. 120.

¹¹⁴ Ó. Flores, *op. cit.*, pp. 88-89. Los líderes se hacían llamar a sí mismos

describir el arreglo dentro de estas colonias, el sociólogo holandés Menno Vellinga observó:

La lucha por un lugar donde vivir, la constante amenaza de expulsión, y la necesidad de asegurarse servicios de transporte, educación y salud, han contribuido a la cohesión del movimiento tanto como el hecho de compartir un lugar de origen común, los lazos familiares, los compadrazgos y la amistad. [...] Después que se formaron las primeras colonias muchas personas que tenían algún familiar, amigo o compadre ahí, inmigraron también. La ausencia de diferencias en cuanto a su posición socio-económica ayudó a que los poseionarios se solidarizaran. Todos eran igualmente pobres.

A la par, la situación en la Universidad de Nuevo León se volvía más tensa. En 1971, estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional marcharon en apoyo a sus compañeros. La comunicación regular entre estudiantes de todo el país y el antagonismo con el gobierno federal reafirmaron el carácter “nacional” del movimiento estudiantil regiomontano. Ese día, los halcones, miembros del grupo paramilitar que asistía al gobierno desde 1968, reprimieron y asesinaron a los manifestantes del Distrito Federal en lo que hoy se conoce como “el Halconazo”.

Los movimientos urbanos en Monterrey esgrimieron una sofisticada capacidad de organización: formaron comités y asambleas, escribieron y difundieron desplegados, se aliaron con organizaciones y estudiantes de otras universidades. En Nuevo León fueron activas las Fuerzas de Liberación Nacional (FNL), los Procesos, el Movimiento Espartaquista, la Liga de Comunistas Armados (LCA) y la Liga Comunista 23 de Septiembre.¹¹⁵ Según Vellinga, los estudiantes se formaron en “espacios subversivos” donde debatían textos marxistas: importaron las universidades,

“orientadores”, dizque para distinguirse de la verticalidad del aparato gubernamental. Ver A. Rangel, *op. cit.*, p. 117.

¹¹⁵ Ó. Flores, *op. cit.*, p. 76.

los intercambios culturales con las embajadas de Rusia y Cuba y la acción social de los jesuitas en el Tec de Monterrey, quienes estaban vinculados a la teología de la liberación.¹¹⁶

Cuando conversan conmigo, los vecinos de la Cuauhtémoc rememoran noticias del periódico local *El Norte*, titulares que leían en puestos callejeros y el camión que pasaba por la universidad. A pesar de las balaceras y los muertos, los vecinos eran admirablemente ajenos a las disputas por el control de tierras y al vigoroso movimiento universitario. No conocían las exigencias de los estudiantes, no sabían qué relación tenían con la masacre de la capital ni con los exiliados de otros estados. Estos eran los años, según los vecinos, en los que caminaban tranquilos, se echaban en el porche y dormían al aire libre. Eran los años de la paz. Eran los años de la guerrilla urbana.

Ahora sabemos que Monterrey compartió luchas con el resto del país; que es imposible no relacionar la represión local y la nacional, el desencantamiento de los estudiantes de la Universidad de Nuevo León con la promesa “de izquierda” que representaban Echeverría y su propio rector. Las colonias ilegales, a diferencia de colonias-obsequio como la Cuauhtémoc, interfieren con la memoria de los vecinos. Al elegir su historia oficial, el gobierno del estado impulsó un Nuevo León industrial y en ascenso que resultó corto de miras e irreplicable. Reformulo, pues, mi pregunta: ¿cómo conciliar el activismo local con una Cuauhtémoc tan ensimismada?

En la prensa circulaba información incompleta y criminalizante sobre los guerrilleros. Según Héctor Torres Martínez, seis diarios eran populares en la ciudad: *El Porvenir*, *El Sol*, *Tribuna de Monterrey*, *El Norte*, *El Tiempo* y *Más Noticias*. Para la redacción de *El Norte*, los estudiantes eran “marcianos”, “forajidos”,

¹¹⁶ La teología de la liberación o “la opción preferencial por los pobres” sugiere instaurar la austeridad en el cuerpo eclesiástico: una iglesia “de pobres y para pobres”. Héctor Daniel Torres Martínez, “Guerrilla urbana en la ciudad de Monterrey: espacios subversivos y vigilancia política en la primera mitad de la década de 1970”, *Letras Históricas*, 19, otoño 2018-invierno 2019 y, del mismo autor, “La influencia jesuita en la conformación de la Liga Comunista 23 de septiembre durante la década de los setentas del siglo XX en México”, *Anuario Regional y de las Fronteras*, 23 (2), 2018.

“vulgares asaltantes”, “hippies drogadictos”, “fanáticos del Che”, “terroristas deseosos de sangre” o “robots de cerebro lavado”.¹¹⁷ En la universidad “el derramamiento de sangre era algo cotidiano”.¹¹⁸ *El Porvenir* publicó breves comunicados del Ejército y no ofreció perfiles de los guerrilleros.¹¹⁹

Los vecinos de la Cuauhtémoc recuerdan bien los sucesos más dramáticos de los años de la guerrilla: cuando la LCA secuestró el Boeing 727 de Mexicana de Aviación, en 1972, y el descubrimiento de una casa de seguridad de las FNL en 1971. Las fotografías del secuestro aéreo impactaron a los lectores: en la pista del aeropuerto internacional de Monterrey, los soldados empujan la camilla de Edna Ovalle, una joven estudiante herida días antes, y sus compañeros guerrilleros la esperan a bordo del avión. Exigieron que los soldados se quedaran en calzones e hicieran el intercambio de rehenes; en imágenes que se transmitieron en vivo, Juan Urrutia, el humillado jefe de la policía estatal, entregó el motín de 4 millones de pesos a los guerrilleros.¹²⁰

Sin embargo, los vecinos no sabían qué pasaba en el Distrito Federal ni qué querían los miembros de la Liga. Por cada nota sobre los enfrentamientos que publicaban los periódicos, ellos leían docenas más en *Trabajo y Ahorro* y *El Abanderado*: las efusivas líneas sobre ascensos, matrimonios, fiestas, partidos de fútbol, obras y conciertos eran más cercanas a su vida

¹¹⁷ Héctor Daniel Torres Martínez, “La criminalización de la guerrilla urbana en la prensa regiomontana, 1970-1973”, *Humanitas*, 44 (IV), 2017, p. 134.

¹¹⁸ “Sangre en la Universidad”, *Tribuna de Monterrey*, 23 julio de 1972, p. 4, como aparece citado en *Loc. cit.*

¹¹⁹ H. Torres, *op. cit.*, p. 137.

¹²⁰ En una de las primeras notas al respecto, *El Heraldo de México* informó que en el avión secuestrado iban “Emilia y Luis Farías, hijos del gobernador de Nuevo León, Luis M. Farías; [...] Wesley Parsons, cónsul general de los Estados Unidos en Monterrey, y su asistente, Steve Evans, quienes llevaban una balija diplomática; el científico Santiago Genovés, quien realizara hace años una travesía por el Atlántico en una embarcación de papiro; el industrial Dionisio Garza Sada, y Jesús Zambrano, padre de los rejoneadores Felipe y Evaristo [...] el ingeniero Jaime Lomelín Guillén, quien es presidente del Instituto Mexicano de Ingenieros Químicos y alto funcionario de Industrias Peñoles. Otros viajeros, entre los que se registraron como turistas, figuran nombres conocidos en diversas actividades, pero su identidad no ha sido establecida claramente [...] En unas horas más, se aclarará todo”, concluye el artículo. *El Heraldo de México*, “Lista de Personalidades que iban en el avión secuestrado”, 9 de noviembre de 1972.

cotidiana. En un punto a favor de la hipótesis sobre los espacios subversivos, los vecinos de la segunda generación me dijeron que cobraron conciencia del movimiento hasta que ingresaron a la universidad. En la Universidad de Nuevo León escucharon noticias esclarecedoras de sus compañeras foráneas de Tijuana, Baja California y el Distrito Federal. Para ellos el activismo, el pensamiento crítico y el debate eran exclusivos de las asambleas; la otra vía para iniciarse en la vida política era, naturalmente, vivir de manera precaria o indigna.

En conclusión, los vecinos de la Cuauhtémoc no relacionan su pasado con la guerrilla. No les importa recordar el movimiento estudiantil ni enfatizar quién fue presidente; lo entendí cuando un vecino me dijo, más o menos a la defensiva: “Sí sabíamos quién era el presidente”. Es fácil dejarse llevar por su visión amorosa y pacífica del pasado. Están convencidos de que así fueron las cosas, a pesar de que observaron autobuses en llamas, leyeron sobre las balaceras en otras colonias regiomontanas y temieron a los soldados.

Quedan, en cambio, vagos recuerdos del miedo. Los vecinos sentían adrenalina al atravesar el campus y vislumbrar las facultades de Medicina, Química y Biología. Las enfermeras de la Cuauhtémoc relatan que su trabajo angustiaba a sus madres después de 1972, porque en el Universitario atendían a los guerrilleros heridos y pronto llegaba el Ejército para custodiarlos. No sabían que, en el Distrito Federal, los estudiantes ingresados a un hospital del IMSS después del Halconazo habían sido rematados en las camillas. Con todo, el miedo era fugaz y no afectó en absoluto la memoria de una vida ideal en la Colonia. Los vecinos convivieron con la presencia militar desde que vieron por primera vez a los soldados en la Casa del Coronel. Ahora que sabían que ejecutaban, concluyeron simplemente que había que evitarlos. En la Cuauhtémoc, parecen decir, se desenvolvía una vida distinta a la de ese Monterrey.

Desde 1972 se popularizaron las cercas tímidas en la Colonia. Los niños flacuchos se inmiscuían entre los barrotes endebles y los jóvenes las brincaban con facilidad. Su propósito no era,

estrictamente, impedir el paso, pues no tenían vidrios incrustados como se veía en las décadas siguientes incluso en el Convento. Después de levantar la cerca en las propiedades y comprar un candado ventruado, los vecinos optaban por “emparejarla” con suavidad en lugar de pasar el cerrojo. Sus amigos todavía se abrían camino, se metían hasta la cocina y se unían al grupo que conversaba en torno a la mesa. Delimitar las viviendas fue sólo una manera de subrayar la propiedad privada: atrás quedaron los jardines expuestos al cotilleo del tránsito cotidiano. Las rejas y la acumulación de árboles, plantas y maleza al interior comenzaron a ocultar las fachadas.

El patriarca

¿A qué sí concedieron importancia? A pesar de su apariencia aislada, la población de origen rural y el silencio que reina en sus calles, la Cuauhtémoc tiene una relación evidente con la historia local. No todos los acontecimientos eran relevantes, pero los que sí lo eran tenían el poder de trastocar la vida cotidiana de los vecinos.

El asesinato de Eugenio Garza Sada fue indicio de lo anterior. El 17 de septiembre de 1973, en una luz roja en la esquina con Luis Cantanar, tres miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre interceptaron el coche en el que viajaba el empresario. El crimen se ha reconstruido docenas de veces en varios medios: la Liga vigilaba sus trayectos, la familia Garza Sada estaba enterada de amenazas contra él, Cervecería Cuauhtémoc trabajaba con el gobierno en temas de vigilancia y seguridad.¹²¹ Me detengo sólo

¹²¹ Casi un mes después del intento de secuestro de Garza Sada, el 10 de octubre, en Guadalajara otro comando de la Liga 23 de Septiembre secuestró al cónsul británico, Duncan Williams, y al empresario Fernando Aranguren. El gobierno se negó a negociar y la Liga asesinó a Aranguren y liberó al diplomático. Esto definió la nueva estrategia gubernamental: el secuestro, la tortura, la desaparición forzada y el asesinato (“la guerra sucia”); así lograron desarticular los movimientos sociales de obreros, estudiantes y maestros. Hay poca información impresa, sin embargo, sobre la colaboración entre el gobierno y la Empresa. En entrevista con Diego Enrique Osorno, el ex militante Manuel Saldaña afirmó que el cuerpo de seguridad de Cervecería Cuauhtémoc trabajaba e intercambiaba información con el gobierno federal: “Lo fundamental, el propósito de los aparatos de Estado, era contener la actividad de los grupos políticos; y en eso no había diferencia entre el propósito de la Dirección Federal

en las consecuencias de su asesinato: las discursivas (el nuevo personalismo) y las materiales (la división de la Empresa y la creación de una nueva sociedad).

El empresario tenía 81 años y era un desconocido en la cháchara vecinal. La noticia relumbró primero en los televisores. Las vecinas dejaron de trabajar para averiguar quién era el señor. ¡Ah! ¡Que era dueño de la Empresa! Que era “don Eugenio”. En los colegios se interrumpieron las clases y los alumnos volvieron de la escuela felices e indiferentes al barullo que crecía a su alrededor. Las Misioneras Clarisas y los lasallistas colgaron moños negros en el portón de los edificios y pidieron a los vecinos que hicieran lo mismo en la fachada de sus casas.

La confusión inicial es prueba de que, en los años que siguieron, la Empresa promovió un discurso enaltecido sobre Garza Sada. No era una estrategia novedosa; el Grupo Monterrey ya había lanzado narrativas personalistas sobre los fundadores de Cervecería. Del culto a los empresarios brotó el culto al emprendedor, los valores liberales y la movilidad social. El hombre industrial era la “máxima expresión de la cultura del esfuerzo: el *self-made man* de la cultura norteamericana”.¹²² Sin embargo, el dramatizado asesinato de Garza Sada sirvió en especial a la Empresa porque ahora tenían un patriarca con potencial de mártir.

El sentimentalismo arrancó en el funeral, al que asistieron más de 150 mil personas. Pronto los vecinos asimilaron el discurso de la Empresa y lo incorporaron a sus historias personales. Hoy describen a Garza Sada con el conjunto de palabras que les de Seguridad, la Policía Judicial del Estado o el Departamento de Inteligencia del Grupo Cervecería. Eran los mismos y no sólo entre ellos, sino que estaban relacionados con la inteligencia americana, eran un solo cuerpo, trabajaban coordinados y la información era compartida”. En respuesta a la pregunta “¿Usted fue quien dio el reporte con el nombre de los empresarios secuestrables [a la Liga]?”, Saldaña respondió: “Vamos a ubicarnos en tiempo y espacio. *En aquel momento yo tendría su edad: 20 años. ¿Qué podría conocer de trascendencia de los personajes de la vida política y económica del país e identificarlos?* [...] fue una estructura política de la Liga la que tomó la decisión. [...] Era parte de toda una estrategia general nacional”. Véase: Diego Enrique Osorno, “La familia Garza Sada sabía del atentado”, <http://www.elbarrioantiguo.com/la-familia-garza-sada-sabia-del-atentado/>, 15 de septiembre de 2013, consultado en diciembre de 2020.

¹²² L. Palacios *et al.*, *op. cit.*, p. 332.

dicta un sospechoso sentido común: dicen que fue un hombre “emprendedor”, “pionero”, “fundador”, “precursor”, “generoso”, “humano”, “de buen corazón”. Las charlas sobre el trabajo duro y la historia de los grandes empresarios van acompañadas de una nítida noción espacial: la gente se mueve “hacia adelante”, “crece”, “avanza” o “salta el charco”. Hay progreso; la muerte de Garza Sada fue apenas un tropiezo en el camino.¹²³ El siguiente intercambio pertenece a la entrevista que hice a Raúl Garza, quien trabajó en Hylsa por más de tres décadas:

P. ¿Cómo vivió usted la muerte de Garza Sada?

R. Pues él era una persona con mucha visión, muy emprendedor. Fue de los primeros industriales de Monterrey. Hubo tristeza, pero el trabajo siguió adelante, mija; siguieron trabajando las empresas. Sí se sintió la muerte de don Eugenio, pero como te digo, las empresas siguieron adelante.

Es interesante notar que Raúl no responde en primera persona, como requería mi pregunta, sino que opina desde “las empresas” y “el trabajo”. No es casualidad que la narrativa empresarial y la memoria colectiva de los trabajadores lo ubiquen como el único responsable de “los proyectos sociales” de Cervecería. Con Garza Sada se personalizó, al fin, el sujeto ambiguo que era la Empresa.

Los actos de bondad que recuerdan los obreros y sus familias se convirtieron en preciadas anécdotas que fortalecen una sola percepción sobre Garza Sada. Los vecinos se asombran por la “integridad” de un hombre tan rico; su “humildad”, “humanismo” y “preocupación por los trabajadores” legitimaron el sistema

¹²³ Sobre esto escribió Esteban Salmón. Aunque él se refirió a los migrantes indocumentados en Nueva York y sus razones para migrar, la gente que llegó a la Cuauhtémoc reproduce estas metáfora en su vida cotidiana. Para ellos el trabajo es el mejor medio para *llegar* a la estabilidad y el bienestar; para sentirse, al fin, despreocupados y libres. El discurso permanece intacto en las últimas generaciones. Véase Esteban Salmón, *Vidas fronterizas: Diferencia, trabajo y ostentación entre migrantes indocumentados en Nueva York*, tesis, México DF, El Colegio de México, 2016, pp. 54-61.

empresarial y encarnaron, a la vez, el ideal del buen católico. Aunque los vecinos no conocen detalles de su liderazgo, reproducen con fidelidad la propaganda empresarial y opinan favorablemente sobre el empresario. Ni una vez escuché una opinión controversial o contradictoria con este discurso. El culto barrió bajo la alfombra las preguntas sobre el paternalismo de Cervecería.

La adoración necesita imágenes y el último retrato de Garza Sada funcionó a la perfección. Viste traje y corbata y está sentado en una silla rígida con las manos entrelazadas en el regazo. Tiene entradas pronunciadas, el cabello ralo, gris. Las gafas de marco negro y grueso esconden sus cejas y unos ojos pequeños. Garza Sada mira al lente con expresión adusta y una ligera sonrisa que no alcanza su mirada. El cuadro se colgó sobre los pizarrones de las aulas, de cara a los alumnos de Isabel la Católica y La Salle, entre un crucifijo y la Virgen de Guadalupe. En la cotidianidad, los estudiantes se persignan (“el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”) frente a esta Santísima Trinidad.

La fotografía se colocó también en el Convento, las oficinas de CECAC, FEMSA y el Tec de Monterrey. Es una presencia obligatoria en los recintos donde se reúnen los directivos de la Empresa. El parque anexo a San José Obrero, sede de las fiestas patronales, se nombró plaza Eugenio Garza Sada, aunque pronto le creció maleza y se abandonó a su suerte. Allí se erigió un pesado busto de bronce del empresario. Para el caminante distraído que no se interesaba por el nombre de las calles, éste era el único guiño a la historia de la Cuauhtémoc.

Modesto Torres Briones, hijo del guardaespaldas asesinado el 17 de septiembre, iba a misa en San José Obrero. Un domingo contó que su padre cenaba los viernes en casa de los Garza Sada, que ellos eran amables con él y trataban a su familia “con cariño”. La Empresa pagó la carrera universitaria de Modesto y la de sus hermanos. El vínculo del empresario con el trabajador conmovió a los vecinos. En misa, el padre Galván dio un sermón emotivo y ofreció condolencias a la familia Garza Sada y a las de sus guardaespaldas.

Reestructuración empresarial

Además del nuevo personalismo, el asesinato de Eugenio Garza Sada antecedió cambios materiales inmediatos. El clima macroeconómico y político aceleró la división del Grupo Monterrey. Así se constituyeron los primeros conglomerados o corporativos de las empresas madre, que habían surgido a finales del siglo XIX. El gobierno mexicano incentivó su creación con políticas fiscales como la Ley de Sociedades de Fomento de 1973, que concedió subsidios para alentar la integración en grupos llamados “unidades de fomento”.¹²⁴ Los grupos diversificaron sus operaciones e incursionaron en ramos como alimentos, banca, turismo y bienes raíces.

Otra característica de los conglomerados fue el predominio de los lazos familiares en sus Consejos de Administración. Eugenio Garza Lagüera encabezó el conjunto de empresas de Cervecería Cuauhtémoc, ahora Visa. Bernardo Garza Sada lideró las empresas de Hylsa (acero), Empaques de Cartón Titán, Draco (minería) y una cuarta parte de las acciones de Televisa. El segundo conglomerado se convirtió en Grupo Industrial Alfa en 1973.¹²⁵ En 1998, Grupo Visa cambió su nombre a Fomento Económico Mexicano (FEMSA).¹²⁶ La división de las empresas no era diferente a la repartición de una herencia. Al contarme cómo se vivió el asesinato de Garza Sada en la Cuauhtémoc, Alfonso hila la historia, de inmediato, con los cambios de la Empresa:

A. Dicen que fue un grupo terrorista que lo querían secuestrar. Se decía que era la Liga 23 de septiembre. Yo tenía como catorce años. De hecho, donde falleció él, yo pasaba por ahí. Era frente a un templo evangelista o cristiano, no sé. Se comentó que se defendió.

P. ¿Cómo reaccionó usted?

¹²⁴ Beatriz Pérez Sánchez *et al.*, “Evolución histórica de Alfa: Un grupo económico de capital nacional”, *Hitos de Ciencias Económico Administrativas* (59), 2015, pp. 24-25.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 26.

¹²⁶ “FEMSA: Our History”, <https://www.femsa.com/en/about-femsa/our-history/>, consultado en abril de 2020.

A. No, pues quedamos mudos. Dolió mucho al grupo. Dolió mucho a Monterrey porque él fue de los pioneros, con el padre, don Isaac Garza. Fueron pioneros y los que iniciaron la industria. De ahí muchas familias trabajaron en Vitro, Hylsa; la Maternidad Conchita, que es de un familiar de los Garza Sada. Teníamos el hospital Muguerza, antes de Nova. Porque la Clínica Famosa era la única adonde iban todos, Hylsa y Cervecería.

En 1975 Alfa festejó los 25 años de trabajo de sus empleados en el centro social de SCYF. El mes siguiente, *Trabajo y Ahorro* publicó la foto de los trabajadores en la portada. Aparecen sentados frente a una escalinata del recinto y el subtítulo reza “La realización integral del hombre, meta del Grupo Industrial Alfa”.¹²⁷ Ésta fue la última vez que miembros de Alfa ocuparon los espacios de SCYF; en 1973, el grupo fundó una asociación para sustituir la Sociedad de Cervecería: Nova.

Nova

Los vecinos miraron con curiosidad las grandes máquinas que excavaban en el bosque. La nueva Sociedad trasladó las actividades deportivas, recreativas y educativas a la Cuauhtémoc. Junto al Centro Cívico se instaló la reluciente Clínica, donde un equipo de doce enfermeras comenzó a ofrecer servicios médicos ambulatorios. Los vecinos compararon las instalaciones con SCYF e intercambiaron impresiones del nuevo club. La clínica de Nova era “más grande” y los servicios, “de primer nivel”. El gimnasio y las canchas de tenis eran “inmejorables”. El teatro estaba techado y era “espectacular”. Las hipérboles evidencian el entusiasmo por la estructura que se había adueñado del bosquecito de la Colonia. El centro recreativo contaba con

juegos de salón, cafetería, fuente de sodas, salones para impartir clases de baile, música, teatro y bellas artes; también vestidores para damas y varones, gimnasios, canchas para diferentes deportes bajo techo, sala de lectura,

¹²⁷ *Trabajo y Ahorro* núm. 2615, 7 de junio de 1975.

salón audiovisual, oficinas administrativas, sala de juntas, salón para banquetes y amplio auditorio. En la espaciosa área al aire libre se contará con albercas, canchas de tenis, basquetbol, softbol, futbol, beisbol, volibol, futbolito y patinadero, así como también un alegre parque infantil que incluye estancia para los chiquitines menores de 5 años y kioscos merenderos.

El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez diseñó el teatro Nova, que se inauguró el 18 de diciembre de 1979. El teatro fue la sede de una compañía artística que organizó obras, espectáculos de danza, conciertos, exposiciones de artes plásticas, congresos y eventos ciudadanos; aquí también hubo juntas de accionistas, asambleas, simposios, congresos y graduaciones. *El Diario de Monterrey* escribió una nota elogiosa el día de la inauguración: llamó al teatro “la obra trascendente del Grupo Industrial Alfa” y apuntó que ostentaba los últimos adelantos en iluminación, acústica, sonido y mecánica teatral.¹²⁸

En el teatro Nova se pusieron en escena pastorelas, obras y musicales como *Cats*, *La fierecilla domada* y *El libro de la selva*. Era común que los empresarios asistieran a los estrenos de las obras en diciembre, cuando el recinto estaba a reventar. La compañía reservaba las primeras filas del auditorio para los directivos. Andrés, un veterano del teatro, recordó la pastorela de 1994 y comentó risueño: “Por esta pastorela casi me vetan de hacer teatro porque mencioné nombres de ejecutivos de la Empresa [durante la obra]. Pero no sabían que eran indicaciones de Recursos Humanos de la misma Empresa, para darle sabor. El chiste es que luego a mí me andaban crucificando”.

La presencia de los empresarios provocaba nervios, emoción y risas entre los actores. La nueva Sociedad rompió la ilusión de la Colonia como una burbuja aislada de las jerarquías. Los conglomerados reclamaron a sus “socios” y los apartaron del montón; los trabajadores de Hylsa y sus familias presumían pertenecer a Nova, y los trabajadores de Cervecería, que debían

¹²⁸ “Nova de Monterrey inauguró ayer su moderno teatro”, *El diario de Monterrey*, 18 de diciembre de 1979.

acudir al lejano recinto de SCYF, los miraron con envidia. Como expuso René: “Cervecería, pues, no estaba vieja, pero tampoco era *moderna*”. Bertha añadió:

Nova tenía una clínica nueva con un director nuevo, y pues de repente, ¡ah caray! Nos hicieron brincar de 1950 a 2000. Aunque a la gente mayor sí le pegó mucho el cambio. Antes el Bosque era abierto, corría un arroyito, estaba bien para ir a pasar una tarde o un domingo con tu familia. Eso lo quitaron cuando construyeron Nova.

El club introdujo el discurso de una “modernidad” en la Cuauhtémoc entre los vecinos. El comentario de Bertha sugiere que Nova afectó la distribución espacial de la Colonia. Los vecinos solían frecuentar el bosque: los niños jugaban y cazaban animales; los jóvenes descansaban en la arboleda y pescaban; los hombres asaban carne, bebían cerveza y conversaban hasta el anochecer. La instalación del comedor Campestre había popularizado el plan de ir a “las pachangas” los fines de semana. Ahora al Bosque lo circundaban tubos de metal y prácticamente la mitad de los vecinos habían perdido acceso a él.

Nova diseñó un sistema como el de SCYF; en el módulo del centro, una secretaria preguntaba al trabajador su número de socio para permitirle la entrada. El número era una combinación de siete dígitos: los primeros cinco identificaban al trabajador, “el socio”, y los últimos dos especificaban el miembro de la familia (esposa, hija o hijo en edad descendente). La cifra, ya memorizada, fortaleció el sentido de pertenencia al club.

El concepto se inspiró vagamente en las palabras de Garza Sada, quien supuestamente llamaba “socios” y “colaboradores” a los obreros. La igualdad retórica entre obreros, ingenieros y directivos era un eco del discurso con el que Luis G. Sada había persuadido a los trabajadores de la importancia de la Sociedad; era una estrategia para impedir, como escribí al inicio, la sindicalización. El apelativo obreros-socios otorgaba a los trabajadores el derecho a jugar deportes, educarse y recibir servicio médico de calidad como cualquier “socio” de un club privado.

Curiosamente, la división de Grupo Monterrey acercó a la Colonia al objetivo de sus arquitectos: la ciudad satélite. Las generaciones que nacieron después de 1970 no conocieron las fiestas de los jardines de Cervecería ni la vida social de SCYF: las familias de grupo Alfa sólo visitaban Nova, y las de Cervecería ya no iban tan seguido al edificio de SCYF, pues la convivencia con los vecinos se favorecía sobre cualquier otra.

Al asombro inicial le siguió la dicha. Los vecinos aprovecharon gustosos las instalaciones de Nova. Los adultos enviaban a sus hijos al recreativo y así conseguían preciadas horas de soledad con sus parejas. Los niños se entretenían toda la tarde: en Nova se ofrecían clases de canto, danza, voleibol, básquetbol y natación. El profesor José Hernández Gama, maestro de música en el colegio Isabel la Católica, repasaba las lecciones con sus alumnas en el centro cultural de Nova. En invierno los niños visitaban el Planetario Alfa, que había abierto en San Pedro Garza García en 1978, y cantaban villancicos en la entrada del cilindro.¹²⁹ El 23 de junio, día de San Juan, la Sociedad organizaba juegos y obsequiaba dulces y regalos a los niños; la segunda generación recuerda los botines bajo el agua de las albercas con añoranza.

La ruptura aparente de Grupo Monterrey no dividió por completo a las sociedades. Los comités de Nova y SCYF estaban en contacto regular y planeaban juntos las fiestas masivas. El 15 de diciembre de 1976, miembros de la Junta Directiva de SCYF y el Consejo Nova discutieron las actividades del año siguiente.

¹²⁹ El Planetario Alfa cerró en septiembre de 2020. “Se trató de un museo revolucionario, en diversos sentidos, para México y América Latina. Por ejemplo, su megapantalla IMAX fue la primera en entrar en operación fuera de Estados Unidos para el continente. También ofreció al público el primer aviario en su tipo en el país, el cual se inauguró en 1986. Dos años después se inauguró el Pabellón El Universo en 1988, el cual contaba con el monumental vitral El Universo, el único que realizó en vida el destacado pintor mexicano Rufino Tamayo [...] Fue fundado con la tecnología más innovadora del momento y su enfoque fue la promoción de la ciencia y tecnología de forma interactiva. Estas líneas han evolucionado mucho, por lo que su viabilidad, sostenibilidad y continuidad en el tiempo se complica, lo que determinó la decisión de cerrarlo, indica el comunicado citando a Julia Moreira, directora del Planetario”. Véase: Gustavo Mendoza Lemus, “Planetario Alfa cerrará definitivamente sus puertas”, <https://www.milenio.com/cultura/planetario-alfa-cerrara-puertas-4>, septiembre, 3 de septiembre de 2020.

La leyenda de *Trabajo y Ahorro* concluyó: “Ambas instituciones están ya en plena marcha enfiladas al trabajo y a la acción, el adelanto y la consolidación de sus postulados”.¹³⁰ Asimismo, la revista se despidió de los trabajadores que se incorporarían al Grupo Alfa, que fundó su propia publicación semanal: *Ser Nova*. El suplemento promovió el mismo discurso de *Trabajo y Ahorro* y *El Abanderado*: la cultura del trabajo, el ahorro y la “sana convivencia” familiar. Raúl recuerda sus años activos en el Centro Recreativo Nova con gratitud. Lo que sigue resume su perspectiva de las casi cuatro décadas que trabajó en Hylsa y cómo Nova fue, para él, una recompensa:

Quando entré miraba muy lejana la jubilación; trabajaba y vivía al día. Pero me concentré en hacer mi carrera dentro de la empresa y lo logré. Empezar *de abajo* y llegar adonde llegué fue una gran satisfacción, sentí que había cumplido con el plan. De repente te encuentras con el tiempo, con la edad; ya te vas a jubilar y no lo quieres creer. Yo me aventé 37 años en la Empresa. Estoy muy agradecido por el recreativo y el servicio médico. Han atendido nuestros problemas de salud al cien. En el seguro no hubiera sido tan eficiente: nos retrasan las citas, el servicio no es igual; y acá sí, te atienden de primera. Estoy satisfecho. También tenemos los equipos de softbol y otras actividades de esparcimiento muy necesarias después de la jubilación. Estamos satisfechos y contentos con todo lo que se ha logrado.

Las palabras de Raúl son intercambiables con los testimonios de los boletines de la Empresa: los trabajadores comparan las prestaciones y los servicios de SCYF y Nova con los que obtendrían del Estado y se sienten agradecidos porque “les ha ido bien”; los vecinos mayores, en particular, subrayan la importancia del servicio médico. “Hacer fila en el seguro” es un desgaste físico, mental y angustioso que se ahorran por la Empresa.

Para los niños que frecuentaron Nova, el recreativo fortaleció sus amistades de la Colonia y los introdujo a una “cultura” que

¹³⁰ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2696, 15 de enero de 1977.

no encontraron al interior de sus familias: el teatro, la danza, la música y la poesía. Este grupo de vecinos registró una forma de comunión novedosa mediante las artes y el deporte. Acaso el único atisbo de lamento vino de la primera generación. Doña Martha, una vecina que llegó recién casada a la Cuauhtémoc, me dijo: “A Nova íbamos a traer tierra para las matas, tu abuelita y todas las vecinas. Había muy buena tierra. Ya no queda nada, a todo le sacaron provecho”. Doña Fina, otra vecina de la primera generación, recordó con melancolía los paseos que daba por el bosque, la pesca y las reuniones al aire libre en compañía de sus hijos. Su esposo era trabajador de Cervecería, así que su familia fue excluida del nuevo recreativo.

El comercio

Los Rodríguez convirtieron su casa en negocio; según el hijo mayor, a sus padres los movió la necesidad económica. A finales de 1970 abrieron dos tortillerías: una en Esmeralda y otra en Colibrí. La señora Rosa preparaba de maíz y de harina. Su esposo, Rogelio, trabajador de Hylsa, administraba las ganancias. Los negocios se mantuvieron a flote con la asistencia de sus hijos, quienes heredaron responsabilidades en cuanto fueron capaces de hacerlo. Para inicios de la década siguiente, las casas-negocio se multiplicaron en Famosa y la avenida mutó a gran velocidad. Surgieron los restaurantes, las pollerías y los estanquillos. Después, las peluquerías, las barberías, las mercerías y las modestas tiendas de regalo.

Una estética causó gran conmoción. El estilista, un joven llamado Julián, era “delgado, delicadito, no sé si está bien llamarlo así, no sé cómo llamarlo, pero *afeminado*”, me dijo una vecina con nerviosismo. En su breve frase se asoma la transformación de las normas sociales, lo intransigente y lo correcto: lo que Norbert Elías llamó el “proceso civilizatorio”. ¿Cómo debería describir a Julián el día de hoy? En la década de 1980, los carteles brillantes que anunciaban ofertas de peinados y planchados, y los rumores sobre Julián, le merecieron al local el calificativo de una “estética moderna”, la primera en la historia de la Cuauhtémoc.

Ese año se demolió una casa en el cruce de Famosa y Titán y se construyeron cinco locales. Abrieron una panadería, una tienda para elaborar flores artificiales y un salón de belleza. Los vecinos llamaron “Sanboritos” a los locales de Famosa, un juego de palabras derivado de la tienda Sanborns, su única referencia comercial. Abrió también La Mancha, una papelería que surtiría durante varias décadas a los niños de los colegios; la dueña era una maestra del colegio Isabel la Católica.

Los comerciantes eran todos vecinos. Los domingos, después de la misa de las ocho, el padre Reyes desayunaba con las vecinas en la parroquia; el dueño de la panadería cruzaba Famosa y les regalaba pan. Las mujeres se amistaron con el locatario y luego con su hijo, quien se hizo cargo del negocio. Hoy los vecinos recuerdan estas prácticas con nostalgia para concluir que antes había “comunidad” y “bondad”. En avenida Titán, frente a la primaria Isabel la Católica, don Rogelio atendía su tienda de abarrotes y tomaba aire fresco en la banqueta. Sus tostadas se convirtieron en la botana típica de la Colonia. Las alumnas del Colegio se agrupaban en el patio y le gritaban al comerciante desde el otro lado de la cerca de alambre.

Y la convivencia vecinal floreció en el Cuauhcalli, que recibía parejas, amigos y familias. El restaurante abrió en 1972 y fue durante un tiempo el único local de comida corrida en la Cuauhtémoc. Los precios accesibles y la abundancia de los platillos aliviaron la carga de las vecinas; Elena, una vecina del primer sector, me dijo: “Antes estábamos obligadas a pensar en tres comidas todos los días, luego pudimos por fin descansar de tanta cocinada, al menos una vez por semana”. El restaurante era mediano, tenía mala iluminación y en sus paredes azules colgaban cuadros de pueblos sin nombre. Un par de abanicos pendían del techo y amortiguaban el calor de la canícula. El negocio siempre estaba repleto e inspiraba largas filas hambrientas. El Cuauhcalli fue el destino común de estudiantes y obreros: entre semana, desde los hornos de Hylsa, en el lado opuesto de la abarrotada Nogalar Sur, grupos de trabajadores cruzaban el puente peatonal para visitarlo. Años después pasaban la hora del almuerzo en otra

Famosa, donde tenían como opción por lo menos una docena de puestos o restaurantes.

En 1977 se fundó el área comercial Oxxo para distribuir las marcas de cerveza y refrescos; es decir, para saltarse los estanquillos y las tienditas. En Monterrey la Empresa experimentó con los primeros locales; el escaparate rojo anunciaba bebidas alcohólicas, botanas y cigarros. Con el paso de los años, el Oxxo de la Cuauhtémoc concentró a los clientes de los abarrotes de Famosa, hasta que en la avenida sobrevivieron sólo un par. FEMSA encontró su único rival en la cadena americano-japonesa 7-11, que abrió quince años después frente a la iglesia San José Obrero.

Sobra decir que las oportunidades para comer fuera y coincidir en lugares de consumo eran limitadas en la Colonia. Los restaurantes tenían pocas mesas; los clientes, obreros en su mayoría, comían y volvían al trabajo; no había tiempo ni energía para la sobremesa. Los jóvenes de la Cuauhtémoc conversaban sentados en las banquetas o en sus hogares. En la Cuauhtémoc tampoco había refresquerías, bares ni aquellos atractivos lugares para conversar, discutir o leer, típicos del centro y de las metrópolis, los cafés. La socialización larga ocurría dentro de las sociedades: en el teatro, las fiestas o durante los juegos deportivos.

Para “pasear” los colonos debían tomar el camión hacia la Alameda. En el abarrotado centro de Monterrey compraban ropa; bebían licuados, refrescos o café en las refresquerías de la calle Vicente Guerrero; visitaban la librería Iztaccíhuatl. El consumo y el ocio son formas de distinción social: en la Colonia la gente no ostentaba objetos, prendas ni joyas; las mujeres eran hábiles costureras y así vestían a sus hijos e hijas. Sólo era indispensable adquirir un vestido o un traje para celebrar bautizos, bodas o primeras comuniones. Los trabajadores, como habían aprendido de los cursos y la apremiante narrativa empresarial, ahorraban cuanto podían de sus modestísimos salarios.

La Cuauhtémoc comenzó a recibir gente que iba de paso. Las casas se modificaron para encajar con los servicios que ofrecían; sin embargo, los dueños y clientes de los negocios seguían siendo vecinos. En 1982 abrió la avenida Fidel Velázquez; su

entronque con prolongación Nogalar dio fluidez al tránsito y elevó la plusvalía de las colonias Anáhuac y Cuauhtémoc. En 1976, el colegio Francisco G. Sada dejó de impartir los niveles de primaria y preparatoria; en septiembre de ese año, la secundaria se incorporó al colegio La Salle y conservó el nombre original en honor a su fundador. Las instalaciones se mudaron al primer sector de la Cuauhtémoc.

En 1980, los colegios dejaron de ser exclusivos para los hijos de los trabajadores de Grupo Alfa y FEMSA. Los locales, las avenidas y la apertura de los colegios al público contribuyeron a que la Colonia se llenara de automóviles. En 1989 los lasallistas cedieron la dirección de sus colegios al personal seglar y quedaron, en papel, como “asesores” del sistema.¹³¹ A pesar de que La Salle todavía era parte del distrito México Norte de las Escuelas Lasallistas, la nueva dirección suavizó la educación religiosa y el colegio perdió su reputación.

La crisis

Corría el año 1982. El presidente José López Portillo reconoció en televisión, en su último informe de gobierno, que el país atravesaba una severa crisis económica. La solvencia proveniente del auge petrolero había aumentado la confianza de los empresarios, quienes se habían endeudado pidiendo préstamos para expandir sus industrias. La deuda externa subió de 20 mil a 80 mil millones de dólares. La inflación creció aceleradamente; el déficit en la cuenta corriente y en la balanza de pagos entró en números rojos. Al grupo empresarial, que había crecido en gran parte por los créditos en dólares, le afectaron las sucesivas devaluaciones y las tasas de interés del crédito externo. El panorama era desolador:

¹³¹ Según los lasallistas, la Misión Compartida consiste en “la responsabilidad mutua de los hermanos y del personal seglar en difundir la palabra de Dios”. La posibilidad evangelizadora proviene de los ritos de iniciación cristianos como el bautizo, la confirmación y la eucaristía. Al interior de las comunidades educativas, y en el desempeño apostólico, todos los cristianos tienen la posibilidad de enseñar. Este acercamiento contrasta con el de las Misioneras Clarisas, que, aunque delegaron las materias de matemáticas, ciencias naturales, geografía y prácticamente todo el plan de estudios al personal seglar, continúan evangelizando a las alumnas.

el crecimiento económico sustentado en la expansión petrolera había perdido todo su dinamismo.

En Nuevo León, la deuda externa de las empresas se cuadruplicó en un año y se estimó en 576 millones de pesos. Grupo Alfa sería, dentro del llamado Grupo Monterrey, un ejemplo ilustrativo de la gravedad de la situación: estaba endeudado con más de cien bancos. Entre 1981 y 1982, el Grupo vendió empresas y despidió a miles de ejecutivos, empleados y obreros. Redujo en dos terceras partes su personal directivo y administrativo, y reemplazó ciertos equipos con egresados del ITESM y otras universidades.¹³² Alfa sobrevivió con la asistencia del gobierno mexicano, que le concedió en 1981 un préstamo de 12 mil millones de pesos mediante el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos. Las pérdidas que el Grupo reconoció ascendían a 5, 860 millones de pesos, casi la mitad de las utilidades que Alfa había acumulado entre 1977 y 1980.¹³³

La Colonia sufrió agitación colectiva por los rumores que circulaban en las fábricas. Amalia Hernández, una vecina de la calle Amatista, expresó la angustia con una sola oración que dirigió a su hija: “¡Después de todo lo que trabajó tu papá!”. Su esposo, quien permaneció en Hylsa durante dos décadas, había fallecido años antes tras una larga enfermedad. “Qué bueno que ya no está, que no ve lo que estamos batallando”, añadió Amalia con cansancio y preocupación. Para la década de 1980, los hombres de la primera generación habían comenzado a fallecer: unos por enfermedad; otros, según se decía en las banquetas, por “cansancio”. Las viudas repartían su pensión en comprar alimento y mantener a sus hijos en la escuela. Pero la crisis las sometió a una aprensión insospechada por las devaluaciones del peso, que

¹³² Lylia Palacios Hernández, “Consolidación corporativa y crisis económica en Monterrey, 1970-1982” en Isabel Ortega Ridauro (coord.), *La industrialización del segundo auge industrial a la crisis de 1982*, t. 2, México DF, Fondo Editorial Nuevo León, 2007, p. 228.

¹³³ Carlos Alba, “Tres regiones de México ante la globalización: los casos de Chihuahua, Nuevo León y Jalisco” en Carlos Alba *et al.* (eds.), *Las regiones ante la globalización: competitividad territorial y recomposición sociopolítica*, México DF, El Colegio de México, 1998, pp. 189-261.

se llevaron consigo los ahorros en el banco. En las familias en las que todavía vivían hombres, la crisis se sobrevoló con más ligereza.

Lo que definió su futuro fue una decisión premeditada que la Empresa dejó en manos de los trabajadores: debían elegir entre conservar sus prestaciones después de la jubilación (la Clínica-Hospital, los parques recreativos, los cursos, el subsidio al que tenían derecho sus hijos en los colegios y en el Tec de Monterrey o para estudiar la universidad), o aceptar una cantidad fija de dinero, de una sola emisión, que recibirían al dejar la Empresa. Los hombres que optaron por la segunda opción contemplaron, impotentes, cómo el dinero desaparecía tras las devaluaciones. Sus familias perdieron el acceso a los clubes sociales, Nova o SCYF. Los niños protestaron cuando sus padres los transfirieron a escuelas públicas, como las primarias Pablo Livas y Francisco Bocanegra, porque resultaba imposible pagar la colegiatura completa de CECAC.¹³⁴ Al verse cobijados por las prestaciones de la Empresa durante tantos años, los niños habían asumido que con facilidad podían estudiar, comer, ir al médico, jugar, ejercitarse, tener juguetes y horas de ocio en el recreativo. El rudo desplante de los servicios evidenció, por primera vez, la verdadera falta de poder adquisitivo de sus familias.

La segunda generación me cuenta su vida en la escuela pública como una pesadilla. Se habían acostumbrado a la disciplina de los colegios: extrañaron las clases, los exámenes, la pulcritud de las anotaciones —por lo menos cuatro mujeres recordaron la combinación de lápiz, pluma negra y pluma roja que exigían las religiosas en las libretas—, la educación católica, el personal

¹³⁴ En una notable excepción, Rubén me contó que sus padres decidieron inscribirlo en la escuela pública para que conviviera con niñas. “Yo estuve [en La Salle] hasta tercero de primaria y luego mis papás me cambiaron a la Pablo Livas, en la Anáhuac. Mis papás no creían que fuera bueno que estuviéramos con puro niño. Eventualmente teníamos que interactuar con niñas, ¿no? Y en La Salle no había esa posibilidad. Tampoco convivíamos con las niñas del Isabel la Católica. Sabíamos de las niñas que vivían en la cuadra y que estaban en los colegios. O de las niñas más bonitas de otra cuadra u otro sector. Donde confluíamos era en los grupos de la parroquia o en los centros recreativos, pero en general no nos hablábamos”.

seglar que seguía su aprendizaje de cerca, con esmero, cariño y dedicación. Los hombres recordaron que en La Salle había un sistema de medallas: tenían que acumular vales a cambio de puntos y después los premiaban en asambleas, donde sus maestras prendían botones dorados en sus chalecos. A ambos les inquietó subir al transporte colectivo, salir al mundo y convivir con gente de fuera. Ese grupo se distanció de una parte de la convivencia infantil en la Colonia, hizo migas con sus compañeros de la escuela pública y abandonó los juegos de la cuadra.

Entre el 16 y el 17 de septiembre de 1988, el huracán Gilberto desbordó el río Santa Catarina. Murieron más de 400 personas. Hubo 20 mil damnificados y un número desconocido de desaparecidos. Hasta hoy, las cifras oficiales de muertos y desaparecidos son motivo de controversia. En San Nicolás, el huracán provocó fuertes lluvias e inundaciones; se convertiría en la primera referencia de un desastre natural para los colonos. Las mujeres, acostumbradas a los diluvios y deslaves de los ranchos en las inmediaciones de las montañas, cerraron las ventanas y cubrieron los espejos de sus casas con sábanas por superstición.

El otro lado

Monterrey no tiene la reputación de Tijuana como polo cultural ni espacio fronterizo. Para un chilango, para un tapatío, para un veracruzano, en Monterrey la gente es sampetrina¹³⁵ o comparte características con los residentes de Mederos, Contry, Lagos del Bosque, o Cumbres, quienes viven en las faldas del cerro de las Mitras, lejos de la urbe estruendosa. Ellos piensan que en Monterrey se habla inglés, pocho¹³⁶ o fresa; que los regios son blancos, intercambian palabras en español por otras en inglés, con habilidad, desde la adolescencia (“¿Vas a la party?”) y que los jóvenes estudian en el Tec.

Aunque los estereotipos son generalizaciones engañosas, es indudable que “los nortños” y los regios, en particular, están

¹³⁵ Gentilicio de San Pedro Garza García.

¹³⁶ “Pochos: adj. Dícese del mexicano que viviendo en los Estados Unidos no se asimila completamente a la sociedad estadounidense, porque no se olvida su cultura natal; es el desarraigado; también se le llama chicano”.

expuestos al magnetismo estadounidense. Quienes no hablan inglés, por ejemplo, han incorporado en el lenguaje cotidiano anglicismos¹³⁷ como “troca”¹³⁸ y “queque”. La dieta se rige por una fusión de carnes, harinas y salsas. En las piñatas infantiles se sirve el *chilidog*, un pan blanco con forma de submarino, relleno de un guiso de frijoles y salchicha aderezado con catsup. La cadena de supermercados tejana H-E-B, que abrió sus puertas en 1997, goza de preferencia por su marca de productos económica. Desde 1994, la firma del TLCAN garantizó el acceso a los productos estadounidenses y dinamitó el consumo.

Durante los primeros años de 2000, entre los panfletos publicitarios que se arrojaban a las casas de la Cuauhtémoc comenzaron a colarse catálogos de la cadena de juguetes Toys ‘r’ Us. La juguetería nunca abrió sucursales en México; sin embargo, en el área metropolitana de Monterrey la tienda anunciaba novedades, promociones y rebajas navideñas. Era un guiño rápido a los regios. Durante Semana Santa, el *Black Friday*, los puentes y los fines de semana decembrinos, en la carretera hacia Laredo se formaban serpientes de carros bajo el sol fulgurante. El trayecto de dos horas y media terminaba en la frontera de Texas. “Ir a McAllen” o “ir a Laredo” significaba pasar dos días de *shopping*, surtirse de ropa o aparatos electrónicos como celulares, televisiones, consolas de videojuegos y audífonos, que podían obtenerse a precios más módicos que en la ciudad.

Las visitas breves a Estados Unidos, cuyo principal y único objetivo es el consumo, son un síntoma del distintivo poder

¹³⁷ Pero ¿qué mexicano puede eludir anglicismos, galicismos o elementos extranjeros en su vocabulario del día a día? Como señaló Antonio Alatorre, hasta los escritores más “mexicanos”, Octavio Paz y Jorge Ibargüengoitia, incorporan palabras que reprochan “el castecismo”. “Si los mexicanos, por decisión democrática, llegáramos a declarar inadmisibles que existan lugares mexicanos llamados Burger Boy y que jóvenes mexicanos llamados Betty y Danny coman allí hot-dogs y beban seven-up y coca-cola, donde tendríamos que intervenir no sería ciertamente en la lengua, sino en la realidad de la cual es espejo la lengua”, escribió Alatorre. Véase “En torno al concepto de literatura nacional” en *Ensayos sobre crítica literaria*, México DF, El Colegio de México, 2012, pp. 187-189.

¹³⁸ “Troca: f. (Del inglés *truck*) Camión con caja abierta, para transportar artículos o materiales”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 292. “Queque: m. (Del inglés *cake*) Pan de huevos y mantequilla”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 249.

adquisitivo de las nuevas generaciones de la colonia Cuauhtémoc. Fueron los colonos de la segunda generación quienes sacaron su pasaporte y su visa; unos llevaron a sus padres a conocer “el otro lado”. Pero cuando la primera generación comenzó a morir, otros vecinos decidieron vender la casa familiar y “hacer su vida” en Estados Unidos. Quienes migraron atravesaron la frontera con visa de turistas, como si fueran de compras, y no volvieron. No escuché ninguna historia de vecinos que hubieran cruzado ilegalmente, con ayuda de coyotes o polleros.

¿Por qué se van? La decisión voluntaria de dejar la Colonia, la ciudad y el país contrasta drásticamente con los testimonios de quienes añoran regresar, revivir sus recuerdos y morir allí, como me dijo Matías. Hay amplia distancia entre el apego de unos y otros. La gente migra en respuesta a la promesa de mejores condiciones de vida, mejores salarios y cierta educación para sus hijos. Migra porque los ahorros no le alcanzan y necesita seguir percibiendo dinero: no todos tienen la posibilidad de jubilarse y vivir de su pensión.

Cuando los vecinos hacen la comparación, la colonia Cuauhtémoc y cualquier ciudad tejana no se contraponen como *los hogares* —el actual y el futuro—; se sopesa, más bien, la antítesis México-Estados Unidos y lo que ofrece cada proyección de esos países. Las nuevas generaciones creen que el otro lado ofrece “seguridad”, “buenos salarios” y “un futuro estable”. Dólares. La familia de Germán se mudó en 1987. El señor se había jubilado ese mismo año. Toda la familia buscó trabajo: fueron meseros o mozos, limpiaron locales y lavaron losa. En Texas sus hijos conocieron a sus parejas y allí nacieron los nietos. La familia de Ramona se mudó a San Antonio en 2001, cuando la Empresa liquidó a su esposo. Tenían ya conocidos en Estados Unidos y eso amortiguó el cambio, pues al principio no pagaron renta. En Monterrey sus hijos habían aprendido inglés para aspirar a “buenos trabajos”.

También sucede que los hijos migran y años después los alcanzan sus padres para envejecer con ellos. Fue lo que pasó en 2015 con don Rogelio, el comerciante que vendía tostadas en

Titán. Al enterarse de que se iría, los vecinos se lamentaron: “¡Se van *las tostadas!*”. O hay quien se muda brevemente para ahorrar en dólares. Gilberto, el novio de una vecina del tercer sector, se fue por un año para trabajar, ahorró, volvió, se casó con Margarita y compró una casa de contado en San Nicolás.

En el imaginario colectivo, vender la casa propia o irse a Estados Unidos pertenecen a la misma categoría que fallecer. Las tres acciones involucran la ausencia de un vecino que vivió largo tiempo en la Cuauhtémoc y ya no está. Los vecinos que se fueron son un ejemplo de cómo ha cambiado la Colonia: los que se quedan afirman “Ya no está la gente que me vio crecer” porque murió o se mudó. Andrés, un vecino de la segunda generación que dejó la Colonia en la adolescencia, recordó las primeras décadas de la Colonia y, al tiempo, lamentó su contraste con el presente: “Créeme que me da mucha nostalgia porque una vez fui, una sola vez, después de que me mudé. Mi padrino [el dueño de la casa en la que vivió] ya falleció. La mayoría de los muchachos no están ahí, unos están en San Antonio, otros en Houston. Mis grandes amigos. Mucha raza ya no está ahí”.

El nuevo siglo

Hylsa cumplió medio siglo en 1993. La antigüedad de la Empresa implicó el envejecimiento de sus trabajadores. En SCYF y en Nova se organizaban festejos para reconocer a los hombres que cumplían décadas trabajando en la Empresa.

Desde entonces, la Empresa diseñó actividades para los trabajadores cercanos a la jubilación. Los convivios de jubilados fueron un atractivo más de las sociedades, que reajustaron su abanico de actividades ante el veloz cambio demográfico de su comunidad. La posibilidad de mantener una vida social después del periodo productivo ilusionó a los obreros. Así se popularizaron los viajes en grupo dentro del país, los juegos de tenis, las meriendas y las cenas en los recreativos.

La vejez alcanzaba a la primera generación. Las vecinas de la Colonia se reunían una vez a la semana para jugar lotería. Las responsabilidades y el cuidado de los hijos, ya mayores, se habían

relajado y ellas disfrutaban de más tiempo libre. Los juegos de azar eran ilegales en Nuevo León. La policía solía irrumpir en los salones clandestinos más famosos y arrestar a los jugadores. Ocasionalmente, las vecinas mencionaban las redadas y proseguían risueñas con el juego, a sabiendas de que su actividad no era de interés para nadie.

San Nicolás de los Garza escaló lugares en las listas sobre desarrollo. En informes del INEGI de 1990, el municipio encabezó los porcentajes de viviendas particulares con sanitarios exclusivos, agua entubada y potable, drenaje y energía eléctrica. El municipio superó en todas las categorías al resto del área metropolitana, incluso a San Pedro, el hogar predilecto de ejecutivos y políticos.

“Muy divertido el torneo de papalotes Nova ’97”, reza el encabezado de un ejemplar de *Ser Nova* que encuentro en los cajones del archivo. En la portada, un hombre rubio en cuclillas muestra un papalote con el entrecejo fruncido por la luz. Su esposa abraza dos niños pequeños por el torso. “Fue un evento familiar lleno de emoción y compañerismo”, asegura el pie de foto. El licenciado Pablo Longoria, presidente del Consejo Nova, y Juan Manuel Leal, de la Comisión de Deportes de Hylsa, fueron miembros del jurado. En letras pequeñas se anuncian los resultados del “Torneo Interempresas de Futbolito”, en el que compitieron trabajadores de Hylsa, Grafo Regia y Empaques de Cartón Titán.

Los boletines *Trabajo y Ahorro*, *El Abanderado* y *Ser Nova* mantenían el discurso original de las publicaciones. Por un lado, aplaudían el trabajo y el ahorro y reforzaban la fe en la movilidad social de los trabajadores de la Empresa. Por el otro, alentaban la unidad familiar y los valores católicos. La “sana convivencia” consistía en el deporte, la religión y las conversaciones mediadas por alimentos, no bebidas alcohólicas, al aire libre. En apariencia, la cultura del trabajo era todavía el eje alrededor del que se ordenaba la vida social.

Según el censo de 2000 del INEGI, la industria en San Nicolás se agrupó ese año en dos rubros: la pesada o siderúrgica, que basaba su desarrollo en el acero y el carbón; y la industria ligera

como la textil, la curtiduría, la fabricación de vidrio, cemento, hule y papel, la química y la alimentaria. Se confirmó el liderazgo del municipio en los servicios esenciales, en la escolaridad y las oportunidades laborales. San Nicolás, como Monterrey, Guadalupe y San Pedro, concentraba una proporción importante de la población de la tercera edad de Nuevo León.

Los vecinos de la Cuauhtémoc construyeron segundos pisos y habitaciones. El peatón entonces observaba dos tipos de casa: unas con protectores en las ventanas, lámparas, piedra caliza, porches enjorados con mosaico rojo y las intactas casitas japonesas. Los barrotes, las rejas y la novedosa práctica de cerrar el zaguán y utilizarlo, al fin, como cochera, achicaron las calles y transformaron la experiencia de caminar la Colonia. La disparidad se acentuó. La Cuauhtémoc ya no era el terreno amplio y vacío que había ahuyentado a los trabajadores de Cervecería en 1957.

Las familias compartieron preocupaciones por el nuevo siglo. Sin embargo, la victoria de Vicente Fox pasó desapercibida o se comentó superficialmente: “Era un hombre de bigote, del PAN, ya no era uno del PRI”, me dijo Ramiro con simpleza. Fue vano mi esfuerzo por añadir preguntas que enlazaran la historia de la Cuauhtémoc con la política nacional: los partidos, los presidentes, las disputas por el poder no eran de interés. Para la mayoría de los vecinos, la política es un asunto lejano, aburrido o tedioso en contraste con la urgencia del trabajo. Sólo “los universitarios” o “los ociosos” acostumbran charlar sobre esos temas. Y en la Cuauhtémoc no abundaban ni unos ni otros.

Las noticias que llamaban su atención eran locales. La relación entre la Empresa y el Estado era invisible al ojo de los vecinos, pero sus efectos adversos eran tangibles en los anuncios laborales, los cambios en la estructura orgánica, los ascensos y los despidos. Según la percepción de los vecinos, el presidente Fox era insignificante a comparación de la ambigua figura de la Empresa, que tenía el poder absoluto para asegurar o tambalear destinos.

La ajetreada vida parroquial disminuyó su ritmo debido a que los jóvenes de la Colonia se habían casado y enfrentaban nuevas obligaciones. Influyeron también las muertes del padre

Galván, el padre Vega y el padre Reyes, quienes afianzaron su lugar en la tradición oral de la Cuauhtémoc. En el apogeo del templo, los sacerdotes habían animado a los jóvenes a participar en actividades cívicas o religiosas; entablaron relaciones íntimas y afectuosas con los vecinos. Me cuentan: el padre Galván tenía una voz potente que despertaba a los somnolientos en las misas; el padre Reyes andaba en patines por la Colonia y provocaba carcajadas de asombro. “Se bajaban a nuestro nivel y así nos hablaban, no desde una posición de autoridad”, me dijo una vecina con visible anhelo. Recuerdan a los sacerdotes como personajes francos, amables, amistosos. Con ellos concluyó la vibrante vida social religiosa.

Los vecinos rezaban antes de dormir. Los más devotos oraban también a las doce en punto, la hora del Ángelus, cuando repiqueteaban las campanas de la iglesia a modo de aviso, y daban las gracias antes de sus tres comidas. Las vecinas leían la biblia en las mecedoras de sus porches. Por estos años arrancó la tradición de turnarse una imagen religiosa de San José Obrero: el santo llegaba a una casa, lo guardaban en trasteros o repisas por varios días y lo pasaban a manos del vecino. La costumbre fortaleció los lazos de cuadras enteras de la Cuauhtémoc y procuró su interacción regular. En 1990, el papa Juan Pablo II visitó Monterrey en su segunda visita apostólica. En la Colonia se paralizaron las clases y las faenas domésticas y los vecinos visitaron el centro de la ciudad para verlo. La devoción persistía.

Las Misioneras Clarisas repararon en los cambios que atravesaba la Colonia; consideraron que era su deber, como educadoras y líderes morales, revertir la tendencia hacia “el aislamiento”, “la individualidad” y “el silencio”. Comprendieron que las espontáneas actividades colectivas no volverían, así que decidieron reglamentarlas. Desde 1996, las Misioneras organizan eventos dentro y fuera de los colegios que suspenden el orden cotidiano de la Cuauhtémoc. Con la excusa de celebrar el día del padre o de las madres, la carrera familiar, la feria del libro o las posadas, las Misioneras revitalizan “el movimiento” de la Colonia.

En 2000 se entregó por primera vez un anuario del año escolar. El año siguiente las Misioneras crearon la Escuela de Padres de Familia para formar a los padres en temas de religión, sexualidad, pareja y terapia y llenaron, otra vez, el vacío que había dejado la vida parroquial. Claudia, una vecina cuya hija estudia en los colegios, me dijo:

C. En este tiempo que vivimos los padres pasan muy poco tiempo con sus hijos, y ellas [las religiosas] hacen actividades para involucrar a la familia. Para muchos padres eso es gorro,¹³⁹ pero ellas lo hacen para que convivas.

P. ¿Cuándo usted estudiaba era igual?

C. No. Yo creo que ahora, por la situación que ven las hermanas... hay niños solitarios y deprimidos. Ya hasta tienen psicólogos. Antes la mamá casi siempre estaba en casa, ahora muchas trabajan. Entonces los niños se crían con abuelos o en estancias infantiles. Todo cambia, ¿no? Y el objetivo de las actividades es involucrar a los padres. No quiere decir que ellas estén *friegue y friegue* [risas]. A mí me gusta mucho el concepto. Por ejemplo, el día del padre, él tiene que ir. A ti no te dejan entrar. Y el papá convive, aunque sea ese día, con su hijo. Para mí es un excelente colegio.

En 2003, por requisito de la Secretaría de Educación (y ante “la necesidad moderna”), los colegios se volvieron mixtos. La educación sexuada se había modificado con el paso de los años: las niñas ya no aprendían a cocinar ni a coser; los niños tomaban clase con maestras seglares, ya no había hermanos lasallistas en la Colonia. Pero el modelo de las escuelas todavía era distinto y, con el tiempo, el colegio Isabel la Católica absorbería un porcentaje considerable de los alumnos de La Salle. La buena reputación de las religiosas como educadoras y figuras de autoridad predominó sobre el otro colegio que, aunque no era seglar, no ofrecía la

¹³⁹ “Gorro: m. Molestia, enfado, calidad de cargante: ¡Qué gorro! Todavía me falta surtir la despensa”. Véase R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 149.

misma carga académica ni evangelizadora. Mientras que en La Salle se desplomaron las cifras de alumnos matriculados, en Isabel la Católica diseñaron un proceso de admisión más riguroso, con exámenes de ubicación y entrevistas, para seleccionar a sus nuevos estudiantes.

Los extranjeros

Un miércoles de 1996, los obreros de la planta Largos Norte de Hylsa llegaron a la fábrica para iniciar el turno matutino y encontraron a los superiores negándoles el paso. Entre evasivas, miradas y órdenes ambiguas, los directivos les ordenaron que regresaran el viernes de esa semana en horarios distintos. Comenzó la sospecha. Ese día los jefes dieron dos opciones: aceptar un nuevo contrato o recibir el cheque de liquidación. Quienes firmaron el contrato descubrieron que habían perdido prestaciones, los habían cambiado de “categoría” (quien antes fuera “Técnico A”, ahora era “Operador C”) y que habían desaparecido los incentivos económicos para trabajar días feriados. Preocupados, los trabajadores comprendieron que perderían el servicio médico de Nova después de la jubilación. El rumor corrió como pólvora: había una crisis y la Empresa, para “alivianarse”, había recortado las prestaciones y los salarios de los obreros. “Pero a los empleados no les bajaron nada, ellos siguieron con lo mismo”, me dijo Jacinto.

Eran años de incertidumbre, rumores, enfado. En 2000, en la misma planta, un grupo de hombres propuso levantar firmas: habían escuchado que ese año no habría reparto de utilidades. Ingresaron al patio donde sus compañeros procesaban chatarra montados en grúas y les gritaron que bajaran, era hora de parar. Los operadores se negaron. Los directivos corrieron a cinco trabajadores que alarmaban a los demás diciendo que la Empresa se vendería. En 2007, el grupo italo-argentino Techint compró Hylsa.

El modelo organizacional atravesó espasmos disimulados. Con la combinación gigante de Hylsa, IMSA y la propia empresa argentina, Siderar, el grupo extranjero refundó la empresa con el

nombre de Ternium en 2005. Ese año, antes de que hubiera un anuncio oficial, los trabajadores recuerdan que los jefes les dieron una buena noticia: habría utilidades como nunca antes. También les dijeron que “aprovecharan mucho, porque luego no tendrían dinero”. La compra simbolizó el fin de un esquema unitario, claro y transparente. Los trabajadores de FEMSA y Alfa, que habían permanecido juntos después de la división del Grupo Monterrey, ya con sus sociedades, ya con una afectuosa percepción de la historia compartida, resintieron el corte. Ahora la separación era inminente.

En Ternium, el trabajo y los accidentes se gestaban de una manera distinta. Los empleados que vivieron el cambio de administración concluyen, a favor de la primera, que la segunda no era *tan humana*, aunque las medidas de seguridad eran más rigurosas. Como me explicó Jacinto:

P. ¿Qué tan común es que haya accidentes?

J. Fíjate que últimamente está más controlado. Antes sí había más accidentes. No hemos tenido accidentes fatales. La Empresa, a pesar de ser de alto riesgo... no he sabido de un accidente grave, no.

P. ¿Se le ocurre algún ejemplo de accidente grave?

J. En lo que yo he estado ahí, ha habido cuatro o cinco muertos. A un chavo que entró con nosotros, muy jovencito, le cayó un gancho. Las grúas miden 35 metros, ¿no? El operador subió el gancho, no lo limitó, siguió subiendo el cable. Le cayó en la cabeza al chavo y se mató. 200 kilos pesan los ganchos. Otro se electrocutó. Otro se quemó, le cayó un baño de acero. En lugar de conectar un gas inerte, conectó el aire, que trae humedad. Se creó una burbuja y le cayó el acero.

P. ¿Y con Ternium qué cambió?

J. Son más exigentes. Andan en corto los jefes y los directivos. Son más duros en cuanto a seguridad y procesos,

calidad. Cada cierto tiempo anuncian que habrá revisión de los certificados de calidad y todo eso. El clima laboral es otro. Ya no permiten que andes sin uniforme o sin tu equipo de protección personal. No es tan permisible como Hylsa. Hay más tensión. Si cometes un error te castigan, te mandan la normativa; y si cometes varios en un año, te tachan. O sea, en la próxima oportunidad te liquidan.

P. Si un trabajador se accidenta, ¿su primera preocupación es que lo despidan?

J. Exactamente. También corren a la gente problemática.

P. ¿Qué tipo de persona es problemática?

J. Es gente que no cuida su trabajo, que abandona el área sin que llegue su relevo, que falta o llega tarde. O que no coopera cuando le piden que cubra tiempo extra.

Los nuevos directivos de Ternium compraron Nova y, durante los primeros años, mantuvieron las mismas prestaciones. En el recreativo deambulaban argentinos altos y trajeados; andaban aprisa.¹⁴⁰ Visitaban el gimnasio, el teatro, el Bosque. Su apariencia pulcra y cuidadosa era suficiente para que los observadores concluyeran con rapidez que se trataba de ejecutivos o altos mandos. Al identificar, correctamente, la categoría de los extranjeros, las personas a su alrededor se incomodaban o los miraban con curiosidad. El personal del recreativo, nervioso, se tornaba más solícito y los atendía con atención especial. Alfonso, un antiguo vigilante del recreativo que trabajó allí durante más de una década, me explicó: “A nosotros nos enseñaron a tratar al *socio* como persona, nos dieron capacitación. A todos había que tratarlos bien: cliente, socio, invitado o enfermo. Y si era extranjero, con más razón, tenías que atenderlo mejor”. La presencia extranjera no es descartable ni menor, menos para una empresa que se había fundado con el nombre de un tlatoani.

¹⁴⁰ En enero de 2010, la Cervecería Cuauhtémoc Moctezuma fue intercambiada por 20% de las acciones del grupo holandés Heineken. La influencia extranjera en la Empresa ya era imparable.

Ramiro, quien es ingeniero metalúrgico y empleado en Hylsa desde 1993, me describió las nuevas relaciones laborales con los extranjeros como unas más tensas, menos flexibles.

R. Hylsa era una empresa local. Andaban con nosotros los primos y los sobrinos de los fundadores, de los accionistas; recuerdo un Garza Lagüera en Guerrero. Había cierta presión por la producción, pero a la vez había mucha tolerancia hacia la gente y al personal. También había oportunidad de meter a tus familiares; yo conocí núcleos enteros de familias de tres o cuatro miembros. Con Ternium llegó otra gente. Lo veíamos como una sombra que nos habían impuesto, tú no sabes [risas, luego con seriedad]; y vinieron de Venezuela, Argentina, Brasil, hasta unos italianos. Luego luego¹⁴¹ empezó la presión.

P. ¿Y qué pasó con las actividades y las prestaciones?

R. Cambió todo. Nosotros, tu papá y yo,¹⁴² somos de los últimos. Disminuyó el apoyo. Se mantiene la salud, pero en el apoyo escolar y deportes, nada. Nova antes tenía muchos deportes, el club Rayados, el sóftbol y el béisbol. Se acabó. Los nuevos compañeros que ingresan no tienen apoyos.

La familiaridad que los trabajadores disfrutaban con los altos mandos había sido característica de lo que Snodgrass llamó “el paternalismo personalizado” de Cervecería.¹⁴³ Si el acercamiento fue parte de una estrategia más amplia, establecida desde inicios del siglo XX, con objetivos concretos como prevenir revueltas y desalentar la organización obrera, con el tiempo aquellas prácticas se complejizaron y cambiaron de significado. Pues las

¹⁴¹ “Luego luego: adv. Inmediatamente, enseguida”. *Diccionario de mexicanismos de la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Siglo XXI Editores, 2010.

¹⁴² Mi padre es técnico-electricista en Hylsa desde 1992. Ramiro y los trabajadores que entrevisté me reconocen como su hija.

¹⁴³ Snodgrass registró algo similar a lo que me contó Ramiro durante la década de 1920. En su libro describió las visitas de los administradores de la Empresa a las fábricas, y cómo aquellas animaban a los trabajadores y reforzaban su sensación de familiaridad con los jefes. Es interesante notar que las prácticas y las percepciones derivadas de ellas persistieron durante tanto tiempo. Véase: M. Snodgrass, *op. cit.*, p. 74.

nuevas generaciones de altos mandos entraron en una dinámica amistosa, acaso verdadera, con los empleados.¹⁴⁴

Me resisto a pensar las interacciones de hoy con base en el manejo empresarial del siglo pasado. También es una trampa concebir al empleador como el sujeto que es siempre racional, frío y calculador. Para las personas de la Cuauhtémoc aquel lente es inútil, no dice nada sobre sus experiencias ni sobre sus vidas. Manolo, un hombre de la segunda generación que consiguió trabajo en Hylsa a inicios de la década de 1970, recuerda que su padre no quería que trabajara en la Empresa sino que deseaba que se convirtiera en profesionista:

Yo quería entrar a Hylsa porque a papá le reconocieron [su trabajo]. *Mucha tierra mucho polvo.*¹⁴⁵ Yo me aferraba a entrar a Hylsa y entré como en el 72; luego me movieron a otro tipo de trabajo *más liviano*. Pero el 15 de noviembre de 1963 *empecé de obrero* en Hylsa división Tubería. Para papá era pesado. [Pausa emotiva] Él quería que yo tomara un trabajo de oficina o de medio tiempo, pero yo ya estaba desesperado, estaba cerrada la contratación, no hallaba por dónde. Papá quería que yo estudiara la carrera comercial.

La aspiración del padre de Manolo deja entrever el gradual cambio de expectativas sobre el trabajo masculino. Los hombres de la segunda generación no estaban “condenados” a trabajar en las plantas de Hylsa ni debían soportar el calor, la tierra y el polvo que sus padres conocieron durante décadas. Padres como el de Manolo no querían heredar el puesto: creían en alternativas laborales más “livianas”, en otro “ascenso social”.

¹⁴⁴ Snodgrass argumentó que la actitud de los trabajadores cambió con el tiempo: si antes habían participado en SCYF por miedo al desempleo, cohibidos por la amenaza de los superiores, después brotó en ellos una lealtad genuina hacia la Empresa.

¹⁴⁵ Con la atrapante oración “Mucha tierra mucho polvo” Manolo resumió los argumentos de su padre para que él no hiciera el mismo tipo de trabajo. Los trabajadores utilizan esas dos palabras, una y otra vez, para describir su ambiente de trabajo. *Tierra y polvo* es una manera rápida de identificar a los obreros que laboran en las fábricas más intensas de la Empresa: Hylsa.

Bajo el discurso y la imagen de la Empresa bullía una transformación lenta y decidida. En 2008 se vendió el terreno del Centro Cívico, sobre avenida Del Bosque. Había sido parte de los primeros planos de la Colonia. Allí, donde cada año se atestaba de juegos mecánicos para celebrar las fiestas patronales y se extendía el patrimonio de la iglesia, se construyó una privada residencial. La manzana de sesenta casas se cerró al público y en la entrada se instaló una caseta de vigilancia con vidrios polarizados. Por lo menos tres vecinos me dijeron que la habían construido *para* los argentinos y venezolanos, nuevos ejecutivos de Ternium, que llegarían a Monterrey a supervisar las actividades en las fábricas. Todavía hoy algunas personas sostienen esta versión, aunque, como me dijo un vecino de la privada y corroboré con el municipio, las tierras pertenecen a Grupo Industrial Monterrey.

A pesar de que los rumores del papel de la Empresa en la construcción de la cerrada eran falsos, es inevitable pensar cómo se originaron, por qué para los colonos era una conclusión razonable y lógica. Importó la coincidencia temporal. El promedio de edad de los habitantes de Viejo Anáhuac es mucho más joven que el de la población de la Cuauhtémoc; y si bien la Empresa no estuvo involucrada, directamente, en la construcción de las casas, quienes compraron terrenos en la privada sí eran empleados de Grupo Alfa con ingresos relevantes (los suficientes para poder pagar una casa sin asistencia). La privada era conveniente por su cercanía a Nova y los colegios. Otros compradores son hijos de la primera generación, quienes eligieron el lugar sólo para estar cerca de sus padres o simplemente porque no deseaban irse. En menor medida, llegó gente sin relación con la Colonia o la Empresa: el atractivo de la Cuauhtémoc como una zona tranquila, alejada, arbolada y segura, permanecía. “Por allí hay un abogado, un juez federal. Le gustó el punto y se mudó para acá”, observó José, un vecino de Viejo Anáhuac.

El acceso a Nova por avenida Ojo de Agua cerró. Una reja negra obstaculizó el paso de los habitantes del tercer sector, quienes ahora tenían que rodear avenida Titán, caminar a lo largo de avenida Del Bosque e ingresar por el estacionamiento del deportivo. “¡Ya

nos cerraron las puertas!” exclamaron los vecinos con enojo. La decisión de la Sociedad indignó sobre todo a los adultos mayores, que utilizaban el acceso como una vía rápida para ir a la Clínica, pues para ellos “dar toda la vuelta” a la Colonia no era cualquier cosa. Las puertas cerradas fueron una lúgubre indicación de que la Sociedad se había puesto a la defensiva: los directivos hablaron de inseguridad y, en consecuencia, de la necesaria vigilancia. Cerrar el acceso con el argumento de la inseguridad implicaba un montón de cosas: ¿Cómo se relaciona la seguridad con el espacio público? ¿Qué sucede cuando levantamos muros, rejas, puertas? ¿De quién nos protegemos? En el siguiente capítulo describiré la situación con más detenimiento.

Serenatas

En la Cuauhtémoc del siglo XX un sinfín de melodías irrumpía por las ventanas de los vecinos. Animales salvajes y de granja, misas, servicios y pregones eran igualmente característicos de la voz de la vida cotidiana. Las palomas se habían convertido en una plaga y a su tímido gorjeo se unían los agudos graznidos de las urracas. Al alba los gallos cacareaban. A las seis de la mañana, el camión de la basura despertaba a los niños con su estruendosa campanita: era hora de alistarse para la escuela. Tres veces al día repiqueteaban las campanas para ir a misa: quince, diez y cinco minutos antes de la celebración, nueve veces en total; anunciaban el inicio de la mañana, la tarde y la noche; por tanto, organizaban las actividades de la población.¹⁴⁶

A las nueve en punto, el repartidor de *El Norte* pasaba a toda velocidad en su bici zarrapastrosa. El muchacho aventaba rollos de periódico y gritaba “¡Eeeeeee!” A las diez era el turno del señor de

¹⁴⁶ “Cada hora de cada día las campanas recordaban a los habitantes de ciudades y pueblos occidentales que la armonía musical reordenaba el ruido del mundo, y que, mediante sus acompañados repiques, Dios la devolvía periódicamente a la humanidad. En este sentido, la Iglesia era la necesaria intermediaria entre la omnipresencia divina y los mortales, ya que sacralizaba cada segmento del día y organizaba la vida cotidiana de los feligreses”. Rosalva Loreto López, “Campanas, esquilonos y esquilitas. El espacio y el orden de la sonoridad conventual en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *Espacios en la historia: Invención y transformación de los espacios sociales*, México DF, El Colegio de México, 2014, pp. 75-97.

las tortillas, que transitaba con música de Tin-Tan en su bocina. A mediodía, el toque del Ángelus interrumpía las clases de los colegios y los alumnos se ponían de pie para cantar adormecidos. Las tardes eran silenciosas. A las cuatro, la iglesia reproducía adicionalmente el himno de la alegría o la canción que se le antojase al sacerdote; la música sonaba con claridad en toda la Colonia. Las vecinas cultivaban en el jardín y sus nietos las acompañaban; se ponían en cuclillas y observaban las cochinillas y lombrices que surgían de la tierra húmeda. Barrían las hojas que soltaban los fresnos en la banqueta y extendían la cortesía al porche del vecino. Era adecuado saludar con un “¡Adiós!” cuando uno pasaba frente a la casa ajena. Antes de las seis sonaba el último aviso para ir a misa. A las nueve se apagaban las luces y se cerraban las cortinas.

Años después de la construcción de Viejo Anáhuac, en avenida Nogalar Norte se vendió un terreno que se convertiría en una torre de departamentos. En avenida Del Bosque, a setecientos metros de Viejo Anáhuac, Ancestra fundó otra pequeña cerrada. En avenida De la Juventud, del otro lado del cuadrilátero, detrás de los campos deportivos de Nova, el megaproyecto La Proeza se apropió de más de 23 mil metros cuadrados de tierra. Concluida la construcción, en las tres torres de veinte niveles habría 360 departamentos. La subasta de pisos, cuyos precios oscilan entre los tres y los seis millones de pesos, comenzó a finales de 2020. En La Proeza hay espacios infantiles, áreas comerciales, gimnasios, alberca, asadores, auditorios al aire libre y jardines de esparcimiento. Su página de internet argumenta que las torres ofrecerán “hogares seguros” a los regiomontanos y que su diseño “honra la historia municipal”, pues los diseñadores apostaron por materiales “representativos” de la región: ladrillo, piedra y acero. “Hemos pensado en las tradiciones nicolaítas para diseñar una experiencia de vida que reúne, en un solo lugar, todo lo que nos define y nos identifica. Una verdadera comunidad”. Los vecinos miran hacia las torres y objetan, dicen que *ahora sí* la Colonia se llenará de carros, ruido y alboroto.

4

BUENAS VECINAS

¡TALÁN, TALÁN! ¡TALÁN, TALÁN! La esbelta silueta femenina avanza sola por las penumbras y blande una campana metálica con fuerza. ¡*Talán, talán!* La luz mercurial ilumina débilmente el altavoz que alza en la mano opuesta. La mujer grita en la boquilla del aparato: “¡Viva Cristo rey!”. Camionetas pickup con globos blancos en el cofre aparecen en la esquina. Un estéreo reproduce música cristiana. Las camionetas avanzan a vuelta de rueda. En el tercer vehículo se vislumbra al joven padre Bernardo Limón, ataviado con las vestiduras santas, sentado en la caja; sostiene el Santísimo Sacramento con precaución. El sacerdote observa cada casa, atento al rumor de las cortinas y las luces que se encienden en el interior, por si algún vecino se anima a salir y recibir la bendición. Las familias se congregan en el porche para ver el desfile. Más camionetas cierran la caravana.

Desde junio de 2020, cuatro meses después de que iniciara la cuarentena por coronavirus, la iglesia San José Obrero organizó recorridos nocturnos del Santísimo Sacramento. La actividad se había popularizado en todo el país, especialmente en hospitales y en clínicas, donde sacerdotes y fieles rezaban por la pronta recuperación de los enfermos. En la Cuauhtémoc, el personal de la iglesia recorría las calles de noche, de siete a nueve y media, e invitaba a los vecinos a “celebrar la presencia de Jesús en la comunidad, recibir el consuelo y las bendiciones que Él derramará sobre nosotros”.

El 24 de diciembre de 2019, las Misioneras Clarisas deambularon por las calles de la Colonia con guitarras y panderos, cantaron villancicos y saludaron a los vecinos mayores. El concierto los desconcertó. Las religiosas habían desaparecido detrás de los muros del Convento; eran una visión común en la iglesia, los colegios y las banquetas, pero la comunión de otras décadas ya era anecdótica. “Ya casi no teníamos relación con los vecinos, entonces quisimos hacer algo así”, me explicó la hermana Lilia meses después del concierto callejero. En 2020 repitieron la actividad montadas en una camioneta, como el padre Limón, y los vecinos echaron porras desde sus porches.

Hasta ahora he tejido la historia de la Cuauhtémoc en términos de la tradición oral. La Empresa ha sido el telón de fondo de los grandes cambios en la vida de sus trabajadores, desde que obtuvieron la casa en una colonia con el nombre de Cervecería hasta el día de sus muertes. En este último apartado ahondo en la decadencia que describen los vecinos. Hay cambios naturales, como el envejecimiento y la muerte de la primera generación, que se viven como procesos lamentables y trágicos: la vejez, en apariencia ajena a la Empresa, se relaciona con los años mozos, la vida laboral y de actividad física. La percepción sobre la inseguridad es clave en la cotidianidad de la Colonia y ha suscitado nuevas formas de organización. Finalmente, la contaminación que causan las fábricas aledañas a la Cuauhtémoc ha acentuado el sentimiento de abandono en los vecinos, quienes se quejan de que nadie ha hecho nada por ellos (“ni la policía, ni Fuerza Civil, ni la Empresa”). Los vecinos son hábiles conversadores en estos temas y seguido cargan novedades de uno u otro.

Vecinos en alerta

La Cuauhtémoc pasa por una época lamentable. Poco importa si es verdad: eso dicen las personas. Ya no hay tranquilidad. Ya no hay seguridad. Ya no conoces a nadie. ¿Qué provocó esta novedosa, si no realidad, sí percepción?¹⁴⁷

¹⁴⁷ El Observatorio de Seguridad y Justicia de Consejo Nuevo León publica “Reportes de Incidencia Delictiva” desde 2020. Los reportes están desglosados por

El ejército mexicano comenzó a transitar las calles de Monterrey en 2010. Los convoys alteraron el panorama de las avenidas más concurridas de la ciudad. La sensación de inseguridad aumentó con abrumadora rapidez desde entonces, mas fueron los casos mediáticos los que asentaron el cambio en la percepción de la inseguridad: el incendio del Casino Royal en 2011 y el asesinato de Jorge y Javier, dos estudiantes de posgrado del Tec de Monterrey, en 2010. Después los regios recogieron un conjunto de reglas informales: el toque de queda; evitar las carreteras; en las calles nunca emparejar el carro con un convoy, no mirar fijamente a los soldados.

Ante la alarma generalizada, Nova limitó el acceso a las instalaciones del Centro Cívico. Los socios podían ingresar al deportivo, pero sus invitados externos ya no eran bienvenidos; las familias de los trabajadores debían presentarse con el trabajador para utilizar los campos, las albercas o las canchas a pesar de que ellos tenían su propia credencial. Se instalaron teléfonos de emergencia en la pista de corredores; los directivos anunciaron que el objetivo era movilizar personal médico en casos de infarto, mas lo corredores informaron que asaltaban en el parque y los teléfonos eran para reportar delitos. Los vigilantes del deportivo prestaron más atención a las fiestas en las palapas.

En 2010, una camioneta frenó en la esquina de avenida Famosa y Jazmín. Un grupo de hombres secuestró y asesinó al dueño del Cuauhcalli, el primer restaurante de Famosa. Escuché distintas versiones sobre el crimen. Que el cadáver apareció colgado de un puente. Que el culpable fue uno de los meseros, quien lo entregó a un cártel cuando se negó al cobro de piso. Que lo secuestraron junto con otra persona muy pudiente. Es incierto si el cadáver del restaurantero se exhibió como incontables más en Nuevo León; es incierto el motivo del crimen. Una vecina del primer sector, cuya

municipio y contemplan delitos como robo a casa habitación, homicidio doloso, secuestro, violencia sexual y trata de personas. Pueden consultarse en: <https://observatorio.conl.mx/documents/>. En los estados donde hubo presencia militar se dispararon las actas de defunción capturadas por el INEGI; ésta es la forma más simple de medir la violencia. Según datos del Instituto, en Nuevo León los homicidios habían aumentado desde 2004, pero sus cifras más altas fueron las de 2010 y 2011.

casa estaba muy cerca del restaurante, recuerda bien el día que lo secuestraron porque su madre anciana estaba sola. Se angustia en retrospectiva: “¡Si mamá hubiera salido en ese momento...!” y agradece que la señora no había visto ni oído nada.

La información sobre el crimen se esparció mediante pláticas rápidas en la banqueta, cuando los vecinos se encontraban al entrar y salir de sus casas. Es un rumor. Es verdad. El local está cerrado desde 2010. Cortinas de metal impiden que una escudriñe el interior para recordar su arreglo. La familia no quiso saber más y años después vendieron el restaurante que, sin embargo, permanece vacío.¹⁴⁸ Es un recuerdo vívido, acaso *la tragedia* de la Cuauhtémoc, y también es representativo del cambio que resienten sus habitantes. En entrevistas formales la gente prefiere no decir nada por “respeto” o por evidente incomodidad. Quienes se refieren al asesinato se apoyan en elipsis para pausar el tema y eluden palabras precisas para aliviar la tensión.

En 2011, antiguos empleados del Cuauhcalli abrieron un local con otro nombre sobre avenida Famosa. Llamé y me atendió Carmen, una de las nuevas trabajadoras. Ella jamás ha vivido en la Cuauhtémoc, pero comenzó a frecuentarla por su trabajo.

P. ¿Cuántos años tiene el restaurante?

C. Ocho años. Empezó a operar en 2011.

P. ¿Qué tipo de clientes recibe?

C. Es muy tradicional, vienen familias y trabajadores, personas de otros estados que antes vivían aquí [en la Colonia]. El negocio guarda recuerdos, es su característica principal.

P. ¿Por qué?

C. [Nerviosa] Mira, el negocio en sí empezó en 2011, pero los sabores son tradicionales. No precisamente porque los

¹⁴⁸ A finales de 2022, mientras corregía este manuscrito, el edificio fue demolido.

dueños actuales lo hayan fundado. Había otra persona, ¡y bueno! Pero en sí, es la misma tradición de los setenta. Se puso *complicada* la situación en 2010, había otro lugar que todavía existe... Es un tema *delicado*, ya no te puedo dar referencia, son cosas más de ellos [los familiares]. Pero sí quedó el sabor, porque otra persona lo supo manejar.

Carmen notó mi interés y ofreció ponerme en contacto con su jefe, el trabajador del Cuauhcalli que había encabezado el negocio sucesivo, para que me dijera cómo había estado la cosa. Antes pidió la dirección de mis padres para que él “se animara” al saber que yo era de la Cuauhtémoc. Nunca me respondió.

Los vecinos llaman al asesinato “accidente” o “tragedia” y recurren a los adjetivos “complicado” y “delicado” para ilustrar vagamente la vida pública de esos años. El asesinato del dueño del Cuauhcalli fue el anuncio explícito de que “hasta acá”, el corazón de una colonia obrera, llegaba “el narco”, como se configuró mentalmente toda la violencia. Ni la familiaridad ni las redes de afecto bastaban para proteger a los vecinos. El crimen atizó el fuego del discurso de “Nada es como antes” y corroboró la nueva violencia: “Ahora es más difícil la vida. Antes, cuando hacía mucho calor, nos dormíamos en el porche. Daba igual dormirse en la banqueta o en la calle, nunca pasaba nada. Ahora te duermes y te dejan sin zapatos y sin pantalones. Te quitan todo”, me dijo un vecino del segundo sector. Como él, otros vecinos afirmaron que se sentirían ridículos actuando hoy con despreocupación.

Es difícil apuntar cuándo despegó esta triste sabiduría. La primera década de 2000 aceleró una transición invisible que había iniciado con las rejas, los candados y las cámaras. En febrero de 2021 visité la oficina de la hermana Lilia, la directora del colegio Isabel la Católica, a quien mencioné en el primer capítulo. Desde su oficina escuchamos la clase de deportes que tomaban los alumnos de secundaria en el patio central. El golpeteo de las pelotas de voleibol retumbaba, fuerte y seco, en el techo de las canchas. La hermana Lilia se acomodó en su silla y me miró expectante. Noté, detrás de ella, la predecible imagen enmarcada de Garza Sada.

P. ¿Usted tiene contacto con los vecinos?

H.L. Justo este ciclo escolar estuvo muy interesante. Ya teníamos tiempo queriendo hacer equipo, pero no sabíamos muy bien cómo estaba la organización. Gracias a la coordinadora de inglés, que es vecina, supimos de los grupos de WhatsApp que había y con quién nos podíamos contactar. Dos vecinas nos buscaron para trabajar juntas en materia de seguridad y vialidad y demás.

P. ¿Qué ha pasado con la seguridad?

H.L. Hace dos semanas le prestamos el colegio a los vecinos para que tuvieran una reunión. Vino la policía de San Nicolás y ellos expresaron sus inquietudes. Había poca gente porque casi todos son personas mayores, no pueden venir o no tienen Whatsapp. Quedamos en que a través de los guardias del Colegio también pueden reportar cosas.

P. ¿Entonces los vecinos tienen miedo?

H.L. Hay una sensación fuerte de inseguridad. No podría decir si ha aumentado realmente la cantidad de incidencias. El año que llegué, 2009, fue uno muy inseguro. [Pausa] A mí me tocó un secuestro afuera de la primaria menor, en horario escolar; a una persona adulta la secuestraron en avenida del Bosque, entre la primaria y Nova, cuando los papás estaban dejando a los niños. Una mamá vio todo y tuvo un ataque de pánico. En otra ocasión, por avenida de la Juventud hubo un enfrentamiento y mataron a un policía; todo se escuchaba muy cercano y tuvimos que seguir un protocolo de código gris con los niños de preescolar. Estuvo pesado. ¿Qué más pasó? [Pausa] En este negocio de hamburguesas, el de Famosa, creo que mataron a un trabajador o al dueño, algo así. Eso impactó mucho en la sensación de la Colonia. Ahorita escucho de robos a casas, extorsiones telefónicas. En el 7-11 asaltan constantemente, hay cristalazos a los coches. Por ahí

anda un señor exhibicionista que en varias ocasiones ha incomodado a personal del colegio. Pero como muchos vecinos son personas mayores, yo sí noto que a veces exageran los reportes de seguridad. Una vez dijeron algo de una mujer sospechosa que andaba viendo todas las casas y resultó que vendía paquetes funerarios. Hay inseguridad sí, pero sobre todo hay miedo, creo.

(Los vecinos todavía recurren a las Misioneras Clarisas en momentos de crisis. Las hermanas andan por las banquetas en grupos de tres o cuatro; algunas, como la hermana Catalina, recuerdan claramente los años dorados de la Cuauhtémoc. En las abruptas llamadas de auxilio de los vecinos se evidencia la importancia que todavía les conceden como agentes del orden, la paz y la convivencia).

Las balaceras, los asaltos, los secuestros y los asesinatos eran los grandes miedos de los vecinos. Parecen aceptar con más facilidad delitos de otro tipo, como el fraude y la extorsión, por el cambio demográfico de la Colonia. Funciona así. Un desconocido toca el timbre de una casa con insistencia. Abre la vecina, una mujer entrada en años que vive sola. El desconocido indica que está recaudando fondos para los enfermos de coronavirus. La señora le tiende dos billetes de quinientos pesos, le desea suerte. Horas después, llega un hijo y se entera de que “hicieron tonta” a su mamá.

En 2015 un vecino publicó en Facebook: “Buenas tardes, el sábado pasado asaltaron a Luis, el vendedor de frutas y verduras que pasa por la colonia. El asalto ocurrió en la tarde entre las Av. de la Juventud y República Mexicana, lo hirieron en la cabeza, fueron dos sujetos en un taxi, para que tengamos precaución”. En 2016, otra vecina: “Alerta. Hoy como a eso de las 4 de la tarde se metió a mi casa un pelado que sólo alcanzó a entrar hasta la cochera, mi hija estaba sola y se asustó mucho”.

En 2017 aumentaron los reportes de robo a las viviendas. Hay un patrón reconocible. Por la altura baja que todavía tiene la mayoría de las casas japonesas, se puede saltar de techo en

techo con facilidad. Quienes delinquen caen del otro lado, en la terraza o en el patio de una propiedad, y tuercen las rejas, las ventanas o las puertas traseras. Se ha denunciado el robo de camionetas, bicis, televisores, computadoras, celulares, carteras y joyas. Los robos ocurren cuando las casas están vacías o durante la madrugada, mientras sus dueños duermen. Las vecinas me dijeron que los ladrones se mueven “como si supieran cómo está la casa [por dentro]”. En agosto de 2019, un hombre del segundo sector comentó: “El domingo se metieron a robar mientras dormíamos. Entraron hasta nuestra habitación, donde se robaron un par de celulares, por suerte se fueron y no pasó a mayores”. Imaginar al delincuente dentro de la habitación, con el matrimonio dormido, alarmó a los vecinos. En 2020 comenzaron a reportarse desapariciones de mascotas, perros que semanas después aparecían ensangrentados y malheridos. Una pareja cuyo perro desapareció por varios días en mayo del año pasado me aseguró que lo habían “levantado” para llevarlo a “las peleas”.

Las cuadradas afectadas por los robos están al este de la colonia, en el extremo que topa con avenida San Nicolás, donde el tránsito pesado converge con avenida Universidad. Las calles Rubí, Halcón y Pingüino, por ejemplo, han reportado hasta nueve robos en periodos de tres meses. En los parques del segundo y tercer sector, los criminales se acercan, amagan con la pistola y despojan a los vecinos de sus pertenencias; después corren por los callejones de la Colonia y desaparecen en Nogalar.

En 2017, un grupo de vecinos creó una página de Facebook para denunciar “actividad sospechosa” en la Colonia. “No es posible que *personas ajenas* a los valores que tanto nos han costado vengan a invadir nuestra tranquilidad” escribieron en la presentación de la página. En ciertas casas colgaron carteles con la leyenda “Vecinos en alerta” y un número telefónico para denunciar. En privado, los vecinos eligieron titulares por cuadra y crearon grupos de WhatsApp. Ciertas noches las pantallas se iluminan con mensajes como “Escucho a alguien en el techo de mi casa”. La única sugerencia de los demás es llamar a la policía

municipal de San Nicolás. Las vecinas de mediana edad prefieren no contestar nada; unas me dijeron que no querían ni pertenecer al grupo. Para ellas, involucrase en las reuniones de seguridad y opinar públicamente sobre temas “delicados” puede traerles consecuencias.

Los robos provocaron que surgieran discursos y perfiles imaginarios sobre los criminales. La certeza de los vecinos es que los delincuentes no son de la Cuauhtémoc ni trabajan en la Empresa; son hombres que rentan cuartos en la Colonia, pero no tienen lazos íntimos con nadie de allí, o forasteros que van de paso y atraviesan la Cuauhtémoc para tomar el camión. La asociación entre los criminales y sus posibles categorías sociales es inmediata. Por un lado, los vecinos afirman que son obreros o albañiles, morenos, prepotentes y atrevidos; por el otro, también son “buenos para nada” y “sin quehacer”, es decir, desempleados. Cuando le dieron un cristalazo a la camioneta de una vecina frente al Oxxo, ella describió al sujeto así: “Fue un tipo sin quehacer, un bueno para nada, iba vestido con una playera de México, todo *teporocho*”.¹⁴⁹ Otra palabra que se utiliza con frecuencia para designar a los criminales es “zopilote”.¹⁵⁰ Una mujer del tercer sector me dijo:

Es gente que no creció con tus principios ni tus valores, no tiene la cultura de Cervecería o de Hylsa. Mucho tiene que ver el que ahora hay fábricas alrededor. En los espacios que eran áreas verdes construyeron casas y departamentos donde vive gente que no es de acá. Le quitaron la privacidad a la colonia; que no tenía, en realidad, pero de algún modo sí porque éramos de la Empresa.

En el imaginario colectivo, “los rateros” también pueden ser trabajadores de las fábricas que se encuentran sobre avenida San Nicolás y que no pertenecen a la Empresa: “la papelera” (COPAMEX), Bachoco, Gamesa y otras fábricas pequeñas que

¹⁴⁹ *Teporocho*: s. Persona indigente.

¹⁵⁰ “Zopilote: adj. Hombre extraño, moreno de piel, que deambula misteriosa y sospechosamente”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 309.

producen empaques y cartones. Algunos obreros buscan departamentos o cuartos en renta dentro de la Cuauhtémoc y a ello se adjudica, también, el alto índice de robos. “Antes no había tanta inseguridad. Pero ahorita como está la papelera, mucha gente viene de otros lugares y atraviesa la colonia para tomar el camión, o vienen de otras partes. Hay más movimiento de gente que no es de la colonia”, opinó un vecino del primer sector.

La construcción de un enemigo exterior es común. Acaso es más interesante subrayar que las acusaciones contra obreros se fraguan dentro de una colonia obrera. Cualquier trabajador externo a la Empresa es motivo de recelo. Cuando conversé con dos albañiles que visitaban la Colonia para trabajar en una casa, un hombre y su hijo adolescente, él me dijo: “Nosotros preferimos no entrar [a la panadería ni a los locales de la Colonia], porque luego luego nos ven feo. ¿Para qué buscarnos bronca?”. En ocasiones, cuando el desdén es flagrante, habrá un vecino indignado que proteste por la ofensa implícita a la clase trabajadora. En un altercado reciente, después que un vecino anunció que lo habían asaltado, un hombre del segundo sector sentenció: “Sigán rentándole cuartos a *puro obrero*. En lugar de buscar estudiantes, ustedes meten a *cualquier pelado* y después se sorprenden de que haya tanto robo”.¹⁵¹ Otro vecino respondió: “Cuidado con lo que dices, la mayoría de las personas de la Colonia Cuauhtémoc somos o fuimos obreros”. Y, sin embargo, es verdad que el delincuente, en la visión de la Colonia, es un hombre; que es obrero o trabajador racializado, de estrato social bajo. La solidaridad de la Cuauhtémoc, en contraste a la de colonias como la Independencia o Tierra y Libertad, no está basada en una clase social ni en un afán por cumplir objetivos concretos, sino en el mero “parentesco” con la Empresa

El clasismo y el racismo de los vecinos son quizá las expresiones más evidentes de su distinción social. Con la muerte de la primera generación y la formación de la segunda, la Colonia se transformó

¹⁵¹ “Pelado: adj. Que no tiene cosa alguna que lo adorne, por lo que resulta vulgar, grosero, corriente; también que tiene modos de conducta rudos, poco refinados; probablemente el origen sea *sin pelos*, *pelón*, *pelado*, ya que el pelo adorna el rostro, como la educación o la cortesía adornan a la persona”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 231.

en un espacio de empleados y profesionistas. En la Cuauhtémoc hay, desde luego, una reivindicación del trabajo manual, pero se trata de uno muy específico: el obrero de la Empresa, auxiliado por el catolicismo, su familia y “los valores que le inculcaron”, goza de una particularidad que no se extiende a los hombres de otras colonias trabajadoras. La fortuna de pertenecer a una comunidad beneficosa lo encaminó hacia el bien y, a la par, facilitó la movilidad social de sus hijos y nietos. Hacia el final de la entrevista, una vecina del primer sector que compró la casa de sus padres me señaló con franqueza:

No cualquiera vive en la Cuauhtémoc, te lo digo con nobleza y modestia. Nosotros tuvimos que hacer muchas cosas. Son casas viejas. Aquí lo valioso no es el cascarón, es el terreno. Y una casa de aquí no te cuesta un peso, te cuesta un buen dinero. Sin remodelación, son tres millones de pesos. Ya no digas cambiar lo que tiene dentro, porque todo está viejo. ¡Y pa’ tumbarlas!

Es esa autopercepción de “riqueza”, aunada a la familiaridad entre los vecinos y la creencia en una moralidad imperante, la que insta a las personas a confiar en sus semejantes. La lectura alarmada de los delitos sugiere que hubo un pasado pacífico, calmoso e impoluto. Sin embargo, entre las historias que escucho se cuelan hechos que me impresionan y que los vecinos cuentan impasibles. Están las arraigadas costumbres de la cocina de rancho: despedazar animales, triturar huesos, el caldo con sangre. Están las arrebataadoras historias sobre los vecinos de la primera generación que robaron, asesinaron y se salieron de la rígida senda erigida por la presión social. A esto se refería Lorena cuando, refiriéndose a las anécdotas que oía de su madre, pensaba en las películas de Pedro Infante que tienen harta “vida” y “sufrimiento”.

Por ejemplo: en la década de 1970, en una riña en la plaza del tercer sector, el hijo mayor de una familia que vivía en Obsidiana mató de un disparo a otro vecino. La familia del muerto comenzó a circular por las calles durante las madrugadas, vigilando

el número en que vivía el tirador, y en la cuadra temieron que se desatara una balacera. El joven encarcelado se casó y no regresó a la Cuauhtémoc. Otro ejemplo, más común: no se habla abiertamente de abusos sexuales, pero habrá quien se aventure a contar de novios que golpeaban y agredían a las mujeres de la Colonia. Elena cuenta que su esposo iba a buscarla a casa de sus padres cuando peleaban y que rompía las ventanas; sus hermanas tenían que llamar a la policía mientras ella se escondía bajo la mesa del comedor. Inolvidable la práctica tan aceptada de “depositar” a las niñas: en la Colonia ellas son las mujeres de la primera generación. María, por ejemplo, me contó:

A mamá la depositaron cuando era muy chica y necesitaba salida del rancho porque la encerraban y no le daban de comer. Tenía 14 años, pero en el acta pusieron que tenía 20 y bajaron la edad de papá, que en realidad tenía 28. Mi abuela ni se enteró porque estaba muy ida y olvidaba muchas cosas. Mamá decía que no era culpa suya y que estaba traumada porque su papá, mi bisabuelo, mató a su hermana a golpes cuando la encontró hablando con un muchacho en la calle. Al parecer mi abuela fue testigo de todo y desde ese día quedó entre un mundo y otro.

¿Cuánto no sabemos de los abusos y golpes que tronaban a puerta cerrada en la Colonia? ¿Qué decir de la sigilosa violencia que, en un lugar en apariencia abierto, público, *pueblerino*, se pasaba por alto? Es difícil contrarrestar el sentido común que dicta que el vecino es noble y confiable. Las historias desagradables se omiten en la conversación cotidiana, con más razón en las entrevistas.

Sobre los atípicos episodios de violencia espectacular, los homicidios, los vecinos argumentan que “la maldad” apartó a aquellas personas de la comunidad: nunca encajaron y por eso abandonaron la Cuauhtémoc. La apariencia homogénea de la Colonia, basada en una moralidad compartida, corrobora la típica visión de los pueblos como espacios cerrados, conservadores, donde se examina con minucia la actividad íntima de las personas para después expresar aprobación o lo contrario.

La violencia condenable es la que ejercen los invasores. La irrupción a la propiedad privada se ha vuelto más intrusiva y terrorífica. Escribí antes que las puertas abiertas eran costumbre, también entrar sin permiso hasta la cocina. ¿A esa vieja costumbre podríamos llamarla “allanamiento de morada”? Difícilmente. Hoy, en cambio, no puedo pensar en algo más espeluznante que descubrir súbitamente a alguien en el cuarto propio, aunque sea un rostro familiar. Cambió la noción de la convivencia dentro de las casas, del espacio privado. El vecino de toda la vida ya no puede cruzar el umbral sin anunciarse.

Al sentimiento agraviado de invasión se añade la presencia de los padres de CECAC. Las familias que tienen hijos en los colegios ya no están relacionados con la Cuauhtémoc. Estas personas tocan el *claxon*, se estacionan frente a las cocheras de los vecinos, tiran basura, no respetan el límite de velocidad y se enojan cuando les confrontan. Los altercados ocurren durante la hora de salida de los alumnos, cuando sus padres se estacionan para esperarlos, antes de las dos de la tarde. Es el único momento del día en que el tránsito aumenta en avenida Famosa, que por lo general permanece semivacía. “Se nota luego luego que no son de aquí, *no tienen educación*”, me dijo Flora, vecina del segundo sector. En Titán, los vecinos se quejan porque los padres usan la avenida “como autopista de aviones”, prácticamente “un intento de homicidio en la Colonia”. La falta de “civilidad” de los visitantes enfada a los colonos, que han propuesto que la Cuauhtémoc “se haga cerrada”. Una mujer me aseguró:

Ya no hay niños en la Colonia que asistan a los colegios, ya casi toda la gente es ajena. Los primeros habitantes ya están muy grandes, y en lugar de estar a gusto en sus casas, como antes, tienen que *encerrarse, poner candados y estar a la defensiva* por tanta *gente ajena* a la colonia.

En contraste a esta visión totalizadora y negativa de la Cuauhtémoc, Roberta, una mujer de la segunda generación que ha continuado el negocio de banquetes a domicilio que iniciaron sus padres en 1960, me dijo:

La Colonia es diferente porque todo cambia. Pero la gente, todos somos amables, todos nos conocemos. En mi cuadra todavía te mandan el taco, a mí me mandan empanadas y yo regreso el favor con un caldo. *Nosotros así somos*. Si me truena un foco, le pido ayuda a mi vecino. ¿Sí me entiendes? Así es aquí. No es de que estás escondido y nadie te conoce. [Pausa] Tenemos un Whatsapp en la cuadra y todos estamos en comunicación. Nomás vemos a alguien raro, nos avisamos y salen los señores a preguntarle qué quiere, qué busca. Los vecinos con cámara te alertan. Nos cuidamos entre nosotros mismos. Eso es lindo.

Según Roberta, la nueva posición defensiva ante el peligro es un rasgo más de la consideración que tienen los vecinos de la Cuauhtémoc. Y porque la familiaridad y los pequeños gestos no han cambiado, entonces lo más importante, la esencia de la Colonia, está intacta. Las segundas generaciones que se incorporaron a la vida cotidiana aseguraron la continuidad de los lazos afectivos. Carmen me dijo algo similar:

Sí siento seguridad en la colonia, más por la comunicación que hay entre los vecinos y los comerciantes. Tengo un número de teléfono para avisar que algo está sucediendo. En eso se han puesto muy de acuerdo los vecinos, están haciendo un buen trabajo en San Nicolás. A veces siento que bajó la delincuencia por la pandemia, pero de repente estamos platicando y vemos una patrulla enfrente, en nuestras narices, y resulta que no nos dimos cuenta pero andaban dando cristalazos [...] La verdad [la Cuauhtémoc] es una colonia muy tradicional, muy bonita. Es un legado al que me gusta pertenecer. La gente te ayuda, es atenta, muy servicial. Es bonita la Colonia. La gente se da a querer, es abierta, es confiada, pero me imagino que entre ellos tienen esa alianza. [risas] Si fallece alguien, en diez minutos ya todos saben quién falleció. Hay mucha comunicación. ¡La amistad, el amor que se tienen! Todos se conocen, en cada cuadra, cada número. Aquí aprendí a preguntar: ¿de qué número eres?

La idea de que “todo cambia” es pariente cercana de otra observación de los vecinos: que la violencia no es exclusiva de la Cuauhtémoc. En este, su hogar “decadente”, ofende más, pero saben que el proceso es complejo, lo sufre Monterrey, lo sufre el país y nos atañe a todos. A la Colonia simplemente la alcanzó “una mala época”. René me insistió:

Yo no me siento ajeno. Si llego a la Colonia, yo siento que llego a *mi casa*. Durante un tiempo estuve estudiando en el extranjero, me fui seis años al posgrado. Y cuando llegué, llegué a la Colonia. Ya me había casado y tenía mi casa *allá en San Nicolás*, pero quería llegar a *la Colonia*.¹⁵² Todo mundo lo sabemos [que hay inseguridad]. Yo no participo mucho en las redes sociales. Mi esposa participa y ella me dice que la gente comenta de la inseguridad. Pero yo le digo que siempre ha habido. Las redes sociales permiten la difusión. También es definitivo que ha cambiado, que es más inseguro, pero en todas partes, ¿no?

Las palabras de René me recuerdan una reflexión que hizo mi tía materna, que vivió 20 años en Veracruz y regresó a Monterrey hace un par. “Me sentí en casa desde que entré a la Cuauhtémoc”, dijo cuando le pregunté cómo le había caído la vuelta. Me detuve a evaluar su oración y me di cuenta de que la compartía. ¿Dónde empieza y termina *el hogar*? ¿Y cómo se relaciona con la propiedad privada? Un habitante de la Colonia, alguien que creció allí, se siente en casa desde que pisa avenida Famosa, camina entre los restaurantes y la zona de comercio, pasa frente a la iglesia San José Obrero, gira a la derecha, y toda la extensión caminada tiene la sensación de pequeñez y familiaridad. Vuelvo a Luis González:

Terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. [...] Es

¹⁵² La Colonia Cuauhtémoc es parte de San Nicolás, está dentro de la demarcación municipal, pero sus habitantes la asumen como un mundo en sí misma. “Allá en San Nicolás” son las otras colonias, por lo menos una década más nuevas: Jardines de Anáhuac, Las Puentes y Villa de Santo Domingo.

casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser, en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es la patria, que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales.¹⁵³

Los vecinos aceptan hablar de asuntos incómodos, pero después los contrarrestan con palabras cursis que reafirman la identidad de la Colonia como las que escribí arriba. Nos cuidamos y ayudamos entre nosotros. No me siento ajeno. Hay inseguridad, pero la Colonia sigue siendo *la Colonia*. Esta visión empañada de nostalgia y amor impregna los testimonios.

En el verano de 2020 publiqué un texto sobre la Cuauhtémoc en internet y una compañera de la secundaria lo compartió en su perfil de Facebook. La página recibió más de dos mil visitas, sospecho que la mayoría eran vecinos de la Colonia. Una docena arrojó comentarios largos. Aunque dediqué un pasaje a la delincuencia, los miedos y los cambios que ellos mismos denunciaban, nadie les prestó atención. Los lectores ignoraron lo que no les había gustado y se concentraron en los aspectos nostálgicos de mi relato; se acomodaron para echar más flores a su terruño.

Gracias por dejar plasmado el inmenso amor, magia, vida y valores que atesoramos los conmatriotas y que hasta hoy pocos habían sido los esfuerzos para recolectarlos y dejar su testimonio para el futuro. Importante.

Qué bonito Azucena, me hiciste llorar al recordar mi colonia, la cual tengo poco de haber dejado y aún no lo puedo superar, son muchos y hermosos recuerdos, se me partió el alma cuando la dejé, la mitad de ella se quedó ahí, mi infancia, mi colegio, la parroquia, el convento, los vecinos y muchos recuerdos... nada volverá a ser igual... siempre la voy a añorar

Yo también fui de las afortunadas en crecer en esta bella colonia, en la que fuimos formados en convivencia y en amor en familia y amigos en la que todos nos veíamos

¹⁵³ L. González y González, *Todo es historia, op. cit.*, p. 230.

y nos seguimos viendo en las reuniones del colegio, pero sobre todo en la Parroquia San Jose Obrero y en la kermesse, bellos recuerdos.

Sólo una persona, en un grupo privado de Facebook llamado Yo soy/fui de la Cuauhtémoc, escribió cordialmente:

Me parece muy buena la historia, sólo en lo personal y con mucho respeto a la autora, no me parece la parte que menciona los hechos del Cuauhtémoc. Hacer remembranza de todos los hechos hermosos de nuestra Colonia y esto como que no va. Perdón, pero así pienso. Saludos.

El último comentario sugirió que omitiera la información del restaurante por poco representativa: no tiene sentido siquiera mencionarla, no pertenece al campo semántico de la Colonia. Yo pienso que ambos, el amor y la violencia, son cruciales para entender la vida cotidiana, pero la Cuauhtémoc que a los vecinos les interesa es la del recuerdo estático. Viven entre 1957 y 2000, antes que la primera generación comenzara a morir, antes que hubiera torres de departamentos, antes que echaran el cerrojo y avisaran por WhatsApp si veían “zopilotes” en la calle. La Cuauhtémoc que describen con alegría consiste en una cuidadosa selección de elementos: la familiaridad, la bondad, el catolicismo y las buenas maneras.

La contaminación

Todo el tiempo estamos expuestos a contaminantes, pero no todos son perceptibles ni molestos. Entiendo los efectos de la contaminación como un proceso físico (en el que el cuerpo de una persona resulta afectado), y otro, social, en el que el sujeto percibe, reconoce y reprueba las causas de su molestia. Ejemplos de ruidos cotidianos en la Colonia que no se consideran contaminación: el silbato del tren; el sonido de las aves domésticas o de granja (el parloteo de los loros o el cacareo de los gallos); el ladrido de los perros; las campanas de la iglesia; el timbre del colegio; los gritos de niños pequeños y el llanto de bebés. En cambio, la música

estruendosa a altas horas de la noche y las fiestas sí perturban a los vecinos, quienes señalan que “eso antes no sucedía”. Avenida San Nicolás concentra autobuses, motos y ambulancias que pasan a toda velocidad e irrumpen con estruendo. El resto de la Colonia está acostumbrada al silencio absoluto.

La contaminación más grave, la que afecta el cuerpo y la salud, comenzó a denunciarse en 2007, un par de años después de que Techint comprara Hylsa. Desde ese año, la población de las colonias Cuauhtémoc, Las Puentes y Pedregal de Anáhuac reportó la emisión de “fuertes olores” y “polvos” que, sospechaban, emitían Ternium, Copamex, Symrise (fragancias y químicos) y Sasy (jabonera). Una vecina del primer sector que vive frente a Nogalar aseguró en 2017 que su familia y ella tenían más de una década medicándose a diario “para amortiguar los efectos de las fábricas”. Durante las madrugadas el hedor se intensifica y penetra las paredes y las ventanas. Los vecinos se han quejado de tener los ojos llorosos y la garganta reseca; los más afectados dijeron sentir náuseas y padecer migrañas frecuentes.¹⁵⁴

En la Cuauhtémoc el daño al cuerpo había sido una sombra ancha que se cernía sobre los obreros. Era esperable que un hombre que trabajara turnos largos, rodeado de máquinas, humos y carbón, y que además estuviera sometido a temperaturas extremas, enfermara de manera abrupta; también era comprensible que falleciera en un accidente. Como escribí en el primer capítulo, las familias aceptan y asimilan los riesgos que a diario corren los obreros en las fábricas. El peligro constante se estudia bajo la lente de un sacrificio necesario y equivalente a tener un techo, salario y servicios médicos.

Para una familia que habitaba la Cuauhtémoc en la década de 1970, sin embargo, era impensable que su hija pequeña comenzara a toser repentinamente. La exposición es obvia para el obrero que viste traje protector y botas gruesas y firma un contrato para deslindar a la Empresa; para la niña que se queda en casa no

¹⁵⁴ Syndy García, “Tengo más de diez años con alergias”, Milenio, <https://www.milenio.com/estados/tengo-mas-de-10-anos-con-alergias>, 27 de enero de 2017, consultado en octubre de 2020.

tiene sentido. En cuanto los efectos adversos de las fábricas se expandieron a las casas, la gente protestó indignada. Las empresas habían estado allí desde el principio. La sucursal de Hylsa había abierto en la década de 1940 y la “papelera Maldonado”, hoy Copamex, en 1957. ¿Por qué hasta ahora liberaban sustancias, polvos y olores?

Los vecinos que más perciben los efectos de la contaminación auditiva son quienes colindan con avenida San Nicolás, donde se encuentra la papelera, y con avenida Nogalar, donde está una planta de Ternium. Las primeras quejas surgieron por los vecinos jóvenes o de mediana edad: en 2019 notaron un aroma fuerte, entre las doce de la noche y las dos de la mañana, que describieron como “gas” y “combustible quemado”. Afirmaron que las fábricas “se aprovechan” cuando ellos están dormidos para liberar “sus porquerías”. La papelera produce un zumbido bajo durante el día que crece por las noches y las madrugadas, y provoca insomnio y fuertes dolores de cabeza.¹⁵⁵ Una vecina dijo: “Está el ruido las 24 horas, los siete días de la semana, incluyendo días festivos”.¹⁵⁶ El criterio más relevante al distinguir los ruidos de las fábricas como contaminación es que los vecinos no pueden dormir ni concentrarse en sus labores diarias, tampoco saben cuándo terminarán.¹⁵⁷ Aunque se han levantado numerosos reportes durante la última década y la policía municipal ha visitado las instalaciones en más de una ocasión, la fábrica disminuye el ruido durante unos días y después reanuda sus operaciones con normalidad.

Los vecinos son apenas una pequeña muestra del total de regiomontanos que respiran aire sucio. Según un estudio reciente del Centro Mario Molina, el “corredor de la contaminación” del área metropolitana de Monterrey se encuentra al noreste de la ciudad, en Pesquería, Apodaca y San Nicolás, donde se ubican seis plantas de las dos empresas que más CO₂ emiten en Nuevo

¹⁵⁵ José Luis Salinas, “Fábrica les hace ‘ruido’”, *El Norte*, 9 de marzo de 2017.

¹⁵⁶ *Loc. cit.*

¹⁵⁷ Cárdenas *et al.*, *Contaminación ambiental por ruido. Caso: San Nicolás de los Garza, N.L.*, UANL, 1986.

León: cinco de Ternium y una de la CFE. Médicos señalaron que la exposición a las partículas PM 2.5, CO₂ y NO₂ puede ocasionar la muerte.¹⁵⁸ A partir de 2015, Ternium invirtió 120 millones de dólares para disminuir los contaminantes, pero poco ha cambiado. El techo de la estación de metro Universidad, en San Nicolás, se ha teñido de rojo por los polvos que salen de las fábricas.¹⁵⁹ En Argentina, el conglomerado Techint ha enfrentado controversias, investigaciones y demandas de grupos ambientalistas por la contaminación de Ensenada.

Buenas vecinas

Era 2003. Después de la muerte de la abuela, volvimos a Obsidiana, corrimos las pesadas cortinas con dificultad y abrimos los postigos. El aire caliente se coló por la cornisa de la ventana. La casa respiró y una familia impostora inició el escape. En el cajón superior de la alacena, el más gordo rascó desesperado para ocultarse entre bolsas agujereadas de chocolate en polvo. Sus hijos pequeños huyeron hacia el patio en fila india, como si el flautista de Hamelín estuviera esperándolos bajo los helechos. Otro quedó atrapado entre los hilos de metal de la canasta que estaba sobre el peinador, entre los cepillos, el polvo de arroz y las bolas de algodón manchadas de lápiz labial. El ratón se agitó al sentir nuestra presencia. Envolví mis manos en una bolsa negra y lo acogí con cuidado.

Empotradas en la pared del porche hay dos pajareras cubiertas por una capa de polvo que atrapan mi mirada. Huelen a óxido. Me acerco para examinarlas cuando las hermanas Maldonado cruzan hacia nuestro lado de la banqueta. Una carga un litro de leche y la otra el kilo de tortillas y ambas sonríen encantadas al descubrirme agazapada. Gritan ¡Adiós! sin detenerse y sus risas retumban en el túnel frío de la calle.

La pared ha sido rosa, blanca y verde. Por varios años, durante la vejez de Mamela, fue triste y desteñida. Todavía tiene grietas

¹⁵⁸ Iram Hernández, “Tiene Nuevo León corredor a la contaminación”, *El Horizonte*, 1 de febrero de 2020.

¹⁵⁹ S. García, *op. cit.*

como venas abultadas entre el cascajo que recorro con el índice. Los postigos se me figuran a las pestañas de dos ojos apretados que se niegan a devolver la mirada: cerrados, implacables, tercios. Por semanas el viento helado sopló polvaredas en el patio y ahora la hojarasca cubre la tierra por completo.

Adentro de las pajareras hay hojas de periódico con imágenes de Zedillo, alpiste, un botecito para almacenar agua. La ninfa tenía el cuello más largo que yo había visto; su plumaje era amarillo y la cresta, rojísima. Me tentaba asirla por el pescuezo, retorcerlo y sentirlo palpitar. Era un animal dócil. Pasaba horas observando el movimiento de las hojas de los árboles. Un día el perro le gruñó y le quebró la pata derecha, la desmembró. La tétrica ramita quedó abandonada en la losa del baño. Me extrañó la sucesión: gruñir y atacar. La cordialidad del aviso. Mamela estuvo afligida hasta que la tía llegó con otro pájaro bajo el brazo, un ceniztle que llamó Ramiro. Lo había visto en el mercado y él le había hecho ojitos. Pero alguien dejó la puerta de la jaula abierta y Ramiro se fue un día lluvioso mientras recogíamos la ropa del tendedero aprisa, antes de ir a la iglesia. A veces creía verlo entre los naranjos, detrás del tulipán, colgado de las ramas de la bugambilia. No me atreví a ilusionarla y callé los avistamientos.

No quiso atrapar más pájaros. Hay un límite, dijo, nomás una sabe cuánto puede aguantar. Mi memoria eligió alumbrar ese recuerdo por la atención que le di, por las veces que repetí las palabras en mi cabeza. Es un recuerdo nítido y dudoso. Está ella en la mecedora, con los huaraches suspendidos en el aire. Se aferra a la gruesa biblia negra con la mano derecha. Los lentes de botella se le resbalan un poco por el puente de la nariz. En el fondo suena la música del camión de los helados que da la vuelta en la esquina, las campanas que anuncian la misa de las seis, los gorupientos picando suavemente la tierra. Entonces ella me mira. El cansancio relampaguea en sus ojos. Nomás una sabe cuánto puede aguantar. Cuando los hijos se casan decimos que han volado del nido. Traducción: una sabe cuántas veces puede soportar el abandono. ¿Era una alegoría? ¿Hablabla de los pájaros o de mis tíos y de mi madre? ¿Lo que dolía era verlos partir o la

cercanía de la propia muerte? Porque ésa sería una conversación muy distinta.

Pienso en mi abuela, a quien vi desvanecerse un día que estábamos a solas en el parque. Yo jugaba en los columpios. Ella estaba sentada en una banca, vigilándome. Desde el aire noté cómo había inclinado la cabeza hacia la derecha. El viento rompía mis mejillas. Mamela descansaba sobre su propio hombro. Pareció dormitar. De repente el torso cayó sobre la piedra, rodó con lentitud asombrosa y se desplomó con la ligereza de una pluma. La niña, que ya no era yo, sino una encarnación de mí misma, la miró pasmada. Por primera vez reparó en la inmensidad del parque. ¿Qué tan rápido puede correr una niña de seis años, a campo traviesa, hacia su abuela desmayada? Se abre su tercer ojo. Sus sentidos se avivan y, quién sabe cómo, es capaz de sentir cómo sus lágrimas mojan los pedruscos cuando echa a correr. La niña reconoce, por vez primera, la brillante posibilidad de la muerte.

Fabrico un recuerdo. Recuerdo al abuelo. Era un frágil jarrón de porcelana en la salita de su casa. Tenía que agacharse para atravesar el umbral. Arrastraba todo el peso de su cuerpo con dificultad hacia el sillón. Era una visión en el grueso uniforme de mezclilla, las matavíboras en las que enfundaba sus pies, el casco que apenas disimulaba su pelo ralo y desordenado. Las quemaduras insinuaban una piel por completo roja bajo la luz incipiente del candil.

El abuelo suspira. Acomoda su reloj de pulsera en la muñeca izquierda. Lo revisa cada pocos minutos para asegurarse de que no ha perdido su único tesoro por los amplios ademanes que hace al hablar. Ese reloj parece de catrín, dice la abuela, te lo van a robar en la parada si te sigues yendo todo emperifollado. Él la ignora. Se sienta, abre las piernas hasta donde puede y pide un cigarro. La abuela ríe como si le hubiera contado un chiste. Se levanta, sin embargo, y pone una olla sobre el fogón. Echa hojas de naranjo en una taza. Agrega una cucharada de miel y revuelve el brebaje. Lucas bebe tragos largos. El líquido atraviesa el gástrico y se asienta en la panza. Ahora el agua dorada convive

con el humo negro del carbón que lo despierta, de madrugada, con violentos ataques de tos. La abuela espera que su pócima baste para apaciguarlos. Ay Lucas, dice, es que te la vives trabajando. Sí. Su frente, todo él es caliente y tostado. Cuando tengo frío me recuesto en el pecho del abuelo.

El abuelo murió quince años antes de que mis padres se conocieran, a los 65, de una enfermedad pulmonar. A veces pienso que llegué a la capital para pensar en él. Que estudié aquí para que me zarandearan. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Moverse es una fantasía y una prisión. Una imagen panorámica. La mía se extiende desde las montañas, la tierra, la abuela, la vergüenza que me enrojecía el rostro cuando me recogía de la escuela con su vestido desteñido y los huaraches que dejaban entrever sus pies maltrechos; hasta los rascacielos, los edificios, El Colegio helado, las suaves corrientes de aire en la biblioteca. Mi corredor abarca el vocabulario norestense y el nuevo acento. Escribo sobre lo que no sé. Escribo para conocer a mi abuelo y recordar, con el ceño fruncido, a mi abuela. Por ellos empecé a pensar en la vejez y la muerte. Había 35 matrimonios en Obsidiana, la cuadra de mis abuelos, en la década de 1960. Hoy su composición es la siguiente:

Matrimonios vivos: 2

Viudas: 8

Viudos: 0

Vecinos “nuevos”¹⁶⁰: 10

Hijos de la primera generación: 14

Casas vacías: 1

Unas observaciones. Diez hogares son de personas que no tuvieron padres o abuelos en la colonia: es decir, no son de la Cuauhtémoc. Catorce los habitan los hijos o las hijas de los dueños

¹⁶⁰ Para los colonos, un “vecino nuevo” es aquella persona que compró una casa en la Colonia sin haber tenido allí padres o abuelos. No importa si la casa se compró hace dos meses o dos décadas, si sus hijos crecieron allí y estudiaron en los colegios, si los demás le conocen por el nombre de pila: para “ser de la Cuauhtémoc” uno tiene que estar emparentado con la primera generación.

originales: la segunda generación. Diez permanecen en manos de sus primeros habitantes: ocho son viudas y dos, matrimonios. Casi todos los hombres de la primera generación han muerto; sobrevive un par y ninguno es viudo. De los matrimonios que ya no viven, por regla general, las vecinas tenían una buena cantidad de años siendo viudas cuando fallecieron: como las de muchos otros lados, las mujeres son más longevas que sus maridos. La conclusión más importante (que aquí no se ve, pues el patrón se replica en las otras cuadras): hoy la Cuauhtémoc es una colonia vieja.

En Obsidiana los hombres empezaron a morir en la década de 1970. Por lo menos cinco fallecieron repentinamente. Don Simón dormitaba en el sofá. Don Jaime andaba en bici por la cuadra. Don Bardomiano estaba en su casa; don José, en su rancho; y don Pedro, en el trabajo. Los cinco sufrieron ataques al corazón. Las muertes súbitas en general y los infartos, en particular, son más comunes en hombres que en mujeres.

Pero la división categórica que dicta la medicina me incita sospechas. El hecho social se inmiscuye en la condición biológica y es indisociable del destino individual. Pongo sobre la mesa el tipo de trabajo que hacían ellos, los hombres de Obsidiana, y las condiciones en las que vivieron durante el último trecho de sus vidas y en su juventud. Es imposible desechar las vidas activas para concentrarnos en el hombre enfermo o moribundo; el primero debería iluminar, en realidad, la vida del otro. Es decir, los años no afectan igualmente a los obreros y a sus jefes, ni siquiera cuando los segundos son sedentarios y se atiborran de comida, licor y tabaco. Los excesos no son equiparables al efecto de las jornadas largas en un cuerpo fatigado y sometido a temperaturas calientes. Los obreros viven y mueren en desventaja.¹⁶¹

Lucas, mi abuelo, se jubiló en 1975. Tosía. Respiraba con dificultad. En sus últimos años soñó con volver al campo. Un grupo de jubilados se unió a sus fantasías y juntos hablaron sobre retornar a sus ranchos. Con ayuda de sus yernos, Lucas cercó el terreno abandonado, lo desmontó y compró herramienta para

¹⁶¹ Simone de Beauvoir, *La vieillesse*, Gallimard, París, 1979.

alistarlo. La abuela se espantó; recordaba bien el temor femenino de estar sola en el jacal, en medio de la nada, y observar la marcha pesada de hombres entre los carrizos. A los brillosos desvaríos del abuelo se sumaron las promesas dramáticas: al faltar él, ella tendría la casa, la pensión, los ahorros; no dependería de sus hijos para salir adelante. Lucas falleció cuatro años después. Lo seguía una vida cosechando, fabricando carbón y trabajando el acero de Hylsa. Antes de morir ordenó a sus hijos que cuidaran a su madre. Los ahorros que le había prometido a Manuela se disolvieron en 1982, como los de muchos otros trabajadores, por la devaluación del peso.

La jubilación de don Cuco, don Octavio y don Sigifredo fue distinta. En su joven vejez, a los 70 años, eran activos y enérgicos. No había atisbo de enfermedad en sus rostros. Conversaban largo y tendido en el porche. Iban al campo para pisar chile piquín. Después de su jubilación, Cuco compró un carro y aprendió a manejar. Años después, aburrido y desesperado por la monotonía de los días, comenzó a trabajar en una zapatería del centro. Para mí no hay jubilación, afirmó doña Toña, su esposa, tajante y sabia: la pareja tenía cinco hijos y en eso se le iba la vida. En 1996 la salud de Cuco se deterioró; era diabético. Durante la siguiente década lo cuidó Toña, aunque ella tenía su misma edad. Y después, cuando ella enfermó, sus hijas y nietas los asistieron a ambos. Dos hijas se quedaron a vivir en su casa. Cuco murió en 2006. Toña, en 2019. Él pasó los últimos años de su vida anclado al sillón, inmóvil, atendido al vuelo por las señoritas. Ella desarrolló Alzheimer. En el último lustro de su vida escudriñaba los rostros que pasaban frente a su casa y los desconocía. Se quedaba sentada en una silla de jardín rígida y allí pasaba horas mirando hacia la banqueta.

La vejez es femenina. Los hombres envejecen y sus esposas les cuidan; ellos mueren, ellas se quedan solas. Las lesbianas que entablan relaciones a largo plazo tienen igual posibilidad de ser cuidadoras y de ser cuidadas por su compañera hasta el final.¹⁶² Para la mayoría de las mujeres, el matrimonio significa que pasarán

¹⁶² Susan Jacoby, “Women: Eventually the Only Sex”, *Never Say Die: The Myth and Marketing of New Old Age*, Pantheon Books, Nueva York, 2011, pp. 179-216.

las últimas décadas sin su compañero, quien las dejará después de un puñado de años de enfermedad o discapacidad. Al estudiar la demografía de la vejez no sólo destaca su carácter femenino; también surgen preguntas urgentes. ¿Cómo sobrevivirán las mujeres durante su vejez? ¿Quién las cuidará?¹⁶³ En una colonia obrera las implicaciones son graves.

Dos verdades contundentes: el ingreso económico dependía de los hombres y el sueldo de la Empresa era insuficiente. En Obsidiana sólo una mujer de la primera generación consiguió trabajo formal después de que se jubiló su esposo. Doña Margarita comenzó a trabajar en 1980 y permaneció en el mismo empleo por más de tres décadas. Un día, un vecino le gritó “Mantenido” a su esposo desde el otro lado de la calle. Llovieron insultos de ambos extremos. La confrontación evidenció que las mujeres trabajadoras eran mal vistas en la Cuauhtémoc. Margarita era una visión con sus tacones, vestido y bolso; salía al trabajo tan decidida como lo habían hecho los obreros antes que ella. Las vecinas, intimidadas, ingeniaron otras formas de ganar un dinerito sin someterse al escrutinio hostil: vendieron pasteles, tostadas, bollos y tamales; hicieron trabajos de costura; lavaron ropa ajena. Doña Melia vendía nieves y tostadas. Hacia los últimos años de su vida sostenía los dieces y los tostones en sus manos temblorosas y las acercaba a su rostro; se declaraba ciega y daba un afectuoso voto de confianza a los niños que le daban el vuelto. La actividad femenina, que antes aumentó el monto del sueldo, hizo lo mismo con la pensión.

La pérdida de los hombres suscitó otro lazo entre las vecinas. Juntas se acompañaban en el proceso luctuoso y comprendían que la vida seguiría, con resolución, de nuevas formas y con otros sentidos. La vida cotidiana que floreció entre las décadas de 1960 y 1980, cuando las vecinas se arremolinaban en las cocinas, preparaban alimentos, reían, conversaban, chismeaban, se difuminó con prontitud en la vejez. De jóvenes, cuando sus hijos iban a la escuela, había actividades certeras que las unían. Martha, Amelia, Sara, Mela, Toña y Carmela se juntaban a media mañana

¹⁶³ *Loc. cit.*, p. 197.

y por las tardes, después de la hora de la comida. Diagnosticaban las matas infestadas de sus amigas; intercambiaban platos de comida; se ayudaban con un bordado especialmente difícil. En los días solemnes se reunían en el porche y rezaban el rosario. A la frecuencia de los encuentros la alteró el rumbo que tomaban sus familias, pues los lazos sanguíneos jamás dejaron de ser el centro de sus vidas. La viudez rara vez significó que vivirían solas. Los hijos recién casados o “en crisis” —es decir, separados o envueltos en peleas conyugales— volvían a la casa materna en busca de refugio. Nacieron los nietos y el trabajo de cuidarlos llenó sus días y tardes. En la década de 1990, cuando la Cuauhtémoc se repobló de infancia, todavía era común encontrar el puñado de niños de la cuadra que circundaba un pastel de cumpleaños.

En Obsidiana la vejez es sinónimo de inmovilidad. Y la inmovilidad ocasiona la sensación de que no pasa nada, de que los días son lentos, apacibles, tranquilos. La luz cansina del atardecer y el calor soporífero adormecen a los colonos. Sólo hay actividad entre la 1:45, hora de salida de los colegios, y las 2. Una hilera de carros atraviesa Famosa, Ojo de agua y Avenida del Bosque. El ajeteo de bajarse, cerrar la puerta, regresar con el niño o la niña, cerrar la puerta de nuevo y salir de la Cuauhtémoc tomará menos de quince minutos. En ese intervalo la Colonia se inunda de ruidos, risas, cláxones, mochilas que se arrastran en el piso, gritos de madres hastiadas porque el niño no deja de platicar con sus compañeras. Después, como si alguien la sumergiera de nuevo en la pecera, la Colonia vuelve al silencio. Las urracas graznan en los árboles. Las palomas arrullan en sus nidos. Es tan profunda la quietud que el vecino sabrá si uno abre la reja de su propia casa: el chirrido corta el aire y atraviesa ventanas. Las calles vacías. Los parques vacíos. El sol baja. Las campanas de la iglesia antes de la misa de las seis. El anochecer.

¿Qué suscita la movilidad en las personas mayores? El mercadito de los jueves que se pone sobre avenida Titán. Bajo carpas color arena, los vendedores ofrecen dulces, semillas, aparatos electrónicos, cacerolas, cachivaches, ropa, zapatos. Las vecinas se congregan para jugar a la lotería, comprar frutas o verduras y

conversar. Pero acaso el desplazamiento más común es el de la casa a la iglesia: doña Socorrito, por ejemplo, colaboraba con los párrocos y recogía las aportaciones voluntarias de las cuadras. En enero, cuando visité la casa de Hernán y Esther en Obsidiana, ella mencionó que sólo salen los domingos cuando van a la iglesia. Hernán, un señor muy atlético, sale ocasionalmente para ejercitarse. Ella achacó su inmovilidad a la ausencia de sus queridas vecinas. Su esposo le dio la razón y observó: “Ya no queda nadie”.

H. En todos los años que hemos vivido aquí, no hemos tenido ningún problema con nadie. Y bueno, ya no hay gente. La gente que vivía aquí ya... hace poco se murió el compadre Eric. Allá en la esquina vive un matrimonio joven. Acá el otro compadre se murió también, y se cambiaron los hijos de otra persona, y Sarita. Ya no andamos caminando o así, ¿por qué? Pues porque nos fallan las piernas. Yo tengo 80 y ella tiene 77. Pero pues la Colonia sigue siendo la Colonia. Nunca nos han robado ni nada.

E. Cuando teníamos vecinos, éramos buenos vecinos. Lolo los animaba a que nos fuéramos de vacaciones en caravana, cada quien en su carro.

H. Nos íbamos a Mazatlán, Veracruz. Nos fuimos como en el 65.

E. Era bien padre, bien bonito irnos juntos.

H. Ahorita no conoces a nadie ni te conocen.

E. A nosotros nos conocen, y yo veo y digo, ¿quién es? Y ya me dice él [Hernán]. Es que cambiaron mucho, pero a lo mejor nosotros no hemos cambiado, porque nos siguen conociendo y nos siguen saludando.

Al despedirme de Hernán y Esther, les conté que mis padres seguían ahí, en la cuadra, por si algún día tenían una emergencia. Ella soltó tremenda risa y me explicó que no podría ir a verlos

aunque quisiera, porque tampoco reconoce las casas: “Han cambiado tanto, con las rejas y la pintura que ya no sé cuál es cuál, no sé”. La inquietud por no comprender ya la distribución espacial ni reconocer el mundo hace que prefiera quedarse en su casa.

P. ¿Jamás han pensado en irse de la Colonia?

E. Es que ya son muchos años, toda una vida. Me decía mi hija que vendiéramos la casa y compráramos una más chiquita, o que nos fuéramos con ella. Y le digo que aquí estoy muy a gusto, *aunque esté sola*. Ya vienen ellas a visitarme. *No hemos estado solos*.

Los vecinos fantasearon con volver a sus ranchos, el terruño original. Pero las vecinas y los niños nutrieron su amor por el hogar en la Cuauhtémoc; ellos sí ansiaban morir donde nacieron, crecieron o vivieron la mayor parte de sus vidas.

La segunda generación visita a sus padres los fines de semana. Los nietos iban al colegio Isabel la Católica o La Salle por las mañanas, caminaban varias cuadras y llegaban a comer a casa de sus abuelos. La ocasión se explica, primero, porque los hijos de Obsidiana tuvieron lazos inmediatos con la Empresa y el subsidio sustancial era un incentivo para estudiar en los colegios. La cercanía de la casa de los abuelos fue igualmente importante. El trabajo de cuidados delegado a la gente mayor permitía que mujeres y hombres trabajaran de tiempo completo. Y la presencia de la tercera generación extendió la imagen de la colonia Cuauhtémoc como un lugar jovial, lleno de niños, a pesar de que sus primeros habitantes habían empezado a morir. Cuando los nietos crecieron, los niños desaparecieron gradualmente de la Cuauhtémoc.

La transformación demográfica, como mencioné antes, provocó que los colegios matricularan niños ajenos a la Colonia. Si antes los niños llegaban de la escuela a casa de los abuelos, ahora no sucedía tal cosa. El Centro Escolar inventó un espacio

para suplirlo y atender las necesidades de los nuevos padres de familia. En “la estancia infantil” los alumnos comen, hacen la tarea, leen, juegan, se ejercitan o repasan temas de matemáticas, física y química. Los padres pagan una cuota mensual y recogen a sus hijos a las seis de la tarde.

En 2009 abrió un asilo en Obsidiana. Los vecinos lo descubrieron por las entradas y salidas cotidianas del médico responsable, un joven cordial que saludaba a las vecinas cuando se las topaba en la banqueta. En la casa no se colgó ningún anuncio ni letrero que la identificara como asilo. Las vecinas salían a barrer las hojas de la calle y, al atisbar al médico en la entrada de la casa, se acercaban para hacerle plática. En esas ágiles conversaciones él ofrecía sus consultas a domicilio o las orientaba, cortés, si ellas se quejaban de algún dolor físico. Pronto organizó reuniones de convivencia, juegos de lotería y posadas entre las personas del asilo y las vecinas de Obsidiana. La comunión fue orgánica, ordenada y disfrutable para los involucrados. Entre risas, las hijas de las vecinas bromearon que el médico quería conseguir más clientes, que detrás de su fachada afable sabía que ellas “no tardarían” en requerir sus servicios. Vecinas e internas pertenecían al mismo mundo.

El asilo configuró el ruido en Obsidiana. Por las tardes, los alaridos de una mujer desperezaban a los vecinos durante la hora de la siesta. Los gritos eran terribles y prolongados. Cuando intentaban tranquilizarla, la paciente de espesos rizos insultaba y golpeaba a las enfermeras, quienes se apresuraban a llamar al médico por teléfono. Al principio, los vecinos se asomaban por la ventana para ver el espectáculo y concluían que era “la pobre mujer que sufría mucho”, hasta el día en que se acostumbraron y dejaron de inmutarse. Los vecinos recuerdan también a un paciente en silla de ruedas que rondaba los 50 años y había sufrido un derrame cerebral. Su presencia alborotó a la segunda generación por lo que representaba: era un recordatorio constante de que no era necesario ser viejo para estar allí dentro, que nadie estaba exento de “terminar” en un asilo. El señor tenía el habla afectada, gesticulaba e insultaba a las enfermeras.

Susy, una vecina de Obsidiana de la segunda generación, recuerda sombría que un día salió a las 8 de la mañana para ir al trabajo; ya se había subido al carro cuando una señora mayor le hizo señas con la mano para que caminara hacia ella. Susy se bajó del vehículo y se acercó cautelosa a la reja. ¿Le dices a mi mamá que venga por mí?, pidió la anciana. Una enfermera salió del interior de la casa; le explicó que la paciente le hablaba a todo mundo y que la dispensara. “Se me encogió el corazón, duré conmovida todo el día”, dijo Susy tras contarme la historia. Después agregó, pensativa, que el asilo no había estorbado el estacionamiento de nadie, así que debía recibir pocas visitas. “Si fuera guardería estaría lleno de carros”, me dijo, y concluyó: “No era agradable ver a las personas en sillas de ruedas en el porche *viendo pasar la vida*, viendo que una entraba y salía de su casa”. Un día, cuando contó a su suegra que habían puesto un asilo frente a su casa,

me preguntaron que si no olía mal [la calle], porque a veces los asilos olían mal. Yo dije que no, que a mi casa no llegaba ningún mal aroma. Y otra vez una compañera de trabajo me preguntó si vivía por Obsidiana, yo le dije que sí y me dijo *Es que tengo a mi mamá en el asilo*, y luego dijo, sin pedirle yo ninguna explicación, que lo tuvo que hacer porque su mamá tenía Alzheimer y no tenía quién la cuidara. Le habrá dado vergüenza.

¿En Obsidiana las mujeres se sienten solas antes de morir? Esa pregunta me rondó cuando comencé a pensar la vejez. Es difícil escuchar anécdotas de la convivencia constante de las primeras décadas y después comprobar el abrumador silencio de las banquetas. La mudez se explica por la muerte de la primera generación; también por la incursión en el mercado laboral de las mujeres de la segunda, que ahora salen de casa con tanta regularidad como los hombres; por la ausencia de niños. No logré concluir algo de mi pregunta original, pero atisbé ciertas pistas para seguirla pensando.

La soledad

Hernán y Esther salen al porche por las noches, aunque ya no pasa casi nadie. Me informan con seriedad que un avión atraviesa el cielo todos los días a la misma hora. El incentivo que tiene la pareja para salir en las horas más calientes de la canícula es contemplar “el avión de las nueve”. Aunque Esther me dijo, sin que yo esgrimiera la pregunta, que no se sienten solos, son un caso particular en toda la colonia Cuauhtémoc. A los setenta y pico todavía están en la joven vejez y son tan saludables como es posible; sus nietas los visitan a diario. Pero el avión de las nueve me entristeció de todas formas y pensé que sí había una soledad terrible en “Ya no queda nadie”.

La hermana Catalina ofrece un contraste radical al envejecimiento común. Me dijo alegremente que desde su jubilación, en 2011, ha tenido tiempo de sobra para meditar, leer y escribir. Está bien informada sobre lo que ocurre y dónde; cuando habla es certera y directa, responde con elocuencia y precisión. Su trabajo intelectual refleja una resistencia a la monotonía, pero también es la continuación lógica de una vida ajetreada. La hermana Catalina ingresó al Convento después de terminar la secundaria, a los 15 años; vivió doce en Estados Unidos, otros quince en Europa, en España, Italia y Alemania; es políglota y fue coordinadora de inglés del colegio Isabel la Católica por diecisiete años. Ha tenido, pues, una vida oficiosa, disciplinada y próxima a la educación y el lenguaje. La brecha entre la excepcional hermana Catalina y el resto de la población de su edad es impresionante. Hay, sin embargo, situaciones ineludibles. La hermana me cuenta que se cayó el año pasado, que la caída afectó su capacidad de movimiento y alteró sus planes de trabajar en más proyectos de la Colonia. “Pero rezo, rezo mucho”, atajó como contrapeso. Ella percibe que hay personas mayores que viven solas y solitarias en la Cuauhtémoc. Me contó de un caso que le preocupa: “Hay un hombre, que no sabemos dónde vive, que siempre viene al Convento y dice *Hermana, tengo muchísima hambre* y nos pide un plato de comida”. Entonces la hermana Catalina señala a los culpables: “los hijos”.

La sociedad ha entrado en un ritmo de vida, en valores anti-valores, la productividad, el consumo, querer el primer puesto de donde sea que trabajes. Y a veces te olvidas de *los tuyos*, tus hijos, tus hermanos, tus padres. Aquí hay muchos ancianitos que están solos. Y yo les pregunto si tienen hijos. Dicen que sí y les pregunto si vienen a verlos. Y ellos dicen No, es que están muy ocupados.

Según la hermana Catalina, la familia nuclear sería responsable de las penurias de la gente mayor. La hermana afirmó que le daba “una tristeza tremenda comprobar que no todos los hijos están al tanto de sus padres”. Con ese entendido, podríamos deducir que las vecinas se sienten solas cuando sus hijos las dejan en el olvido, pero que si ellos las procuran —si “pagan” el cuidado que ellas invirtieron en su crianza con la cálida presencia, llamadas y visitas regulares—, no tienen razón para sufrir.

En Obsidiana las vecinas se adentraron a la tercera edad con casas llenas de nietas que gritaban y correteaban por el jardín. Acaso su primera soledad, romántica, ocurrió cuando falleció su pareja. Ante la ausencia masculina, y en una sociedad conservadora, las viudas se resignaron rápidamente al fin de la vida íntima, sentimental y sexual. En la Cuauhtémoc ninguna viuda volvió a casarse ni se les conoció jamás otra pareja, aunque algunas enviudaron tan pronto como a los 40 años. Después de la pérdida se dedicaron por completo a sus hijos y el fin prematuro de la vida sentimental se compensó al volcarse en ellos.¹⁶⁴

Otra soledad viene del desvanecimiento del cuerpo. Las personas mayores empequeñecen: la mano vacila cuando sube al rostro, revuelve el café o cierra empaques de comida. A la lentitud del cuerpo la acompañan la espalda gacha, la mirada perdida, la débil voz que carraspea para enunciar una frase, el oído empobrecido. La decadencia física es una razón clara

¹⁶⁴ Quisiera haberles preguntado sin miedo a escandalizarlas: ¿Alguna vez ha querido tener otro compañero? ¿La muerte de su esposo fue una pérdida irreparable y dolorosa, o un alivio, una liberación? Pensé en estas preguntas demasiado tarde en la elaboración de mi tesis. Son escabrosas y ameritarían un trabajo de campo más largo y paciente.

del aislamiento involuntario de las ancianas: es una sentencia adelantada. La vejez altera la convivencia.

En plena adultez, las diligentes vecinas atendieron árboles frutales, rosales y bugambilias. La afición por criar pájaros y plantas era la única actividad que consideraban ociosa, la que hacían por el puro gusto por “lo bonito”, para hermostrar el hogar. Por horas cuidaban retoños, aplastaban y regaban tierra, recortaban hojas marchitas. Las pajareras ostentaban aves salvajes capturadas u otras, elegantes, que habían escapado de jaulas ajenas y ellas recapturaban. Doña Mela dejaba alpiste en una jaula abierta colgada de un árbol. Amarraba un hilo de varios metros de largo hasta la cocina, donde se sentaba con paciencia hasta que un pájaro caía en la trampa; entonces jalaba el hilo con rapidez y la puerta se cerraba de tirón.

Gorriones, cardenales, canarios y cenzontles vivían en las fachadas de las casas despintadas. El vigor necesario para mantener los jardines, capturar y alimentar pájaros decreció con la edad. Doña Toña sufrió cuando su hija tiró los naranjos, limitó el espacio del porche y aplanó la entrada con mosaicos. La densa área verde de las casas, que antes fuera de 50 metros cuadrados, se redujo a un par con rudas macetas de barro. Enclaustradas en su cuerpo y en las casas enrejadas, las vecinas comenzaron a cerrarse al mundo. Enfrentarse a la ausencia de los hombres y a la de las amigas entristeció el futuro de las vecinas que se quedaron atrás, sin interlocutores.

“Ya no queda nadie”, donde nadie es la gente que creció y vivió junto a una, anticipa la muerte propia. El futuro se achica. Los días que pasan van hacia ningún lado. La conclusión, cuando las personas se limitan a esperar su turno frente a la muerte, es que el tiempo transcurrido fue la verdadera vida. Así los recuerdos ajetreteados se acumulan: cuidar hijos y nietos, trabajar el hogar, amistar con las vecinas, adorar el jardín. En Obsidiana la vejez consiste en “ver pasar la vida”, como dijo Susy, y en ser testigo de la vida de los hijos. Las espectadoras miran lo que ocurre al interior de sus familias: bodas y matrimonios, el nacimiento de los nietos y sus progresivos cumpleaños, las carreras y promociones

de sus hijos. Del resto de la Cuauhtémoc vislumbran peatones, el avión de las nueve, las filas de carros que salen con los niños de los colegios. Las más afortunadas caminan, recogen las cortinas de las ventanas y se asoman hacia el mundo exterior, conservan amistades en la cuadra e intercambian con ellas noticias de sus familias. Las menos han quedado postradas a la cama o a un sillón terapéutico y arrastran los pies con pesadez, auxiliadas por un andador.

No hay angustia. La finalidad de la vida se acepta con resignación admirable y resuelta. Sin duda tener la “absurda esperanza”¹⁶⁵ de que hay algo después de la muerte altera el panorama del moribundo, el enfermo o el anciano. El catolicismo que los vecinos practicaron es suficiente para lanzar los pensamientos lúgubres al cajón y echarle llave. Los sacerdotes de San José Obrero les recuerdan con displicencia de la vida eterna y la continuación del alma. Las vecinas, al ver cómo se desploman sus contemporáneas, una a una, a su alrededor, no sienten desazón ni pierden el sueño. En su último año lúcido, Amelia, Esther, Martha, Toña, Sara, Paula, Socorro y sus vecinas de Obsidiana se encomendaron al espíritu santo y escucharon atentas el consuelo sacerdotal desde las primeras filas del templo. Sin embargo, aunque no temen, las vecinas atraviesan los duelos de sus amigas con más dificultad que el de sus compañeros. Su pérdida destruye cualquier posibilidad de diálogo con el pasado y con su juventud. Las amigas de la cuadra han sido, más que los maridos, las compañeras de vida.

La iglesia es la única institución que amortigua la soledad de la primera generación. Desde hace un lustro, el convento de las Misioneras Clarisas recibe entre quince y veinte vecinas una vez a la semana. Antes se reunían con la única excusa de organizar lecturas bíblicas; después, las reuniones se transformaron en juntas para hacer manualidades, comer o sólo conversar. Los vecinos mayores están hambrientos de interacción social y pasan varias horas en el recinto. En 2017, la parroquia San José Obrero fundó

¹⁶⁵ Jean Améry, *Revuelta y resignación: acerca del envejecer*, trads. M. Siguan Boehmer y E. Aznar Anglès, Titivillus, 1968, p. 161.

el grupo “Hermano mayor” para enlazar feligreses con vecinos de la tercera edad. El objetivo del grupo no es tanto promover el aprendizaje como alentarlos a salir; es una excusa simple para que los vecinos caminen por la Cuauhtémoc. Para pertenecer al grupo sólo deben cumplir con una condición, la más importante: que puedan desplazarse solos dentro del salón parroquial.¹⁶⁶

Fuertes y longevas, en las vecinas se asoman las enfermedades a partir de los 85 años. La salud frágil significa más atención médica, menos salidas y diversiones. Los vecinos de la segunda generación adivinan su estado de salud por la frecuencia con la que aparecen en la banqueta, si caminan solas o no, si ellas los reconocen y son capaces de sostener una conversación con éxito. Por ejemplo, durante toda su vida doña Sara ha salido por las mañanas y las tardes. Recorre la Colonia con lentitud pero firme, a solas, y sonríe a todo mundo; va a la tienda de la esquina, conversa con Gume, el dueño, y vuelve a casa arrastrando el carrito con despensa. Cuando la echaron de menos, los vecinos se preocuparon y preguntaron por ella. Sara se encontraba “delicada de salud”, el médico había ordenado que se quedara en cama y no sabían si volvería a caminar. Otro ejemplo. Doña Rosa y doña Luisa se sumieron en una depresión mayor después de la muerte de sus esposos. Los vecinos dejaron de verlas en la calle, no salen ya siquiera a sus porches. La gente sabe que siguen vivas, mas no tienen noticias de ellas. De las mujeres que sí se sabe, las que rondan sus rejas con dificultad, escuchan novedades lamentables de su propia voz: fracturas de cadera, depresión, demencia, dolores de pecho, caídas, azúcar alta. Las vecinas de Obsidiana fallecen después de años de inmovilidad y enfermedad, asistidas por sus hijas, pues los varones son “más despegadillos”. Perla,

¹⁶⁶ La creación de un grupo para personas mayores es notable en una iglesia que antes, como suele ocurrir en aquellas instituciones, fomentó la reunión regular de adolescentes y jóvenes. Si los grupos de la iglesia fueron una oportunidad para socializar, formar amistades y encontrar pareja, ahora se utilizan para aliviar los sentimientos de tristeza y desamparo que se ciernen sobre los adultos mayores. Si la alegría, jovialidad y energía física de los Jóvenes en Camino Hacia la Verdad indicaba que los miembros serían excelentes educadores o misioneros, en el grupo “Hermano mayor” las actividades son estáticas y calmosas.

una vecina de la segunda generación que dejó la Colonia, me contó:

Mis padres siempre querían estar ahí [en la Cuauhtémoc]. Mi hermana les decía que se fueran a su casa, pero ellos nunca se quisieron salir. Los dos fallecieron ahí. En 2011 falleció mi papá. Y mi mamá en 2014. Mi mamá tenía 89 cuando falleció. [Pausa] Desde que tenía 60 años, mi mamá iba a las loterías con las [mujeres] del primer sector. Y hacían una tanda. Daban cien pesos y la persona tenía que hacer su convivio y prestar la casa para la lotería... ya cuando tenía ochenta y tantos, ya fueron *restando* gente, ahora *se hicieron menos*. Yo por eso iba con ella a la Colonia y la acompañaba, porque eran poquitas vecinas, tres vecinas y mi mamá. Mamá casi no se movía. Y luego empezó con problemas de demencia senil. Decía: ¡Ay, mira, está lloviendo! ¡Me está cayendo agua! Y no llovía. Y mi hermana ya no quiso que fuera a las loterías.

Perla y otras vecinas insistieron en que sus padres querían morir en la Colonia. La terquedad viene de una combinación de afecto, costumbre y miedo al cambio. Sea como fuere, no prestamos suficiente atención a lo que significa nacer, crecer y morir en escasos kilómetros cuadrados, rodeados por la misma gente. Cuando regreso a la Colonia me sorprende que la vida sigue donde la dejé, como si todo estuviera contenido en un terrario de cristal: personas y árboles. Pero para quienes no migran, la relación entre pasado, presente y futuro es incierta. Lo pensé por una oración que escuché de mi madre en diciembre de 2019. Ese día anoté un párrafo en la libreta que llevaba conmigo:

Quizá los relatos son la reencarnación del recuerdo, pero cobran otro sentido para quienes han vivido aquí toda su vida. Estas personas conviven con el pasado de manera cotidiana, caminan por lugares que ahora se elevan cual monumentos. Es el caso de mamá, que volvió a casa de mi abuela cuando ella murió, su casa de la infancia y después de la adultez. Hoy caminamos por la Cuauhtémoc, nos

detenemos en un parque que divide el jardín de niños de la primaria, aquí donde coincidimos mi hermano y yo un par de años. Nos sentamos en una banca de piedra, helada por el frío de diciembre, y noto que ella se ha quedado callada mirando hacia los columpios. A esta plaza nunca vengo, dice. No le pido una explicación.

A mamá le entristece recordar nuestra infancia. Desplazarse por los parques, los colegios y los columpios del primer sector es un recuerdo constante de sus hijos pequeños. Es nostalgia. Escucharla me hizo prestar más atención a sentires similares. Beatriz compró una casa en el segundo sector, pero ella y su esposo crecieron en el primero. Vivió por 22 años en casa de sus padres. “No me gusta pasar por la calle de Dalia, siento ver a mamá ahí en el porche, en la mecedora”, me dijo, súbitamente entristecida, antes de preguntarme si ya me había casado. La vida en el terruño exige apaciguar, constantemente, los violentos sentimientos que despierta la memoria.

La madrugada del 11 de febrero de 2021 falleció José Alfredo, “Freddie”, después de haber permanecido internado en la clínica 6 del IMSS por coronavirus. Freddie fue un miembro representativo, activo y alegre de la Colonia: vecino del primer sector; monaguillo en San José Obrero y cantante en el coro de las 12:30; mesero en un popular restaurante de Famosa; jugador de los Apaches, el colorido equipo de béisbol de la Pequeña Liga. Tenía síndrome de Down. El miércoles que murió, por la tarde, la iglesia hizo sonar las campanas en aviso a la tradicional misa de difunto. La gente reconoció la melodía y preguntó quién había fallecido. “Si muere alguien, en diez minutos ya todos lo saben. Hay mucha comunicación. ¡La amistad, el amor que se tienen!”, me había dicho Carmen.

Es así. Pésames, lamentos y cariñosas palabras hacia Freddie se publicaron en los grupos virtuales de la Colonia y la parroquia. Personajes conocidísimos y queridos, como él, tienen asegurada una muerte ceremoniosa. Se unen a las filas de figuras destacables de la Cuauhtémoc, reviven en el dulce lenguaje de la tradición oral. Son los menos.

Ciudad cuenta cuentos

La colonia Cuauhtémoc tiene su propia historia de bronce, su patrón-patriarca, y lo sabemos por su nombre y el de sus avenidas, por el empolvado busto de Eugenio Garza Sada que erigieron, como por casualidad, a un lado de la iglesia. La Colonia nos cuenta el cuento de la perseverancia, el trabajo, la familia y la fe. Su entusiasta población es prueba de que el progreso simuló estar al alcance de todos.

Durante los primeros meses de 2020, el gobierno de San Nicolás llamó por teléfono a representantes de la Colonia ante el municipio. En las oficinas de gobierno se había propuesto remodelar la plaza Eugenio Garza Sada (la maleza y la sombra de los árboles habían escondido el interior del círculo y las banquetas despintadas, la plaza estaba ligeramente elevada y era inaccesible para la población senil). Los funcionarios convocaron a las vecinas. La plaza, oculta al ojo de los peatones, siempre estaba vacía: la gente la evitaba por pura precaución y desconfianza, por temor a ser asaltados. El siguiente fragmento corresponde a mi entrevista con Mariana, una vecina de la segunda generación que estuvo en las reuniones con el gobierno.

La placita siempre ha sido de don Eugenio; el busto ya estaba en el centro. Mi hija estaba en el coro del colegio y me consta que cada 17 de septiembre vienen a homenajearlo, desde que se inauguró. Sólo que ya estaba en desuso la plaza, estaba como nido de palomas, muy sucia.

En el centro levantaron cuatro anchas columnas de dos metros de altura con imágenes del rostro de Garza Sada. Imprimieron debajo una breve y enaltecedora semblanza del empresario:

Su compromiso con la comunidad se reflejó en su filantropía, pero también en su decidido apoyo a la educación [...] La vida y obras de Eugenio Garza Sada representan un importante legado para las futuras generaciones de Nuevo León y de México. Su *ideario* es un conjunto de principios y conceptos en el que se resumen los valores que han distinguido, durante muchos años, a los nuevoleonenses.

Las bancas están orientadas hacia las columnas del mismo modo que las banquetas de la iglesia, en herradura, encaran el altar. Lo más llamativo es la pared del fondo, la baja frontera con la colonia Viejo Anáhuac, que pintaron de un azul pálido con nubes embarazadas. Aquí observo cuatro generosas y diversas interpretaciones del patriarca. Eugenio Garza Sada desfila atuendos y personalidades. Es un artista: trajeado, toca el piano con expresión absorta y rosas levitan a su alrededor. Es un benefactor *dandy*: acorbatado y serio, su rostro aparece frente al “servilletero”, el icónico edificio del Tec, y frente al emplumado apache verde de SCYF. Es un hombre común: firme y de pie, sostiene del brazo a Consuelo Lagüera Zambrano.

El único Garza Sada que me sorprende, el más audaz, es el Garza Sada agricultor. Viste un mono de mezclilla de cuyo bolsillo trasero sobresalen los guantes descuidados. Apoya una pala contra la tierra. Sonríe de manera idéntica a la del Garza Sada enmarcado en mi antiguo salón de clases; no lograron disimular la secuencia de copiado y pegado que sufrió la cabeza del empresario en un cuerpo foráneo. Pienso que alguien estiró generosamente el verbo “cosechar” con este resultado (ver imagen 7).

Esta pared es la única muestra de arte urbano en la Cuauhtémoc, además del notable grafiti de las Misioneras Clarisas en el segundo sector. Se trata de una misionera hincada en oración bajo la leyenda en cursivas: “Las hermanas todo lo pueden”.

5

REFLEXIONES FINALES

LA COLONIA CUAUHTÉMOC ES PRODUCTO de un periodo específico en la historia nuevoleonense y la historia mundial. La contratación masiva y el temor a la organización obrera provocaron que el Grupo Monterrey diseñara programas de vivienda que precederían por décadas al INFONAVIT. La comparación entre la Cuauhtémoc y el programa gubernamental es frecuente. Está presente en boletines de la Empresa y artículos académicos, en las palabras orgullosas de los vecinos. Y sugiere en automático una idea predominante: que en Monterrey el orden social dependió del sector privado y no del Estado; que fue la Empresa, no el Estado, quien cubrió las necesidades básicas de los trabajadores. De este despliegue paternalista surgió la noción contemporánea de autonomía nortea.

La Empresa absorbió a los vecinos en sus sociedades, SCYF y Nova, y aquéllos se volvieron apáticos a lo que sucedía a su alrededor: los movimientos urbanos, el cambio de sexenio, la política regional. La sensación de distancia que tienen los vecinos con respecto a los hechos de relevancia nacional es apenas un síntoma de que la Empresa trazó y consolidó una ciudad, una compacta comunidad a la que por décadas sólo le impactó lo que sucedía dentro de sus fábricas y calles. La ausencia de recuerdos propios de la época histórica, como aparecen en los libros de texto de historia nacional, refleja el éxito de este sistema paternalista.

Los vecinos ostentan lealtad, cariño y agradecimiento hacia la Empresa. ¿Cómo interpretar este apego? La primera generación

venía de villitas como Cadereyta, Juárez y Santiago, de incipientes colonias obreras como la Independencia y la Regina. La Empresa becó a sus hijos en el Tec y complació la emotiva ilusión de los trabajadores: es verdad que la segunda generación fue una de ingenieros, empleados y oficinistas. Primero sutil, luego insistentemente, la Empresa creó y promovió el discurso de amor al trabajo; apuntaló a la familia como institución social fundamental; afianzó el catolicismo de los feligreses y convirtió en creyentes a los rancheros ateos; presentó a los obreros la brillante posibilidad de ascenso social. Y cumplió. La primera explicación es clara: la Empresa concretó la movilidad social de estos empleados. En la Cuauhtémoc la gente está convencida de que “vivió una vida que jamás imaginó”.

Que les dieran atole con el dedo no es la única explicación de la lealtad de los colonos. Hay otra dimensión, para mí más escurridiza y oscura, que viene de la propia historia familiar. Intentaré ser más clara. El aprecio hacia la figura abstracta de la Empresa retumba por la identidad de sus padres y abuelos, por quiénes han sido ellos mismos. Las actividades culturales y cívicas se convirtieron en nostálgicos recuerdos y la ineludible vecindad con los colegas acrecentó el sentimiento. No es posible disociar una y otra: Empresa y familia, Empresa y pasado, Empresa y vida. Si pregunto por las fábricas, la segunda generación piensa en sus padres, la educación básica y el juego, también en la novela de las cuatro que veían en la casa del único vecino con televisión. Podríamos decir que son dos caras de la vida bajo el paternalismo: la material, donde una recibe casa, salario y subsidios; y la emocional, donde familia y trabajo se funden. Hoy las percepciones hacia el trabajo y la Empresa están teñidas por un despreocupado amor a la juventud. Quizá por eso es predecible que, en contraste a la nostalgia de los vecinos que crecieron y se educaron en la Colonia, la primera generación ve aquellos años con otros ojos, más justos y mesurados. La descripción de una vida apacible y jubilosa en la Cuauhtémoc no es representativa de la vida obrera. Los hombres tendrán visiones distintas de lo que significaba pertenecer a la Empresa: ese mundo apenas se asomó en mis páginas.

En 1986 se anunció el cierre de Fundidora de Fierro y Acero. La noticia ocasionó espasmo e impresionó a los regiomontanos. Miles de personas fueron despedidas. El quiebre de la empresa significó el fin de un mundo. En 2023, los terrenos de la compañía contienen un parque con espacios culturales, la cineteca Nuevo León, la fototeca y el Archivo General del Estado, auditorios y parques de diversiones, CINTERMEX, Plaza Sésamo, la Arena Monterrey y el Auditorio Banamex, un hotel. Su vida pasada se dibuja débilmente en el brusco contorno del Horno 3, declarado patrimonio cultural arquitectónico de México en 2001. El Museo del Acero proyecta espectáculos de luces y difunde la historia de la compañía; ha recibido más de 2 millones de visitas desde que abrió en 2009.

Para la gente que creció en el seno de Cervecería Cuauhtémoc, el fin ha sido lento, ambiguo y complejo. En diciembre de 2020 el Encuentro Ternium fue virtual. La posada navideña, que en años pasados reunía miles de personas dentro del Parque Fundidora para bailar música nortea, se transmitió por internet. Los directivos contrataron bandas mexicanas, italianas y argentinas para que tocaran en salones vacíos. Cuando concluyó el concierto, Paolo Rocca, CEO de Techint, cerró el evento digital y dio un discurso sobre compañerismo, trabajo y pertenencia. Luego pasaron imágenes de “la familia Ternium”: desde las plantas de los tres países, trabajadores ataviados con uniformes de mezclilla saludaron sonrientes a la cámara.

Mientras veía el montaje pensé en los dulces regionales que preparaban las mujeres de Santiago durante los festivales de SCYF. El abrupto fin de esa Cuauhtémoc es obvio, a veces, cuando una está frente a visiones como aquella interminable sucesión de fotografías. Pero ante otras, como el repiqueteo de campanas de la San José Obrero, los animados conciertos callejeros de las Misioneras Clarisas, un grupo de trabajadores almorzando en Famosa, es menos claro.

FUENTES

Archivos consultados

Acervo Histórico Fomento Económico Mexicano
Archivo Histórico Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento
Acervo Histórico Sociedad Cuauhtémoc y Famosa

Bibliografía mencionada

- Alba, Carlos *et al.* (eds.), *Las regiones ante la globalización: competitividad territorial y recomposición sociopolítica*, México DF, El Colegio de México, 1998.
- Aparicio Moreno, Carlos Estuardo *et al.*, “La segregación socio-espacial en Monterrey a lo largo de su proceso de metropolización”, *Región y sociedad*, núm. 52, 2011.
- Bailyn, Bernard, *Sometimes an Art: Nine Essays on History*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2015.
- Basáñez, Miguel, *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*, México DF, Siglo XXI, 1990.
- Cardona, Bárbara, “Es una colonia bien fermentada”, *El Norte*, 30 de junio de 2019.
- “Bendita Arquitectura”, *El Norte*, 14 de octubre de 2018.
- Cavazos, Israel y Ortega Ridauro, Isabel, *Nuevo León: Historia breve*, México DF, El Colegio de México y FCE, 2010.

- Cázares Puente, Eduardo, “La Cervecería Cuauhtémoc y la industrialización del noreste mexicano”, *Ciencia UANL*, 2014, núm. 69.
- De Garay, Graciela, “El uso de las fuentes orales para el estudio de la vida cotidiana” en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *La historia y lo cotidiano*, México DF, El Colegio de México, 2019.
- Elizondo Elizondo, Ricardo, *Lexicón del noreste de México*, México DF, ITESM y FCE, 1996.
- Flores Torres, Óscar, *Monterrey industrial 1890-2000*, Monterrey, Universidad de Monterrey, 2000.
- *Monterrey, origen y destino: una ciudad internacional (1910-1980)*, Monterrey, Municipio de Monterrey, 2009
- González, Héctor, *Siglo y medio de cultura nuevoleonese*, México DF, Ediciones Botas, 1946.
- González y González, Luis, *Todo es historia*, México DF, Ediciones Cal y Arena, 1989.
- *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983.
- *Otra invitación a la microhistoria*, México DF, FCE, 1983.
- *Pueblo en vilo*, México DF, FCE, 1968.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, *Hablando de historia: lo cotidiano, las costumbres, la cultura*, México DF, El Colegio de México, 2019.
- (ed.), *Espacios en la historia: Invención y transformación de los espacios sociales*, México DF, El Colegio de México, 2014.
- Jablonka, Ivan, *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*, trad. H. Pons, Buenos Aires, FCE, 2016.
- Landa Ruiloba, Pablo, *Monterrey en el espejo: Crónica de sus habitantes, monumentos y espacios*, Monterrey, CONARTE, 2012.
- Mayer Celis, Leticia, *Un crimen en Durango en el siglo XIX: doña Nepomucena Alcalde y el terrible asesinato de su marido*, México DF, El Colegio de México, 2018.

- Novo, Salvador, *Crónica regiomontana: breve historia de un gran esfuerzo*, Cervecería Cuauhtémoc, 1965.
- Palacios, Lylia *et al.* (coords.), *Cuando Monterrey enfrenta la globalización: Permanencias y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, México DF, El Colegio de la Frontera Norte, 2010.
- “Consolidación corporativa y crisis económica en Monterrey, 1970-1982” en Isabel Ortega Ridaura (coord.), *La industrialización del segundo auge industrial a la crisis de 1982*, t. 2, Monterrey, Fondo Editorial Nuevo León, 2007
- Pérez Sánchez, Beatriz *et al.*, “Evolución histórica de Alfa: Un grupo económico de capital nacional”, *Hitos de Ciencias Económico Administrativas* (59), 2015, pp. 24-25.
- Perrot, Michelle, *Historia de las alcobas*, trad. Ernesto Junquera, México, FCE, 2011.
- Rangel Hinojosa, Alejandra, “Participación política de las mujeres en un movimiento urbano de Nuevo León”, tesis, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2003.
- Reyes Salcido, Edgardo, *Don Isaac Garza*, Monterrey, Fondo Editorial Nuevo León, 2010.
- Salinas, César, *El libro de oro de SCYF*, Monterrey, FEMSA, 2019.
- Santos Escobedo, María Luisa, *Villaldama durante el gobierno del licenciado Raúl Rangel Frías*, Monterrey, UANL y Presidencia Municipal de Villaldama, 2004.
- Snodgrass, Michael, *Deference and Defiance in Monterrey: Workers, Paternalism and Revolution in Mexico, 1890-1950*, Cambridge, University Press, 2003.
- Vansina, Jan, *La tradición oral*, trad. M. María Llongueras, Barcelona, Labor, 1968.
- Vellinga, Menno, “Tierra y libertad: los pequeños márgenes del desarrollo autónomo”, *Relaciones* 33, vol.IX, 1988.
- “Crecimiento económico y distribución del ingreso en Monterrey”, en Mario Cerutti (ed.), *Monterrey: Siete estudios contemporáneos*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1988.

Viqueira, Juan Pedro, “Todo es microhistoria”, *Letras Libres*, mayo de 2008.

Vizcaya Canales, Isidro, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey: Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, Fondo Editorial Nuevo León, 1969.

W.H. Walsh, “Truth and Fact in History Reconsidered”, *History and Theory*, t. 16 (1977).

GALERÍA DE IMÁGENES

Imagen 1



Fachada de una casa en el primer sector. Se aprecia el amplio jardín y la desnudez de la casa frente a la banqueta. Ca. 1957. Acervo Histórico FEMSA.

Imagen 2



Casas frente a avenida Titán. Ca. 1957. Acervo Histórico FEMSA.

Imagen 3



Lucas Garza Cabello en el patio de su casa, en el tercer sector (1974).
Archivo familiar.

Imagen 4



Iglesia San José Obrero (1965). Acervo Histórico FEMSA.

Imagen 5



Celebración de la misa antes que se incorporaran los vitrales en la estructura. Ca. 1963. Acervo Histórico FEMSA.

Imagen 6



Mi abuela y yo en el porche de su casa (1997).

Imagen 7



Un sospechoso agricultor en la plaza Eugenio Garza Sada, abril de 2021.

Colonia Cuauhtémoc. Vida cotidiana de una colonia obrera en Monterrey (1957-2020) se terminó de imprimir en el mes de abril de 2023. Cuidado de la obra a cargo de la autora. Diseño de portada: Nancy Saldaña, Diseño editorial para su publicación virtual e impresa: Concepción Martínez Morales.

